

JENNIFER EVE



LA
INESPERADA
COMPAÑERA
DEL ALFA

La inesperada compañera del alfa

De compañeros enemigos rechazados a romance de amantes y
embarazos Romance paranormal de hombres lobo
(Serie de la pareja rechazada y el bebé secreto)

Jennifer Eve

Copyright © 2024 by Jennifer Eve

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

Contents

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)

Capítulo 1

Mónica

—Reúnanse todos —dijo Eric, su voz atravesó el aire y me devolvió al presente con una sacudida—. Quiero que todos alcen sus copas para celebrar a nuestro ejército, el mejor ejército de hombres lobo del mundo.

Miré alrededor del fuego, a la gente reunida bajo la luz de la luna, y una sonrisa se dibujó en la comisura de mis labios. Lentamente, me puse de pie para estirar los brazos por encima de la cabeza. Cuando terminé, volví a mirar a mi alrededor y mis ojos encontraron a Eric, el recién nombrado líder de la manada Ríos.

Había tenido mis dudas sobre él. Todavía tenía algunas, pero estaba empezando a demostrar que era el líder de la manada. Aunque una parte de mí todavía no podía asimilar el hecho de que Ned, el antiguo alfa, estuviera ahora retirado, otra parte de mí sabía que Ned se lo merecía.

Había luchado mucho para garantizar la seguridad y la prosperidad de la manada Ríos.

Si alguien merecía disfrutar del resto de su vida lejos de la guerra y el derramamiento de sangre, ese era Ned.

Aun así, echaba de menos su guía y su presencia segura y firme en el campo de batalla.

—Sé que echamos de menos al alfa anterior. Fue un faro y un ejemplo para todos nosotros, pero es hora de entrar en una nueva era —continuó Eric, su voz se elevó con fervor—. Es hora de construir un nuevo futuro para la manada Ríos.

No estaba segura de cómo iba a avanzar la manada Ríos sin Ned, pero me entusiasmaba ver qué

deparaba el futuro. Con un suspiro, me levanté y me alejé de las llamas del fuego, quedándome de pie en el borde del frondoso bosque verde, con una extraña pesadez asentándose en el centro de mi pecho.

Entonces, Eric dio un paso al frente, con su rostro anguloso y suave medio oculto en la oscuridad. Me giré hacia él y me acerqué sigilosamente. Sus ojos oscuros recorrieron la multitud reunida hasta que me encontró y sonrió. Entonces dio otro paso adelante, con su túnica ceremonial roja y negra, que lo distinguía del resto de los hombres lobo, ondeando con el viento.

—Gracias al ejército hemos conseguido hoy una gran victoria —continuó Eric, levantando la barbilla—. Y gracias a la gran mente y el agudo intelecto de una guerrera en particular: Mónica Ríos.

En ese momento, varios pares de ojos se volvieron hacia mí y me vitorearon.

Les dediqué a todos una pequeña sonrisa e incliné la cabeza.

—Por su valentía, coraje e ingenio en el campo de batalla, Mónica ha sido elegida para liderar el ejército como primera guerrera.

Se escucharon más aplausos atronadores y le expresé mi gratitud al nuevo alfa, que ladeó la cabeza en mi dirección y se aclaró la garganta.

—Eso no es todo. Debido a nuestra victoria de hoy, creo que debemos continuar y recuperar un territorio que perdimos hace muchos años.

Se hizo el silencio entre la multitud, que se inclinó hacia delante y escuchó atentamente.

—Atacaremos a la manada de hombres lobo más fuerte que existe, la manada Burns, y recuperaremos nuestra tierra —anunció Eric, haciendo una pausa para extender los brazos a ambos lados de él—. Es hora de que recuperemos lo que es legítimamente nuestro.

Todo el mundo prorrumpió en vítores y silbidos, y la expresión de Eric cambió, tornándose solemne y grave.

—Sé que no será fácil y que habrá que pagar un precio, pero creo que podemos salir victoriosos. Dentro de dos días atacaremos. Mientras tanto, disfruten de los festejos.

Luego de decir esas palabras, Eric giró sobre sus talones y desapareció en la oscuridad. Vi cómo

se lo llevaban su beta y un grupo de dos hombres lobo asignados a su protección. Cuando desapareció en el interior de su gran casa, con unas escaleras de caracol que conducían al piso superior y dos columnas de mármol en la fachada, me invadió la impaciencia.

Quería volver a demostrar mi valía en el campo de batalla.

Iba a llevarnos a la victoria, y no podía estar más satisfecha.

Después de haber pasado años de mi vida siendo menospreciada por no tener ningún estatus y por no saber quién era mi familia, había aprovechado la oportunidad de probarme a mí misma. Fue Ned quien vio algo en mí y me tomó bajo su protección. El anterior líder de la manada Ríos no había visto a una huérfana, perdida, confundida y sin idea de lo que debía hacer con su vida. En cambio, me había visto a mí y había ido más allá de la superficie.

Tenía con él una deuda de gratitud que nunca podría saldar.

En lugar de pensar en eso, me dediqué a la manada Ríos, haciendo todo lo que estaba en mis manos para garantizar su seguridad, protegiéndola de sus enemigos. Ned me había sacado de la oscuridad y el desamparo, dándome un propósito, una razón para levantarme por las mañanas, y me aferraba a ello con cada fibra de mi ser.

Ser una guerrera de Ríos era todo lo que sabía y todo lo que siempre quise ser.

Y agradecí a Eric que me diera la oportunidad de seguir demostrando mi valía.

Con un ligero movimiento de cabeza, me di cuenta de que la gente seguía vitoreando y celebrando. Me abrí paso entre la multitud, recibiendo algunas palmadas en la espalda y más vítores, hasta que llegué al círculo de fuego, donde danzaban llamas rojas y naranjas que proyectaban largas sombras en el suelo. Permanecí allí un rato, con los brazos cruzados sobre el pecho y un canto familiar que me recorría las venas.

La llamada a la guerra se apoderó de mí.

Cuando Faye me vio desde el otro lado de la hoguera, sus ojos verdes se iluminaron. Luego, se acercó a mí contoneando las caderas y agitando su larga melena rubia con cada movimiento. Cuando llegó hasta mí, se había ganado más de una mirada. Sonrió cuando nuestras miradas se cruzaron y dio un sorbo a su bebida.

—Felicidades, primera guerrera —me alabó Faye, deteniéndose para apretarme las manos—.

¿Qué se siente?

—No parece real —respondí, tomando la copa que me tendía—. No pensé que fuera a suceder tan rápido.

—Eric sabe que eres una buena guerrera —respondió Faye con una sonrisa—. Todo el mundo lo sabe, y tú lo has demostrado con creces.

—No está mal para una huérfana sin hogar, ¿eh?

—No está nada mal. —Faye se rio entre dientes—. Entonces, ¿de verdad crees que pueden ganar contra la manada Burns? Nunca han perdido una batalla.

Tomé un largo sorbo de mi bebida, que quemó su recorrido por mi garganta.

—Creo que tenemos una buena oportunidad, sobre todo si no nos ven venir.

Y yo iba a asegurarme de que no lo hicieran.

Porque esta era mi oportunidad de consolidar mi posición como primera guerrera.

La manada Ríos me había acogido y tratado con amabilidad y respeto, y yo iba a devolvérselo con creces.

Sin importar lo que pasara.

Ayudar a Eric a establecerse como un alfa bueno y fuerte, garantizando su éxito era lo menos que podía hacer. Durante el resto de la noche, Faye y yo charlamos mientras mi mente daba vueltas y vueltas a las posibilidades. Al amanecer, cuando la luz gris empezaba a despuntar, cesaron las celebraciones y todo el mundo regresó a su casa. Esperé a que el sol estuviera en lo alto del cielo, con un cielo azul despejado como telón de fondo, antes de dirigirme a mi propia casa, una pequeña casita situada junto a la casa del alfa.

Con una sonrisa, me metí en la cama, me tapé hasta la barbilla y me dormí.

Durante dos días, discutimos estrategias y planes para atacar a la manada Burns. Utilizando la información que pudimos recuperar de nuestros espías, el primer ejército y yo ideamos un plan para atraer a la manada al campo de batalla mientras algunos otros se colaban entre sus defensas y entraban en la ciudad. Una vez que lográramos traspasar las líneas enemigas, estaba segura de

que podríamos cambiar las tornas de la guerra a nuestro favor.

Al final de la segunda jornada, se respiraba una gran expectación.

En silencio, atravesamos el bosque de las afueras de la ciudad, vivo y con olor a pino y tierra. En cuanto llegamos al otro lado, todos cambiamos a nuestras formas de hombre lobo y salimos disparados a través de la noche, dirigiéndonos directamente hacia Burns. Cubrimos el claro rápidamente y sin preámbulos. Para cuando llegamos al otro lado del claro y al borde de las barreras de Burns, vi unas vagas siluetas.

Entonces pude distinguir cinco líneas de defensa, todos en sus formas de hombres lobo, todos mirándonos expectantes. Usando nuestra conexión mental, me acerqué al resto de mi manada y gruñí. Sus gruñidos de respuesta me infundieron determinación y propósito hasta que nuestra manada chocó con la de ellos en un estruendo ensordecedor.

De repente, aullidos de dolor surcaron el aire nocturno y el olor metálico de la sangre me llegó a la nariz. Derribé a unos cuantos hombres lobo enemigos y los sometí, con la adrenalina corriendo por mis venas. Por el rabillo del ojo, vi a Faye, que se movía con gracia y precisión a pesar de su baja estatura.

Le enseñé los dientes a otro hombre lobo y lo inmovilicé contra el suelo.

Me golpeó con sus garras pero falló.

En respuesta, eché la cabeza hacia atrás y gruñí, el sonido se ganó unos cuantos gruñidos más de mi manada. Cuando volví a levantarme de un salto, derribé a unos cuantos lobos más, que quedaron aullando y retorciéndose en el suelo. El corazón me latía con fuerza en el pecho y mi vista se agudizó. Entonces oí gritos y consternación a través de nuestra conexión telepática.

La manada Burns era demasiado fuerte, y tenían demasiados hombres lobo.

Con el ceño fruncido, pateé el suelo y olfateé. El lustroso pelaje negro de Faye emergió a mi lado y nos abrimos paso a través de otra línea de defensa hasta que llegamos al alfa, un lobo fuerte de pelaje gris y ojos amarillos claros. Un lobo que supuse que era su beta nos bloqueó la vista y me enseñó los dientes. Entonces apareció otro lobo de pelaje rojo y marrón y tiró a Faye al suelo. Ella emitió un quejido y le dio un manotazo. Esperé a que Faye derribara a su oponente antes de volver a centrarme en el lobo.

Entonces, todo a mi alrededor se silenció y pasó a un segundo plano cuando centré mi mirada en él. Era un lobo de tamaño mediano, con un elegante pelaje marrón oscuro y una gran dentadura. Detrás de él, seguía vislumbrando al alfa, que luchaba contra sus propios atacantes con facilidad y precisión. El alfa de los Burns era el guerrero más feroz que había visto nunca, y apenas aflojaba el paso entre adversario y adversario.

Un respeto reticente surgió en mi interior.

Sin embargo, aparté ese pensamiento y me lancé por los aires.

Él y yo caímos al suelo con un crujido nauseabundo. Un agudo pinchazo de dolor me atravesó, pero lo ignoré. Rodamos juntos, cortando y gruñendo y levantando tierra y polvo. Cuando por fin nos detuvimos, hundí los dientes en su pelaje y saboreé su sangre agridulce. Me llené la boca de sangre cuando me aparté de él y la escupí en el suelo.

El miedo y la expectación se apoderaron de mí, ahogando todo lo demás mientras corría hacia el alfa, imaginando ya nuestra victoria. Estaba lo suficientemente cerca como para saborearla y lo suficientemente segura de que no había otro resultado. Hasta que el alfa se giró, nuestras miradas se encontraron y me quedé paralizada.

Una oleada de reconocimiento me hizo detenerme a unos metros de distancia.

El horror y la consternación se apoderaron de mí al darme cuenta de quién era.

Luché contra mis instintos y la agitación de mi interior, pero fue en vano.

El alfa de la manada Burns era mi compañero.

Capítulo 2

Mónica

Eché la boca hacia atrás y chasqueé los dientes contra mí, lanzando saliva en todas direcciones. Fui consciente de los ruidos de la batalla que aún se libraba; mientras unos lobos se desangraban en el suelo, otros gemían de dolor. El corazón me martilleaba inestablemente contra el pecho mientras avanzaba un paso tras otro.

Entonces rechacé la sensación y atacué, ignorando todos los instintos que me decían que me detuviera. Aunque una parte de mí estaba eufórica por haber encontrado a mi pareja predestinada, después de haberme convencido a mí misma de que nunca iba a suceder, otra parte fuerte de mí se rebeló contra la idea. De todos los lobos del mundo, lo último que imaginaba era que el alfa de nuestro enemigo declarado fuera mi compañero.

No podía ser él.

Me negaba a creer que iba a pasarme el resto de mi vida suspirando por él. Entonces, con otro movimiento de cabeza, me lancé sobre el alfa y caímos en picado. La adrenalina y la rabia se apoderaron de mí, dominando cualquier otro sentimiento posible, hasta que nada más importó.

Nada, excepto asegurarme de que mi manada ganara.

Pero cuando el alfa me dominó y me puso una pata en el cuello, me quedé quieta. Utilizando toda la fuerza de la que era capaz, me sacudí y me retorcí, casi consiguiendo quitármelo de encima. Entonces sopló una fuerte ráfaga de viento, que traía el olor de la sangre, el sudor y un claro olor a tierra.

Era el olor de mi compañero, e que hizo que mi estómago diera un pequeño y extraño salto.

Porque me distraje por un momento, el alfa consiguió inmovilizarme contra el suelo y me golpeó en el estómago. Me invadió un dolor agudo y punzante que me cegó por un instante. Presa del pánico, luché contra la oleada de náuseas e intenté recuperar la ventaja, pero fue inútil. Cada

momento en su presencia era más duro, su proximidad resonaba en cada centímetro de mí.

Resonó en la médula de mis huesos, debilitándome y robándome la capacidad de luchar. Aprovechando mi estado de aturdimiento, el alfa volvió a atacar y mi visión se llenó de danzantes manchas. Cuando se apartó de mí, me puse en pie tambaleándome, con la respiración agitada e irregular. Por el rabillo del ojo, vi una forma familiar que se abalanzaba sobre nosotros y atacaba al alfa por detrás.

Mi corazón se aceleró al ver a Faye enfrentarse al alfa para darme una oportunidad de luchar. Recurrí a mi interior en busca de unas fuerzas que se agotaban rápidamente y gruñí. El alfa me miró, con un extraño brillo en los ojos, y Faye lo inmovilizó en el suelo. En un rápido movimiento, el alfa recuperó la ventaja y la arrojó a un lado como una muñeca de trapo.

Gemí y me acerqué a ella cojeando.

Cuando le di un ligero empujón con el hocico, sus ojos se abrieron de golpe y vi el pánico. Con todas mis fuerzas, ayudé a Faye a ponerse en pie y nos rodeamos mutuamente. Intenté escuchar algo a través del vínculo de hombre lobo, pero no oí nada.

Se había vuelto inusualmente silencioso y peligroso.

Poco a poco, los sonidos de la lucha se fueron debilitando.

Cuando el último de los hombres lobo de Ríos fue derrotado, se hizo el silencio. Algunos miembros de la manada se dieron la vuelta y huyeron, desapareciendo por el desierto. Los vi marcharse con el corazón encogido y no dije nada. Faye se acercó a mí y no pude mirarla. Una vez reunidos los restantes hombres lobo heridos, el beta se volvió hacia nosotros y nos empujó a Faye y a mí hacia delante.

La sangre goteaba de mis heridas y caía al suelo.

En silencio, nos vimos obligados a caminar por la parcela de tierra que quedaba hasta que dimos con un oasis rodeado de unos pocos árboles. Sin detenerse, la manada de hombres lobo Burns nos condujo más allá y a través de una estrecha abertura en las montañas. Cuando llegamos al otro lado y tomamos un camino que conducía directamente a la ciudad, nos dividieron en varios grupos; Faye y yo permanecemos juntas.

Surgieron casas a ambos lados de nosotros.

Unos cuantos hombres lobo salieron a mirarnos.

Otros se mofaban y arrojaban objetos.

Cuando el alfa de los Burns echó un rápido vistazo a su alrededor, todo el mundo se quedó en silencio.

La vista se me desenfocaba y las náuseas no dejaban de crecer en mi interior. Intenté memorizar los detalles del terreno, desde las extensas montañas hasta las laderas y dunas que serpenteaban por las calles de la ciudad. Cuando llegamos al otro lado de la ciudad, nos vimos obligados a detenernos.

Cambié a mi forma humana e intenté evitar mirar al alfa.

No debería haber sido capaz de derrotarme.

Aunque no tenía forma de saber si él y yo estábamos igualados en el campo de batalla, sabía que la verdadera razón por la que él se había impuesto era nuestro vínculo de apareamiento. Durante años, había buscado y buscado solo para encontrarlo en el lugar más insospechado, y me negaba a someterme a él.

Y mucho menos a reconocerlo.

Mason Burns no era mi compañero.

Preferiría morir antes que aceptarlo.

Uno a uno, los hombres lobo de Burns volvieron a su forma humana, mostrando hombres y mujeres altos y musculosos con idéntica expresión de determinación. Sin previo aviso, empezaron a separarnos de nuevo, y algunos de ellos desaparecieron en unas cuevas en las montañas. A Faye y a mí nos dejaron para el final, pero cuando la apartaron de mí, sentí el dolor de separarme de ella.

Ella era de los pocos aliados que me quedaban aquí.

Antes de que pudiera reaccionar, me obligaron a arrodillarme y alguien me tiró de la cabeza hacia atrás, provocándome pequeños pinchazos de dolor en el cuero cabelludo. Entonces, Mason se acercó a mí, con el pelo largo y negro pegado a la cara, los ojos castaños enrojecidos y la barba de varios días salpicando su afilada mandíbula. Se agachó frente a mí. Tenía los hombros

anchos enfundados en una camiseta negra sin mangas y piernas vestidas con pantalones cortos. Cuando fijé mi mirada en él, me recorrió otra oleada, más fuerte aún que la primera.

Apreté los labios e intenté contenerla.

Mis sentimientos por Mason eran mucho más fuertes de lo que había previsto, y seguían aflorando a la superficie y nublando mi juicio. Con un poco más de fuerza de la necesaria, Mason tiró de mí para ponerme en pie y me condujo al interior de la oscura y húmeda cueva. Mis ojos se abrieron de par en par al adaptarme a las pequeñas manchas de luz que se filtraban por las rendijas y bailaban sobre el suelo irregular. Entonces vi cómo metían a Faye en una celda y la alejaban a patadas. Gruñí y Mason me empujó a la celda cercana a la suya.

Me giré hacia él y me agarré a los barrotes metálicos.

—Nos tienes miedo, ¿verdad?

Mason enarcó una ceja y resopló.

—¿Por qué iba a tenerles miedo? Han perdido la batalla.

—Si no tienes miedo, ¿por qué nos has encerrado?

—Porque son prisioneros de guerra —respondió Mason, dirigiéndome una mirada fría—. Y seguirán siendo mis prisioneros hasta que yo decida lo que hay que hacer.

—Cobarde —espeté, con los ojos entrecerrados—. Si tuvieras algo de honor, te enfrentarías a mí en el campo de batalla y resolverías esto de la manera correcta.

Mason se acercó a mí, con expresión tranquila.

—Ya te derroté en el campo de batalla. ¿Por qué buscas humillarte de nuevo?

Eché la cabeza hacia atrás y le escupí.

Con calma, se llevó una mano a la cara y se la secó.

—Será mejor que guardes fuerzas. La vas a necesitar para poder curarte bien.

Refunfuñé en voz baja y solté los barrotes metálicos. Mis heridas se estaban curando, pero me estaba llevando demasiado tiempo y energía, dejándome indefensa y a merced de Mason.

Odié cada minuto.

—Un sanador vendrá a revisarte —decidió Mason, dando unos pasos atrás—. No me sirves de nada si estás muerta.

Le dirigí otra mirada furiosa y crucé los brazos sobre el pecho.

Nos estudió a Faye y a mí antes de girar sobre sus talones y marcharse. En cuanto se fue, apoyé la espalda contra la pared y me deslicé por el suelo mojado. El frío se filtró a través de mi ropa, haciendo que un escalofrío me recorriera. Con la luz de la luna entrando por la pequeña ventana, estudié mis heridas.

Me invadió una pequeña oleada de alivio.

—Faye, ¿estás bien?

—Estoy bien. —La voz de Faye resonó en mí, llena de miedo y confusión—. ¿Qué es este lugar?

—Nos mantienen separadas porque hay menos posibilidades de que nos amotinemos —le dije, con los dedos posados sobre la herida—. ¿Estás herida?

—Nada que no pueda manejar —respondió Faye—. ¿Y tú? ¿Cómo están las heridas?

—Me curo más despacio de lo que me gustaría —gruñí y volví a bajarme la camisa manchada de sangre. Con cautela, me puse de pie y me acerqué a los barrotes metálicos. Por lo que podía ver, no estábamos en lo más profundo de la cueva, pero sí lo bastante lejos de la entrada, y oí un goteo constante en algún lugar a lo lejos.

Faye y yo bien podríamos habernos dado por muertas.

—¿Qué crees que nos van a hacer?

—Probablemente nos usen como moneda de cambio —respondí, soltando las barras de metal con un silbido. Lentamente, volví a bajar al suelo con un ruido sordo y estiré las piernas—. Quizá quieran hacer un intercambio de prisioneros.

—¿Crees que Eric estará de acuerdo con eso?

No tenía ni idea, pero sabía que a Eric no le gustaría que le tomaran el pelo.

Se tomaba la derrota como algo personal, y el hecho de que yo le hubiera asegurado que la victoria estaba garantizada no me ayudaba.

Aun así, esperaba que su orgullo no estuviera tan herido como para no negociar.

Cuando se trataba de Eric, no había forma de saberlo con seguridad.

—Eso espero —dije, haciendo una pausa para enlazar mis dedos—. Aunque va a tardar un poco.

Sabía lo testarudo que era Eric.

Y estaba dispuesta a apostar que Mason era igual.

—¿Cuánto crees que tardarán?

—Sinceramente, no lo sé. —Exhalé—. Supongo que es mejor no pensar en ello. Si no, te volverá loca.

El suspiro de Faye me hizo eco.

—¿Qué te ha pasado ahí fuera? Tenías ventaja, te acercaste sigilosamente al alfa y te vi paralizarte.

—Es la herida —mentí—. Las náuseas me golpearon de la nada, y no sé por qué me tomaron por sorpresa, pero lo hicieron. Lo siento.

Le debía a Faye mucho más que una débil disculpa susurrada en la oscuridad, sobre todo cuando era inútil para cualquiera de las dos, pero no podía hacer otra cosa. Si me fuera posible retroceder en el tiempo y advertirme, lo haría.

Tal como estaban las cosas, no quería que nadie supiera de mi conexión con Mason.

Ni siquiera Faye.

Era mi mejor amiga y había pasado por muchas cosas, pero no lo entendería. Al contrario, decírselo significaba exponerme al juicio y a los cuchicheos de los demás, que cuestionarían mi lealtad a la manada Ríos.

Y si había permitido o no que nos cogieran a propósito.

—No es que lo hicieras a propósito —susurró Faye tras un largo silencio—. Simplemente no puedo creer que nos capturaran. Se suponía que iba a ser una victoria fácil. ¿Qué ha pasado?

—Subestimamos a la manada Burns —dije con un gemido—. Son mucho más fuertes y experimentados de lo que pensábamos, y ahora estamos a merced de su alfa.

Y solo Dios sabía lo que pretendía hacer. O cómo podría usar mis sentimientos hacia él en mi contra.

Capítulo 3

Mason

—Pareces distraído. —Alyssa bajó hasta mi regazo y enlazó sus dedos sobre mi cuello—. ¿Por qué no te ayudo a olvidar lo que te preocupa?

La miré por encima del borde del vaso y no dije nada.

Entreabrió los labios, mostrando una hilera de dientes blancos como perlas. Luego se inclinó hacia delante, ofreciéndome una vista parcial de su escote. Mantuve la mirada fija en su rostro y bebí el resto de mi bebida. Mi otra mano colgaba sin fuerza a mi lado.

En el fondo, las llamas de la hoguera rugían y bailaban, proyectando sombras rojas y naranjas sobre el suelo. De vez en cuando se oían vítores entre la multitud, seguidos de un fuerte estruendo. Cada vez que eso ocurría, algunos miembros de la manada me miraban, esperando mi reacción.

Pero no tenía nada que decir.

Celebrar nuestra victoria era un rito necesario.

Y una hoguera en medio de la ciudad, bajo una luna creciente, era la forma en que solíamos celebrarlo. Se había preparado un festín para la ocasión, y se seguía sirviendo una gran cantidad de bebidas. La mitad de los hombres lobo presentes estaban borrachos y cantaban a voz en cuello. La otra mitad se frotaban unos contra otros, el olor a sudor y deseo persistía en el aire.

Pero yo no podía concentrarme en nada.

Por mucho que lo deseara.

Con el ceño fruncido, Alyssa se bajó de mi regazo y se alejó contoneando un poco más las caderas. A la luz del fuego, la estudié, empezando por la parte superior de la cabeza y

terminando por la punta de los pies. Por desgracia, no pude reunir el interés suficiente para ir tras ella ni sonreír a ninguna de las otras hembras.

Todos revoloteaban cerca del tronco donde yo estaba sentado, bebiendo y preguntándome qué debía hacer conmigo mismo.

¿Por qué no podía elegir a una mujer cualquiera para olvidar lo ocurrido en el campo de batalla?

¿Por qué la guerrera más feroz de los Ríos seguía rondando mi cabeza?

En el campo de batalla, había sido fácil ignorar el zumbido en mi cabeza o el canto en mis venas. Hasta que cruzamos los límites de la ciudad, incluso me convencí de que era sed de sangre, que nublaba mi juicio y que me hacía sentir cosas que nunca había sentido antes. Incluso había conseguido convencerme de ello hasta que los prisioneros volvieron a su forma humana y la vi.

Con el pelo negro que le llegaba hasta la cintura y un cuerpo pequeño pero ágil y bronceado, era sin duda la mujer más hermosa que había visto nunca. Y cuando dejé que mi mirada recorriera su cuerpo y se detuviera en su rostro en forma de corazón, con sus ojos almendrados de ónice enmarcados por largas pestañas y labios rojos, supe que estaba en problemas.

Mónica Ríos no podía ser mi compañera.

Tenía que haber un error.

Aún sentía la tentación de encerrarme en la biblioteca hasta encontrar una solución, una forma de romper el vínculo de pareja sin ninguno de los efectos secundarios negativos. Sin embargo, una parte de mí sabía, como alfa de la manada Burns, que no había forma fácil de rechazar el vínculo de pareja.

Que yo sepa, ningún hombre lobo había logrado rechazar a su compañera y vivir una vida plena y feliz. En la mayoría de los casos, el proceso de rechazo iba desgastando al lobo, y la vida se le iba escapando poco a poco. En raras ocasiones, el hombre lobo se salvaba, pero estaba condenado a vivir una vida a medias, maldita, y a no alcanzar nunca todo su potencial.

Ninguna de esas opciones me atraía.

Y menos como alfa de una de las manadas más poderosas del país.

Necesitaba aclarar mis ideas y olvidarme de Mónica.

Sin embargo, cuanto más tiempo pasaba allí sentado, disfrutando del resplandor del fuego y escuchando las risas y las conversaciones a mi alrededor, peor me sentía. Por más que lo intentaba, no podía dejar de revivir lo que sentí al verla desde el otro lado del ensangrentado campo de batalla. Tampoco podía olvidar lo que sentí cuando nuestra piel se tocó y cada centímetro de mí comenzó a arder.

Para mi frustración, aún sentía un cosquilleo al pensar en su contacto.

Con un ligero movimiento de cabeza, cogí otro trago, sorteando a los lobos uno tras otro. Cuando volví a sentarme en el tronco, al otro lado de la hoguera, algunas mujeres lobo más me saludaron con la mano y me sonrieron. Las miré fijamente y traté de despertar un poco de interés.

Cualquier cosa para evitar hacer alguna estupidez.

Entonces me encontré mirando la cueva donde estaban Mónica y la otra loba. Imaginé la cueva fría y húmeda y el constante goteo del agua a lo lejos. De repente, vi a Mónica con la espalda apoyada en la fría y dura pared, y las rodillas pegadas al pecho.

Ni siquiera había dejado que la curandera la tocara, mucho menos que atendiera su herida.

No sabría decir si estaba impresionado o frustrado por su incapacidad para cooperar.

Lo único que sabía era que solo llevaban allí un día y que las prisioneras ya me estaban desconcentrando. Había visto la expresión demacrada de sus rostros y el brillo receloso de sus ojos, y no podía quitármelo de la cabeza. A pesar de que ya habíamos hecho prisioneros antes, esto era diferente.

Y era por Mónica.

Iba por mi tercer trago cuando me di cuenta de que ninguno de los prisioneros había sido alimentado desde su llegada. Fruncí el ceño y me senté más erguido, con los ojos recorriendo las dos cuevas y barajando la idea de darles algo de comer. Como no estaba seguro de cuánto iban a durar las negociaciones, lo último que quería era perder parte de nuestra ventaja. Sin embargo, la idea de estar en la misma habitación que Mónica mientras ella se sentaba al otro lado de una cueva fría y oscura, dándose un festín de las sobras, no me sentaba bien.

Tampoco estaba seguro de poder controlarme si alguien se burlaba de ella.

Incluso desde la distancia, ella todavía tenía cierto control sobre mí.

Cuando los ancianos de la manada vinieron a sentarse a mi lado y me atraieron a la conversación, agradecí la distracción. Fuera de nuestro consejo semanal, no tenía muchas razones para interactuar con ellos, a menos que se tratara de una emergencia. Esta noche, mientras me contaban historias de sus días de gloria y de todas las cosas que habían cambiado desde entonces, me sentí aliviado por la distracción.

La conversación impidió que hiciera algo estúpido, como pedirle a alguien que alimentara a Mónica.

No podía permitirme que mi propia manada me viera como alguien compasivo.

Así que me senté allí, bebiendo hasta que me zumbó la cabeza y se me deshicieron algunos nudos del estómago. Sin embargo, en cuanto mi beta Aiken apareció en mi campo de visión, supe que algo iba mal. Iba dando tumbos y murmurando para sí mismo con la camisa puesta al revés. En cuanto se giró para mirarme y vi las marcas de arañazos en su cuello y el brillo taimado de sus ojos marrones, adopté una expresión indiferente.

Aiken era uno de los mejores guerreros y, cuando se trataba de consejos, tenía una buena cabeza fría. Por desgracia, también era joven y propenso a los arrebatos de ira e impulsividad. Como su alfa, era mi trabajo mantenerlo bajo control, razón por la cual lo mantenía con la rienda corta. Sin embargo, cuando eché un rápido vistazo alrededor del fuego, supe que esta no era una de esas ocasiones.

No con los ánimos por las nubes y todo el mundo ya medio borracho.

Aiken se dirigió hacia mí, con una mujer lobo a cada lado. En cuanto me alcanzó, les hizo un gesto con la mano y se irguió. Le costó un par de intentos dejar de arrastrar las palabras y de reírse entre dientes. Los ancianos que estaban a mi lado se callaron y nos miraron a los dos.

Sabía que no aprobaban que Aiken fuera mi beta, pero no me importaba.

Había sido mi amigo desde que éramos niños y una de las pocas personas a las que confiaba mi vida.

—Creo que deberíamos organizar un juego —me dijo Aiken, dando unos pasos más hacia delante y casi cayéndose. Se enderezó—. ¿Qué me dices? ¿Te apuntas a un juego?

—Depende del juego. —, dije dando un largo sorbo a mi bebida.

Sin esperar mi respuesta, Aiken se dio la vuelta y levantó los brazos. Dejó escapar un silbido grave y agudo, ganándose la atención de la multitud. Poco a poco, la gente se fue callando y se volvió hacia él expectante. Luego, dio un paso a un lado e hizo un gesto con la mano.

—Nuestro alfa ha accedido a jugar un juego —anunció Aiken, su voz arrastrada por el viento—. El juego consiste en que los cautivos de Ríos luchen contra los lobos de Burns en el campo de lucha.

Un murmullo se levantó entre la multitud.

—Si ganan los cautivos, podrán disfrutar del festín. Si ganamos nosotros, no tendrán comida hasta dentro de unos días —anunció Aiken, con la mirada fija en la multitud—. ¿Qué opinan todos?

Una ovación se elevó rápidamente entre la multitud, creciendo en fervor e ímpetu.

Demasiado tarde, me di cuenta de que todos me miraban expectantes.

Aiken se giró hacia mí y me miró con complicidad.

Sin pronunciar palabra, me incliné hacia atrás y asentí con la cabeza. Varios hombres lobo desaparecieron en cada una de las cuevas. Un murmullo de excitación recorrió a la multitud cuando los prisioneros fueron sacados con grilletes y expuestos, uno a uno. Los colocaron a todos en un círculo, de espaldas y con los rostros marcados por el cansancio y el miedo.

Excepto Mónica.

Estaba de pie con la cabeza alta, hermosa y feroz, incluso con el sudor en la frente y la sangre seca en la ropa y la cara. Cuando nuestras miradas se cruzaron, desvió la vista hacia la rubia que estaba a su lado, con los ojos verdes, muy abiertos y ausentes. Algunos de los lobos machos de mi manada reaccionaron ante la presencia de la rubia, y una pequeña sonrisa se dibujó en el borde de sus labios.

Estaba claro que le gustaba la atención masculina y que la utilizaba para sus propios fines.

Aiken se adelantó y los miró con desprecio.

—¿Qué se siente al saber que han sido derrotados?

Algunos abucheos surgieron entre la multitud y alguien les lanzó un tomate.

Algunos de los prisioneros se estremecieron, pero permanecieron inmóviles.

Aiken dio otro paso adelante y enarcó una ceja.

—¿Han perdido ya la capacidad de hablar? Solo ha pasado un día. Seguro que tienen mucho que decir.

Mónica le dirigió una mirada fulminante y no dijo nada.

Sin inmutarse, Aiken dio unos pasos más hasta situarse justo fuera del círculo, al alcance de su mano.

—Y ustedes están destinados a ser lo mejor que la manada Ríos puede ofrecer. Nuestros enemigos se han vuelto débiles y complacientes.

Tras sus palabras, la multitud profirió más abucheos y burlas, lanzándoles más comida.

—Esta es su oportunidad de luchar, de demostrar que son dignos guerreros en el campo de batalla. —Aiken extendió los brazos a ambos lados de él.

Ninguno de los lobos Ríos reconoció su declaración.

—No tenía ni idea de que la manada Ríos estuviera llena de cobardes. —La expresión de Aiken mostró enfado—. ¿Ninguno de ustedes intentará siquiera defenderse?

Mónica cerró los puños.

—¿Cuáles son los términos de la pelea?

Aiken la miró y entrecerró los ojos.

—Ah, habla la feroz y poderosa primera guerrera de Ríos. Las condiciones del combate son sencillas. Si ustedes ganan, todos ustedes disfrutarán de un festín. Si ganamos nosotros, ustedes volverán a las cuevas arrastrándose y morirán de hambre.

Una sombra se posó en el rostro de Mónica.

—Las probabilidades están a tu favor. ¿Cómo puede ser una lucha justa?

—La guerra no es justa —le recordó Aiken inclinando la cabeza—. ¿Qué deciden?

Capítulo 4

Mónica

—Tenemos que luchar contra ellos —me susurró Faye al oído—. ¿Qué otra opción tenemos?

—No tenemos la suficiente fuerza. —Me giré para mirarla y vi las arrugas en su cara.

Faye negó con la cabeza y dio un paso adelante.

—Estoy de acuerdo con los términos de la pelea.

Cogí la mano de Faye, pero me ignoró.

—Piensa en lo que estás haciendo. No estás en condiciones de luchar. Incluso borrachos, ellos tienen ventaja.

Antes de que Faye pudiera responder, se tambaleó sobre sus pies. Tan pronto como habló, se desplomó en el suelo, levantando tierra y polvo. Caí de rodillas a su lado, con el corazón martilleándome en el pecho. Le puse dos dedos en el cuello y contuve la respiración, desesperada por sentir su pulso.

—Está viva —dije, con la voz entrecortada hacia el final—. Está débil por el hambre.

—Desencadénala y colócala allí —ordenó Mason sin preámbulos—. ¿Qué pasa con el resto de ustedes?

Permanecí en el suelo, mirando a los otros prisioneros que no me miraban. Lentamente, me puse de pie y me di cuenta de dos cosas.

La primera era que muchos de ellos estaban heridos y tardaban en curarse.

La segunda era que los seis, como Faye, estaban pálidos y al borde del colapso. A pesar de mis heridas, que se habían curado hacía más de una hora, yo era la única a la que le quedaban

fuerzas. La poca energía que tenía debía emplearla en luchar por mi manada.

No tenía otra opción.

Ninguno de ellos iba a sobrevivir enfrentándose a la manada Burns.

Incluso con todas sus fuerzas, los Burns seguían siendo más poderosos que nosotros, y yo no era tan estúpida como para ignorarlo. Tras echar otro vistazo rápido a los demás prisioneros, miré a Faye, que había sido recostada cerca del fuego, con dos lobos vigilando su cuerpo encadenado y dormido.

Luego, me puse de pie y cerré los puños a ambos lados de mi cuerpo.

—Yo lucharé.

—¿Y el resto? —Mason enarcó una ceja.

—Lucharé en nombre de mi manada —repetí, levantando la barbilla—. Sin embargo, solo lucharé con una condición.

El silencio se apoderó de la multitud.

Apenas podía oír más allá de los latidos de mi corazón, salvo el crepitar de las llamas.

—¿Cuál es tu condición?

—Como somos ocho, lucharé contra ocho hombres lobo de Burns —dije, haciendo una pausa para echar un vistazo a la multitud reunida, que había formado un círculo a ambos lados de nosotros—. Cuando gane, nos darán comida suficiente para ocho personas.

Mason me estudió, y sentí el tirón familiar que me recorría por dentro.

Me clavé las uñas en las palmas de las manos, pequeños pinchazos de dolor bailando arriba y abajo por mis brazos.

—¿Tenemos un trato?

Mason volvió a sentarse y asintió.

Al mismo tiempo, sacaron al resto de los prisioneros y los llevaron hacia donde yacía Faye. Unos

cuantos hombres lobo más se acercaron, impidiendo que los viera. La adrenalina me recorrió cuando el lobo con el que había luchado en el campo de batalla se adelantó y me agarró las muñecas. En silencio, me quitó los grilletes, que cayeron al suelo con estrépito. Con una sonrisa de satisfacción, volvió a unirse a la multitud y yo me quedé frotándome los músculos.

Giré en círculo y me detuve.

Vítores y silbidos atravesaron el cálido aire nocturno cuando un lobo se adelantó y escupió al suelo. Apoyé las piernas, levanté los brazos a ambos lados y esperé. Sus ojos eran oscuros y brillantes cuando se lanzó hacia mí, entregándose en el último segundo. Cuando estuvo lo bastante cerca, me erguí más y él se sacudió. Antes de que pudiera recuperarse, le di una patada en el estómago y lo hice retroceder.

Me invadió más energía cuando se unió un segundo lobo, una hembra de pelo castaño corto y ojos color ámbar. Echó la cabeza hacia atrás para gruñir y bailó a mi alrededor. Me mantuve quieta mientras ella lanzaba un puñetazo tras otro y yo me agachaba para esquivarla. En un intento de cansarla, no me defendí y me dediqué a estudiarla.

Cada vez más atrevida, estiró la pierna y yo me levanté de un salto.

En el último segundo, giré en el aire y le propiné un puñetazo en la mandíbula. Ella se agarró la mandíbula y escupió una bocanada de sangre. Se movían en círculos, esquivándose el uno al otro. Cuando llegó el tercer lobo, empecé a entender lo que intentaban hacer.

Todo lo que tenían que hacer era agotarme, y como mi fuerza ya estaba flaqueando y perdiendo vida, sabía que era solo cuestión de tiempo. En lugar de canalizarlo todo en derrotar a mis oponentes, los estudié, fijándome en sus puntos débiles. Algunos favorecían a un bando más que a otro. Otros se basaban más en la fuerza bruta que en la velocidad.

Con el quinto contrincante, ya me dolían los músculos en señal de protesta y en mi campo de visión bailaban manchas. El sudor me caía a chorros por la espalda y los costados de la cara. Rodé por el suelo y volví a levantarme, solo para ser derribada hacia atrás por un sólido puñetazo en el estómago. Todo el aliento abandonó mi cuerpo con un doloroso silbido y me quedé jadeando en el suelo. Me cubrí el estómago con un brazo y respiré lentamente.

Los vítores y abucheos de la multitud continuaron, devolviéndome al presente con una sacudida. Con las piernas temblorosas, me puse en pie y exhalé un suspiro. Entonces, mi oponente se abalanzó sobre mí y la sujeté con una llave de cabeza. Dimos vueltas y más vueltas hasta que le

di una patada con la pierna y la derribé.

Una vez que se escabulló, mis ojos recorrieron la multitud.

—¿Quién es el siguiente?

El silencio respondió a mi afirmación.

Un pequeño hilo de esperanza se desplegó en mi interior y creció hasta que Mason se adelantó, y la gente a ambos lados se separó para dejarlo pasar. Sin camiseta y con solo unos pantalones cortos, su presencia me distrajo de inmediato.

Todo me atraía, desde el pelo negro rizado que le llegaba hasta los hombros hasta sus intensos ojos marrón chocolate. Su piel bronceada brillaba bajo la luz del fuego y se me secó la boca cuando salvó la distancia que nos separaba y se detuvo a unos metros.

—Si me vences, no tendrás que luchar contra nadie más —me dijo Mason echando una rápida mirada hacia la multitud a su alrededor—. Y me aseguraré personalmente de que todos los prisioneros de guerra reciban comida.

El entusiasmo y la impaciencia se apoderaron de la multitud.

—¿Y si pierdo?

—Te daremos comida suficiente para un lobo —dijo Mason, posando sus ojos en mi rostro—. ¿Tenemos un trato?

—Sí —asentí lentamente luego de una pausa.

A continuación, amplió su postura y cerró los puños. Durante un rato, nos rodeamos, la tensión entre nosotros era palpable e innegable. De vez en cuando, cuando lanzaba un puñetazo, captaba una mirada extraña en su rostro y me preguntaba si él también la sentía.

Esta cosa viva, que respira entre nosotros, tirando el uno hacia el otro.

Lo odiaba.

Había demasiado en juego como para que me distrajera la proximidad de Mason o lo bien que me sentía al inhalar su profundo y terroso olor. Cuando levantó las piernas, caí de espaldas, con

todo el aire abandonando mi cuerpo en un instante. Cuando se sentó a horcajadas sobre mí y nuestros cuerpos se apretaron, me subió el color por el cuello y las mejillas. Con un gruñido, lo quité de encima y le di un puñetazo en el estómago.

Sin inmutarse, Mason saltó hacia atrás y empezó a rodearme de nuevo.

¿Me estaba provocando, como si fuera un juguete?

Nada de esto significaba nada para él, no cuando sabía que las probabilidades estaban a su favor. Sin embargo, no podía evitar preguntarme si era su forma de intentar ayudarme. Cuando ambos estábamos cubiertos de sudor, empecé a darme cuenta de lo igualados que estábamos. A pesar de mis pocas fuerzas, respondía a cada golpe con uno mío. Cada vez que me derribaba, me levantaba y volvía a intentarlo.

En su rostro se había instalado un respeto reticente.

Más burlas e insultos llegaron desde la multitud.

Estaba a punto de derribarlo cuando me fallaron las rodillas y perdí el equilibrio. Aprovechando mi estado de debilidad, Mason avanzó hacia mí y me inmovilizó, utilizando toda la fuerza de su peso para asegurarse de que no volviera a levantarme. Las manchas bailaban dentro y fuera de mi campo de visión mientras yacía tumbada boca arriba, contemplando el ramillete de estrellas esparcidas por el cielo nocturno.

Cuando recuperé la visión, empleé las fuerzas que me quedaban para ponerme en pie. Me balanceé un poco antes de recuperar el equilibrio y me llevé las manos a la espalda. Mason tenía los brazos cruzados sobre el pecho y me observaba en silencio mientras la multitud lo vitoreaba y alababa.

Había ganado limpiamente.

¿Cómo podía pensar que le ganaría?

Incluso con toda mi fuerza, no tenía ninguna oportunidad debido a nuestro vínculo de apareamiento.

—Buena pelea. —Saboreé la bilis en el fondo de mi garganta.

Mason desplegó los brazos y se aclaró la garganta.

—Un trato es un trato.

La comida para un lobo apenas alcanzaba para ocho personas, pero iba a encontrar la manera de que funcionara.

Tenía que hacerlo.

—Sin embargo, creo que las probabilidades no fueron precisamente justas —continuó Mason, ganándose algunos gritos ahogados del público—. Como estoy a pleno rendimiento y no me han tenido enjaulada durante las últimas horas, he podido ganar. Has demostrado ser una guerrera feroz y resistente, Mónica Ríos.

Mi corazón dio un extraño salto mortal.

—Admiro tu valentía, tu coraje y tu voluntad de luchar por tu pueblo —añadió Mason, con un movimiento de cabeza en mi dirección—. Se te dará comida suficiente para ocho personas.

Parpadeé y lo miré fijamente.

En ese momento, la conmoción y la confusión se apoderaron de la multitud. Aturdida, vi cómo conducían al resto de los prisioneros hasta donde yo estaba. Faye se acurrucó a mi lado y lanzó una mirada fulminante a toda la multitud. Luego nos alejaron de la celebración y nos llevaron de vuelta a nuestras cuevas. Al pasar, vi lobos que me miraban con curiosidad y admiración.

Otros parecían querer cruzar de un salto y golpearme la cabeza contra una pared.

Los hombres lobo que nos guiaban mantenían la mirada fija al frente.

Cuando volvimos a dividirnos, cogí las manos de Faye entre las mías y nos metimos en la cueva. Antes de que nos devolvieran a nuestras celdas, distinguí una vaga silueta en la boca de la cueva. Entrecerré los ojos y juraría que reconocí los anchos hombros y la piel bronceada de Mason.

En cuanto parpadeé, había desaparecido y mis ojos se adaptaron a la oscuridad.

Me agarré a los barrotes metálicos y esperé a que se fueran los guardias.

—¿Cómo te sientes?

—¿Yo? Tuviste que luchar contra seis lobos y el alfa de Burns. ¿Cómo es que sigues en pie?

—La desesperación puede hacer que una persona haga locuras —respondí con un suspiro. Lentamente, solté los barrotes metálicos y me puse de pie—. Además, hice lo que tenía que hacer.

—Ríos tiene suerte de tenerte —susurró Faye, con la voz entrecortada—. ¿Por qué no descansas un poco? Yo vigilaré.

No sabía si podría, o si sería capaz de olvidar lo que había sentido ante los hombres lobo de Burns mientras todos habían mirado y esperado a que fracasara.

Al final, fue el pensamiento de la bondad de Mason lo que me adormeció en un sueño agitado y corto.

Capítulo 5

Mónica

—Al menos han cumplido su parte del trato —murmuró Faye entre pequeños mordiscos de comida. Sus ojos recorrieron la zona antes de posarse en mí—. Deberías comer un poco más. Vas a necesitar fuerzas.

—Estoy bien. —Aparté mi plato.

—¿Estás segura? —Faye enarcó una ceja.

Asentí y le dediqué una pequeña sonrisa a Faye.

—Sí, no te preocupes.

Pero me di cuenta de que no me creía.

Aun así, Faye volvió a centrar su atención en el plato que tenía delante y arrancó otro trozo de pollo. Masticó en silencio mientras yo miraba a los demás prisioneros, todos sentados alrededor de un tronco al borde de la hoguera, con los grilletes sonando cada vez que nos movíamos.

Aunque estaba agradecida a Mason por cumplir su parte del trato, no podía evitar sentir que nos estaban castigando. Como si ser obligados a permanecer en nuestros grilletes no fuera suficientemente malo, ser escoltados de vuelta a la hoguera poco después de mi victoria en el campo de batalla no me sentó bien.

Era como si nos estuvieran paseando.

Los lobos de la manada Burns no habían dejado de mirarnos, e incluso los que aún lo celebraban estaban más apagados, afectados por el espeso y pesado silencio que persistía en el aire. De vez en cuando, algunos de esos lobos se fijaban en mí, y sentía que se me erizaban los pelos de la nuca.

¿Había llamado ya demasiado la atención?

Con un leve movimiento de cabeza, tomé la bebida que me ofrecía uno de los guardias y la olfateé. Luego incliné el vaso hacia atrás y me bebí el líquido de un trago, mientras el agua fresca se deslizaba por mi garganta y se asentaba en la boca del estómago. Ya me sentía mucho mejor que cuando llegué a Burns.

Poco a poco, los demás prisioneros de Ríos empezaron a revivir y a intercambiar miradas conmigo. En cuanto terminaron de comer, nuestros guardias escoltaron a todos de vuelta a las cuevas, dejándonos a Faye y a mí sentadas bajo la luz de la luna, tocándonos las rodillas. Se me erizó el vello de la nuca cuando se llevaron a Faye y me dejaron sola.

Me senté más erguida y me clavé las uñas en las palmas de las manos.

Dos guardias uniformados regresaron y me llevaron de nuevo a la cueva, el olor húmedo y oscuro hizo que se me apretara el estómago. Apreté los labios y bajé la cabeza, intentando no delatarme mientras me llevaban de vuelta. Dentro de mi celda, esperé a que los guardias se marcharan antes de girarme. Los silenciosos ronquidos de Faye no tardaron en llenar la habitación y entraron dos nuevos guardias.

Miraron a través de mí mientras se colocaban en la boca de la cueva. Se me aceleró el corazón mientras agarraba los barrotes metálicos y los estudiaba. Con el ceño fruncido, rasgué un trozo de tela, utilizando el sonido de la celebración para enmascarar el ruido. Luego escondí las manos detrás de la espalda y grité, con la voz ronca y rasposa.

—Creo que necesito ver al sanador —dije con una mueca de dolor—. La herida está infectada.

Los guardias se acercaron y uno de ellos se adelantó para observarme. Me mantuve totalmente inmóvil mientras el otro se unía a él y me examinaban de pies a cabeza. Antes de que pudiera disuadirme, mis manos salieron disparadas y sujeté a uno de los guardias con la tela. Se retorció, pero ahora que mi herida estaba curada, la energía y la adrenalina corrían por mis venas. El cuerpo del guardia se aflojó y dirigí mi atención al otro.

Sus ojos se abrieron de par en par al intentar reanimar a su amigo y acabar sufriendo el mismo destino. Con el corazón latiéndome en los oídos, metí la mano entre los barrotes metálicos, con los dedos crispados mientras rebuscaba en sus bolsillos. Mi corazón chisporroteó y se disparó cuando sentí las llaves y las introduje en la cerradura. Los barrotes de metal crujieron y gimieron cuando salí y contuve la respiración.

Como no vino nadie más, avancé sigilosamente, hasta detenerme ante la jaula de Faye.

Estaba hecha un ovillo, de cara a la pared e iluminada por el pálido resplandor de la luna. Tras probar todas las llaves que encontré, sacudí la cabeza y me alejé de su jaula.

—Volveré por ustedes —susurré en la oscuridad—. Por todos ustedes.

De puntillas, me aferré a las paredes y me moví entre las sombras, ignorando la inquietud que se agitaba en el centro de mi estómago. Cuando llegué a la boca de la cueva, asomé la cabeza y me detuve. Distinguí algunas siluetas vagas a lo lejos, pero ninguna estaba lo bastante cerca como para verme.

Con un pequeño suspiro de alivio, salí de la cueva y, al amparo de la oscuridad, rodeé la hoguera. De vez en cuando, me detenía y me tendía contra el suelo, segura de que me atraparían. Cuando me alejé lo suficiente de la hoguera, me levanté y me sacudí el polvo. Entonces oí un gruñido grave y me giré. El lobo de antes, el beta de Mason, me miraba directamente, con los dientes enseñados en un gruñido.

Empecé a correr y oí pasos que golpeaban el suelo y se dirigían hacia mí. Giramos en círculos, con Aiken apremiando a los otros lobos. Mi pelo se agitaba a mi alrededor, el miedo y la desesperación me invadían por igual. En las afueras de la ciudad, me tiraron al suelo y mi cuerpo se quedó sin aliento.

A pesar de mis mejores intentos, me arrastraron hacia atrás por el suelo, con la bilis subiéndome por la garganta. Cerca de la hoguera, me soltaron y me ataron las manos a la espalda. Levanté la mirada y, a la luz de las llamas naranjas y rojas, estudié a Aiken y esperé.

Quería darme un escarmiento.

Tenía las piernas separadas a la altura de las caderas, los orificios nasales abiertos y vi la ira brillar en sus ojos. Eché la cabeza hacia atrás, cuadré los hombros y le sostuve la mirada. Aiken dio un paso adelante, se agachó frente a mí y frunció el ceño.

—¿De verdad creías que ibas a escapar?

—Estuve a punto de hacerlo —respondí con calma—. Se supone que tus lobos son de los guerreros más feroces de la tierra.

Sin embargo, no me había costado mucho dominarlos y mantenerme al alcance de la mano.

Probablemente incluso me habría escapado si no me hubiera distraído la mención de los nombres de los prisioneros flotando en el aire nocturno. Tras un breve lapsus de juicio y acribillada por la preocupación, habían sido capaces de dominarme, y me odié por ello. Habiendo tenido la oportunidad de huir, había permitido que mi juicio se nublara debido a mi miedo por los otros prisioneros.

Como la manada Burns no había sido justa, sabía que iban a descargar su ira contra los demás.

Y todo era culpa mía por no moverme más rápido.

Aiken se echó hacia atrás y me miró fijamente.

—Tienes demasiada confianza para ser una prisionera.

Me encogí de hombros y no dije nada.

Aiken se levantó y miró a los guardias.

—Que todo el mundo se reúna. Creo que hay que dar un escarmiento a nuestra prisionera.

La inquietud me subió por la espalda.

—Necesita unos azotes, para que los otros prisioneros sepan lo que pasa si intentan escapar —añadió Aiken, con una rápida mirada a su alrededor—. Y los otros lobos necesitan presenciarlo para asegurarse de saber dónde están sus lealtades.

Tragué saliva y respiré hondo.

Aiken volvió su mirada hacia mí y retrocedió unos pasos más. Uno de los guardias me obligó a ponerme en pie y se detuvo. Entonces Mason surgió de la oscuridad, inmaculado e imperturbable en pantalones cortos y camiseta. No dijo nada mientras se detenía a unos metros y estudiaba toda la escena. Sus ojos marrones se detuvieron en su beta, y una rápida mirada pasó entre ellos.

—No le importará que la azotes —le dijo Mason a Aiken con una rápida mirada en mi dirección—. Como guerrera, está acostumbrada al dolor. Necesita otra forma de castigo.

Aiken asintió.

—¿Qué sugieres?

—Nada puede ser más humillante que ser forzada a ser mi sirvienta. —Mason enderezó la espalda.

La conmoción y la rabia me invadieron por partes iguales.

Ser azotada, aunque doloroso, era una alternativa mucho mejor que verme obligada a servir a Mason de pies y manos. Teniendo en cuenta que era el alfa de la manada Burns, la forma de castigo que eligió para mí era una tortura especial, pues sabía que solo conseguiría que la manada Burns se burlara más de mí y me juzgara.

Incluso mi propia manada pensaría menos de mí.

No había nada honorable o decente en ser forzada a la esclavitud, y por mi enemigo, nada menos.

—Prefiero ser azotada.

Aiken lanzó una rápida mirada en mi dirección y su expresión cambió por completo.

—¿Qué te hace creer que puedes opinar sobre tu forma de castigo?

—Porque sigo siendo una prisionera de guerra y todavía me necesitan viva —espeté con el ceño fruncido.

—Hay otros prisioneros —me recordó Aiken, frunciendo las cejas—. Apenas mereces el esfuerzo.

Me vi obligada a volver a ponerme en pie, levantando tierra y polvo al hacerlo.

Aiken volvió a mirar a Mason y sonrió.

—¿Sabes qué? Tienes razón. Ser una sirvienta es mucho más humillante, y además le enseñará una valiosa lección.

—Exactamente —asintió Mason.

Tras ordenar a los guardias que me pusieran un nuevo juego de esposas y brazaletes para restringir mis movimientos, me pusieron de pie. Me invadió una ira al rojo vivo que traté de ignorar. Como había seis lobos en total, todos ellos centrados total y completamente en mí, sabía que no podía intentar otra cosa.

No si esperaba pasar la noche.

Otro intento de fuga estaba descartado, sobre todo con tanta atención centrada en mí. Usando cada gramo de autocontrol que poseía, avancé arrastrando los pies y me dejé llevar. Dejamos atrás la hoguera y la celebración mientras serpenteábamos por las calles anchas y uniformes a ambos lados.

En el corazón de la ciudad, los guardias se detuvieron y me empujaron escaleras arriba, con columnas de mármol a ambos lados y una mansión de piedra gris en el centro. En el umbral, Mason se detuvo e intercambió unas palabras rápidas con los guardias apostados en la puerta. Luego me empujaron a través de ella, y mis ojos apenas tuvieron tiempo de adaptarse. Aiken iba a la misma velocidad que yo, demasiado satisfecho de sí mismo.

Todos a mi alrededor formaron un círculo en medio del patio, dejándome en el centro. Mason se giró para mirarme, con una expresión extraña en el rostro. Como de costumbre, intenté ignorar la energía que me recorría y la opresión que sentía en el pecho cuando lo miraba.

Estaba aún más guapo en su elemento como amo de la mansión.

Cuando se acercó, me quedé quieta y esperé.

¿Por qué no podía ignorar el tirón que sentía cada vez que él estaba cerca?

¿Por qué no pudo ser mi compañero alguien de mi propia manada?

Los ojos de Mason me recorrieron, observando cada centímetro de mí.

Me hormigueaba la piel allá donde miraba y me preguntaba qué pensarían los guardias. Finalmente, Aiken se adelantó, ocultando a Mason. Se intercambiaron algunas palabras más hasta que una frágil figura emergió de entre las sombras. Era una mujer menuda, de rostro curtido y algunas mechas blancas en el pelo negro.

Mantuvo la cabeza inclinada cuando salió a la luz.

Entonces, levantó su mirada hacia mí y un escalofrío de miedo recorrió mi espina dorsal.

En ese momento supe que esta mujer no iba a hacerme la vida más fácil.

Capítulo 6

Mónica

—Date prisa —espetó Danielle, con los ojos brillantes de crueldad e impaciencia—. No tengo todo el día.

—Me muevo tan rápido como puedo. —La seguí arrastrando los pies, con las cadenas sonando a cada paso.

—A partir de ahora, vas a hacer todo lo que yo diga —dijo Danielle, por encima de sus hombros, mientras me llevaba cada vez más adentro de la mansión—. Como ama de llaves del alfa, tengo mucho poder e influencia aquí. ¿Está claro?

—Entendido. —Me aclaré la garganta.

—Te levantarás con el sol cada mañana y no te irás a dormir hasta que yo te lo diga —ladró Danielle, con otra mirada lanzada sobre sus hombros—. No permitiré que alguien como tú arruine todo el buen trabajo que hacemos aquí.

De camino a la cocina, recibí algunas miradas amenazadoras más del personal de la casa. Muchos de ellos me miraron abiertamente, haciendo una pausa en sus tareas para hacerlo. Algunos me lanzaron insultos mientras Danielle, la jefa de la limpieza, me llevaba por un pasillo estrecho y en penumbra.

Al final del pasillo, abrió una puerta con un chirrido e hizo un gesto vago con la mano. En la penumbra, estudié la ventana con los cristales rotos, el colchón manchado del suelo con una manta de aspecto viejo tirada por encima y una única mesa a unos metros de distancia. Cuando me giré para mirar a Danielle, tenía los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión de suficiencia en el rostro.

—¿Problemas? Esta habitación pertenecía a una antigua sirvienta. Ella también se creía mejor que los demás y se llevó su merecido.

Me invadió un arrebato de ira, pero luché contra él.

Enemistarme abiertamente con la mujer mayor no me iba a llevar a ninguna parte y no me haría ningún favor. En lugar de hacerle saber lo que pensaba de la destaralada habitación, me llevé las manos a la espalda y no dije nada.

Danielle enarcó una ceja, con la luz de las velas bailando en sus facciones.

—No lo creía. Ya no eres tan altiva y poderosa, ¿verdad, mestiza?

—No soy una mestiza. —Levanté la barbilla.

Danielle desechó mi comentario.

—No me importa. Cíñete a tus obligaciones, no molestes a nadie y no me desobedezcas.

Se recogió los pliegues del vestido, que se agitaron y crujieron mientras se alejaba. Momentos después, oí voces en el pasillo que mencionaban mi nombre. Me acerqué a la puerta y escuché; pude oír el desprecio y el juicio en sus voces mientras se burlaban de mí.

Ser prisionera de guerra era uno de los peores destinos para un hombre lobo.

En mi caso, era peor por el hecho de que Mason se había interesado especialmente por mí. Una parte de mí se preguntaba si iba a sentir un placer especial al destrozar mi espíritu hasta que no quedara nada. Me preguntaba si había pensado en el peor castigo que se le podía ocurrir, solo para salvar las apariencias ante sus hombres lobo.

En cualquier caso, supongo que no importaba mucho.

No cuando estaba encerrada en una habitación fría y húmeda, alejada del resto de mi manada e incapaz de pensar en una sola solución. Empecé a pasear por la habitación e intenté ignorar el traqueteo de las cadenas a mis espaldas. Cuando Danielle volvió a asomar la cabeza, con la cara contorsionada por la ira, yo estaba encaramada al borde del colchón, con la cabeza hundida entre las manos.

—Deja de hacer ese ruido o mañana tendrás doble turno en la cocina —espetó Danielle, con saliva saliendo de su boca—. Tienes suerte de que no te azote yo misma.

La miré fijamente y no dije nada.

En cuanto se fue, respiré hondo y temblorosa, lanzándome de nuevo sobre el colchón. Permanecí un rato tumbada, escuchando el sonido de la vida a través de las finas paredes. Poco a poco, todo el mundo a mi alrededor se fue callando a medida que se calmaban las celebraciones. Cuando me aseguré de que todos se habían ido a dormir, me incorporé y me estremecí. Comencé a buscar en cada rincón de la habitación, con el corazón latiéndome en los oídos todo el tiempo.

Cuando un tablón suelto bajo mis pies cedió, la respiración se me entrecortó en la garganta. La cerradura brillaba bajo la tenue luz de la luna. Me acerqué a la ventana y una fina gota de sudor me cubrió la frente. Luego, apreté el labio inferior entre los dientes y me afané en quitarme las cadenas. Con un chasquido silencioso, me quité las muñequeras y las tobilleras.

Hicieron un ruido sordo al tocar el suelo.

Metí el candado en los pantalones y avancé sigilosamente. En la puerta de mi habitación, me detuve y escuché. Aparte del martilleo inestable de mi corazón, apenas podía distinguir otros ruidos. Lentamente, avancé y me detuve. Cada pocos pasos, me apoyaba más contra la pared y aguzaba el oído.

El silencio, dichoso y bienvenido, se instaló a mi alrededor.

A tientas en la oscuridad, utilicé la tenue luz de la cocina para encontrar la salida. Al pie de la escalera, crujieron las tablas del suelo y volvió a invadirme el pánico. Me lancé hacia la puerta, que se abrió con un chirrido y me dejó salir a otro pasillo. Mis pies eran ligeros y silenciosos contra el suelo enmoquetado, y largas sombras se proyectaban a lo largo de las paredes de color azul.

En algún lugar de la casa, la voz de Mason se elevó, enviando otra oleada de incertidumbre a través de mí. Entonces, aparté los sentimientos y me aferré a mi ira, dejando que me llenara hasta que cada centímetro de anhelo y añoranza que sentía por Mason fue sustituido por otra cosa.

Ira fría y despiadada.

Fruncí el ceño, me apoyé contra la pared y avancé sigilosamente, con pasos ligeros y silenciosos. Al final del pasillo, oí unas voces y me paralicé. Con la misma rapidez, mi instinto me hizo entrar en la habitación más cercana y me encontré cara a cara con una escoba y una fregona. Me tapé la boca con una mano para calmar la respiración y esperé.

Cuando los pasos se alejaron lo suficiente, exhalé un suspiro y escuché. Cuando estuve segura de

que el pasillo estaba vacío, volví a salir y me aparté el pelo de los ojos. De puntillas, seguí mi camino por el pasillo enmoquetado, deteniéndome de vez en cuando para escuchar otros sonidos.

Mi respiración era ruidosa e incesante en mis oídos.

Utilicé el dorso de la mano para secarme el sudor de la cara.

En cuanto doblé la esquina, me detuve y miré entre las tres puertas idénticas, sintiendo una creciente consternación. Respiré hondo y me revolví con rabia un mechón de pelo. Luego me acerqué de puntillas a la primera puerta y agarré el pomo. Un momento después, miré por encima del hombro a las otras dos puertas y me detuve.

¿Cómo iba a saber cuál era la habitación de Mason?

Por lo que pude ver, la mansión tenía varias habitaciones, ninguna de las cuales parecía estar ocupada. Dado que me habían llevado directamente a la cocina, no tuve oportunidad de explorar. Mientras el resto del personal dormía, yo solo tenía una ventana de oportunidad limitada antes de que me atraparan. Lo último que quería era que Danielle saliera de su estupor y viniera a buscarme para que cumpliera sus órdenes.

Ya le caía mal a la vieja ama de llaves y no necesitaba darle más razones para desconfiar de mí. Con un movimiento de cabeza, solté el pomo y me dirigí hacia la segunda puerta. Allí, me detuve y escuché el sonido de otras personas. Más voces se dirigían hacia mí, pero estaban lejos.

Cuando las voces volvieron a alejarse, empujé la última puerta y entré a trompicones. Con el corazón martilleándome en el pecho, me apoyé en la puerta y apreté el oído contra ella. Se oyeron algunas voces más, acompañadas de alguna risa. Luego todo quedó en silencio, y yo quedé a merced de mis propios pensamientos.

Otra vez.

Tenía que salir de aquí.

Ya era bastante malo ser una prisionera de la manada Burns.

Y no quería que nadie viera el efecto que Mason tenía en mí. Como su sirvienta, iba a verme obligada a interactuar con él, día tras día, y la idea me revolvió el estómago. Con un poco más de fuerza de la necesaria, aparté el pensamiento y me di la vuelta, decepcionada al ver que no había entrado en la habitación de Mason.

Poco a poco, la habitación se fue enfocando, desde las estanterías de libros a ambos lados, hasta el gran escritorio de caoba en el centro, con una gran ventana que daba a una luna en forma de media luna. En la otra esquina de la habitación había una pequeña chimenea, cuyas brasas se apagaban poco a poco mientras proyectaban largas sombras sobre las paredes. Contuve la respiración mientras estudiaba la habitación, mis ojos se detuvieron en los retratos de las paredes.

De los anteriores líderes de la manada Burns.

Mason tenía un parecido asombroso con todos ellos.

De todas las habitaciones en las que podría haber entrado, ¿por qué tenía que ser su estudio?

Hice un ruido de disgusto en el fondo de mi garganta y me acerqué al escritorio. Había montones de papeles alineados a ambos lados. A la pálida luz de la luna, me coloqué detrás del escritorio y hojeé los papeles, con la esperanza de encontrar algo útil. Aunque entrecerré los ojos para distinguir la información y me detuve a comprobar la puerta, pude distinguir los nombres de varios miembros de la manada Ríos.

Muchos de ellos destacados guerreros como yo.

El informe había sido redactado por el beta de Mason, Aiken, que había firmado con letra cursiva al pie. Con la punta del pulgar, tracé la letra cursiva y fruncí el ceño. Luego volví a levantar la mirada y repasé las cifras, dándome cuenta con creciente consternación de cuántos lobos habían matado en realidad.

¿La manada Burns cazaba a los lobos Ríos por deporte?

¿Acaso era todo un juego para ellos?

Mirar la lista solo me hacía sentir peor, pero no me atrevía a apartar la vista. Tampoco me atreví a dejar el papel, ni siquiera cuando me invadió una ira al rojo vivo y empecé a sentir un impulso primitivo.

Iba a hacer pedazos a Mason.

Quería hacerle pagar por lo que le había hecho a mi manada, y estaba decidida a llevar a la manada Ríos la cabeza de alfa Mason montada en una pica para demostrarles a todos que yo seguía siendo leal y que los lobos de Ríos eran imparables.

Mi manada merecía venganza, y yo iba a ser quien se la diera.

Incluso si eso significaba tener que ir cara a cara contra mi compañero.

Después de echar un último vistazo al papeleo, volví a ordenarlo todo y alinear las pilas de papeles. Cuando me aseguré de que todo estaba exactamente como lo había dejado, hasta los últimos rescoldos de las llamas, salí de detrás del escritorio y me dirigí hacia la puerta. Allí me detuve, apoyé ambas manos en la madera y esperé.

Oí pasos fuera de la puerta y reconocí la voz de Mason.

Fruncí el ceño, me agaché detrás de una mesa grande, acerqué las rodillas al pecho y apreté los labios. Momentos después, se abrió la puerta del estudio y entraron Mason y Aiken, hablando entre ellos.

Me hice lo más pequeña que pude y me tapé la mano con la boca.

Capítulo 7

Mónica

—Cómo van los ataques de los rebeldes de Ríos?

—Los estamos atacando donde más duele —respondió Aiken, su voz se dirigió hacia donde yo estaba escondida, acurrucada debajo de la mesa—. No te preocupes. No serán un problema durante mucho tiempo.

—Mientras podamos ocuparnos de ello antes de que se convierta en un problema mayor, no me preocupa —respondió Mason sin perder el ritmo. Asomé la cabeza desde detrás de la mesa, vi a Mason bañado en el suave resplandor del fuego y tragué saliva.

Aiken se sentó frente a él, con la cabeza inclinada en señal de concentración.

De vez en cuando, los dos intercambiaban miradas y sonrisas de satisfacción.

—¿Cómo van las negociaciones con el nuevo alfa Ríos?

—No parece muy interesado en recuperar a los prisioneros. —Mason resopló—. Creía que era un alfa fuerte. Parece que me equivoqué.

Fruncí el ceño y apreté los labios en una fina línea blanca.

—Ned era un alfa mucho mejor —coincidió Aiken sin levantar la vista—. Un enemigo digno. Eric no es nada en comparación. Podemos derribarlo fácilmente y dominar a la manada Ríos.

—No tengo ningún interés en hacerlo. —Mason continuó garabateando, y un surco apareció entre sus cejas—. Los Ríos son una buena manada, y no quiero convertirme en un tirano.

—Expandir tu territorio no te convierte en un tirano.

—Apropiarse de un territorio que no es mío lo sería.

—Botín de guerra.

—Ahí discrepamos. — Mason rodó los hombros y miró al techo. Lo más rápido que pude, volví a mi escondite y apoyé la cabeza en las rodillas. Mason y Aiken intercambiaron algunas palabras apagadas más antes de que oyera el chirrido de una silla. Aiken salió primero de la habitación y llamó a Mason desde la puerta.

Entonces Mason se acercó al fuego y, cuando volví a asomarme, estaba allí de pie, estudiando las llamas. Volví a esconderme debajo de la mesa y esperé. Cuando Mason se movió para marcharse, conté hasta treinta. Luego, con el mayor cuidado posible, me puse de pie y me arrastré hasta la puerta. A través de la rendija de la puerta, vi a Mason desaparecer en la primera habitación de la derecha, y se me revolvió el estómago.

Mi oportunidad de matar a Mason finalmente había llegado.

Salí al pasillo, apreté los puños y giré el pomo. La habitación estaba poco iluminada, salvo por un gran televisor sobre la chimenea. Con la respiración contenida, estudié los alrededores y me detuve en la puerta que había quedado entreabierta en la esquina.

El vapor salió primero y me tensé.

Cuando me abalancé sobre Mason, en el último segundo, me di cuenta de que solo llevaba una toalla alrededor de la cintura y vacilé. Tropecé con él y di media vuelta, evitando por muy poco estrellarme contra la pared. Luego giré sobre mí misma, con el corazón latiéndome con fuerza en los oídos, y volví a atacar.

Mason me agarró de las muñecas y me apartó de un empujón.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Hago lo que debería haber hecho en el campo de batalla —espeté, haciendo una pausa para estirar la pierna. Le dio en el estómago y lo hizo caer hacia atrás con un pequeño gruñido de sorpresa. Se enderezó unos instantes después y lanzó un puñetazo. No me dio en el pecho y me rozó la oreja.

La sangre me rugía en los oídos cuando avancé de nuevo hacia él, lanzando toda la fuerza de mi peso tras el puñetazo. Mason me atrapó en el aire y giramos en círculo, cada uno tratando de tomar la delantera. De repente, caímos de espaldas sobre la cama. Levanté la cabeza y me

encontré cara a cara con Mason, cuyos ojos oscuros se abrieron de par en par y me miraron con hambre.

¿Él también lo había sentido?

Tenía una pierna a cada lado y había dejado de moverse, y su mirada se clavó por completo en la mía. Todos mis instintos de lucha me pedían a gritos que lo tirara, que lo empujara, para poder tomar la iniciativa. Sin embargo, cuanto más tiempo permanecíamos así, menos ganas tenía de moverme.

Lo único que quería era perderme en sus hermosos ojos oscuros.

La mirada de Mason se dirigió a mis labios y su respiración cambió, volviéndose más profunda. Uní mis piernas a su cintura y dejé de retorcerme. Me sujetó los brazos por encima de la cabeza y me invadió su profundo olor a tierra.

Mi estómago daba extrañas volteretas a medida que él se acercaba.

Cuando nuestros labios por fin se encontraron, mi mente se quedó en blanco y mi cuerpo explotó. Me soltó los brazos, que cayeron a los lados. Luego me frotó los brazos desnudos con una mano, dejándome la piel de gallina, y con la otra me acarició la nuca, haciéndome sentir punzadas de deseo.

Estaba ardiendo.

¿Era así como debía sentirse el vínculo de apareamiento?

Inevitable y poderoso, como si cada célula de mi cuerpo gritara su nombre.

Incliné la cabeza hacia un lado y froté mi pierna contra la suya. De repente, Mason dejó de besarme y se sentó más erguido. Se separó de mí, se ajustó la toalla a la cintura y cruzó los brazos sobre el pecho. Apenas podía oír más allá de los latidos de mi corazón y no podía pensar debido a la espesa niebla de deseo que se había apoderado de mí.

—Tú y yo no somos nada el uno para el otro —me dijo Mason inclinando la cabeza—. Nunca aceptaría a alguien de Ríos como mi compañera.

Me limpié la boca con el dorso de la mano y me levanté.

—Entonces, ¿por qué me besaste?

—Eres mi sirvienta. —Mason enarcó una ceja—. Puedo hacerte lo que quiera.

—Eres un cabrón —le dije fríamente—. Sé que sentiste algo. Solo intentas encubrirlo porque no quieres que nadie sepa...

Mason estaba delante de mí en un instante, con la mano tapándome la boca.

—No te atrevas a terminar esa frase. No vas a contarle a nadie lo que ha pasado esta noche, ¿entendido?

Lo miré fijamente y no dije nada.

—Si lo haces, los demás prisioneros pagarán las consecuencias —me dijo Mason, deteniéndose para mirarme con ojos de acero—. ¿Entendido?

Asentí lentamente.

Cuando retiró la mano de mi boca,ladeé la cabeza y le escupí a los pies. Con una última mirada fulminante en su dirección, salí a toda prisa de la habitación, resistiendo todo el tiempo el impulso de mirarlo. Aun así, sentí sus ojos clavados en mí cuando salí, bajé corriendo las escaleras y me metí en mi habitación. En la seguridad de mi húmeda y fría habitación, me senté en el colchón y hundí la cara entre las manos.

No tenía ni idea de por qué había dejado que se metiera en mi cabeza.

O por qué me permití creer en el vínculo de apareamiento entre nosotros.

Porque estaba claro que yo era la única que se sentía así.

Para Mason, yo no era más que un juguete, algo para pasar el rato. Después de ponerme un viejo camisón hecho jirones, me tumbé en el colchón y me pasé un dedo por los labios. Una parte de mí quería olvidar lo que sentía al estar cerca de él, al sentir cada parte de su cuerpo acurrucado contra el mío, y la otra parte quería olvidarlo, desterrarlo a los rincones más oscuros de mi alma.

No sabía qué parte quería escuchar.

Con un poco más de fuerza de la necesaria, me tiré sobre el colchón e intenté dormirme. Pero

cuanto más lo intentaba, más se me escapaba el sueño, hasta que por fin me di cuenta, mientras me dormía, con un profundo agotamiento apoderándose de mí, de que en lo único que podía pensar era en Mason.

Incliné la cabeza hacia un lado y froté las piernas contra las suyas. Mason sonrió y apartó los labios. Me dio besos ardientes con la boca abierta en el cuello y en el pecho. Luego me subió la camisa por encima de la cabeza y la echó por encima.

—Eres tan hermosa, Mon —respondió Mason, su voz espesa de emoción—. ¿Tienes idea de lo loco que me vuelves?

Me incorporé y mis dedos se movieron hasta la cinturilla de mis pantalones.

—Sí, la tengo.

Mason negó con la cabeza y tiró de mí hacia él. Con una mano me quitó los pantalones y con la otra me acarició la nuca, masajeándome la piel sensible. Me estremecí y se me puso la piel de gallina. Mason dejó caer una mano entre nosotros y me frotó por encima de la fina tela de las bragas.

Sentía que iba a explotar.

Apreté las piernas alrededor de su cintura y exhalé un suspiro.

—Dios, qué bien se siente.

—No hemos hecho más que empezar —prometió Mason, haciendo una pausa para darme un beso abrasador—. Tócate, Mónica.

Mi boca se entreabrió mientras juntaba mis pechos.

Mason se levantó y sonrió. Dejó caer la toalla al suelo con un aleteo y yo me deleité con cada centímetro de él, empezando por la parte superior de su larga melena oscura, deteniéndome en sus anchos hombros y maravillándome con su piel tensa y bronceada.

Era el hombre más hermoso que jamás había visto.

Quería más.

Mason volvió a subirse a la cama y me empujó para que mi espalda quedara presionada contra el cabecero. Luego volvió a frotarme, esta vez con más intención, de modo que me retorcí y gemí contra él. Enlazaba los pies sobre su cintura y hundía la cabeza en el pliegue de su cuello. Cuando abrió la boca y me clavó los dientes en la piel, me recorrió una doble oleada de dolor y placer.

Cuando mi cuerpo estalló, la fuerza del orgasmo me desgarró, eché la cabeza hacia atrás y gemí. Mason me besó por el cuello y se detuvo en la cintura de mis bragas. De un tirón, me las bajó y se las echó por encima de la cabeza. Antes de que se me aclarara la vista, tiró de mí hacia él y se colocó en mi entrada.

De un solo empujón, estaba dentro de mí, llenándome hasta el último centímetro.

Pasé los dedos por su espalda y canté su nombre.

Mason se retiró y volvió a metérmela de golpe, arrancándome gemido tras gemido de placer. Clavé las uñas en su espalda y cerré los ojos. Una oleada tras otra de placer crecía en mi interior. Cada golpe, cada embestida y cada movimiento me acercaban más y más al límite.

Mi cuerpo se estremeció y convulsionó mientras otro orgasmo me inundaba.

Mason me dio unos cuantos empujones más antes de que su cuerpo empezara a sacudirse y a tener espasmos. Luego se apartó de mí y me arropó a su lado. Sin decir palabra, me dio un beso en la cabeza y soltó un profundo suspiro de satisfacción.

Me senté en la cama, empapada en sudor y con la manta enrollada alrededor de la cintura. Eché

un vistazo a la habitación desconocida, luchando por comprender lo que me rodeaba, me presioné las sienes con dos dedos y fruncí el ceño.

No podía estar soñando con Mason.

Yo no quería.

Sin embargo, por mucho que intentara alejar la idea de que me abrazara a él y me acariciara el pelo, no podía. El vínculo de apareamiento me atraía hacia él a pesar de mi buen juicio, y no tenía ni idea de cómo debía hacer las paces con ello.

O el hecho de que estaba desarrollando sentimientos por él.

Como si sentirse atraída por Mason no fuera suficientemente malo.

Estaba condenada a deambular por la tierra, enamorada de un hombre que estaba destinado a ser mi enemigo, y tenía que ocultar a todo el mundo lo que sentía.

Incluida yo misma.

Pero nada de eso dolía tanto como saber que Mason no sentía lo mismo.

Mi loba interior se acurrucó sobre sí misma y aulló de tristeza.

Capítulo 8

Mason

No podía conciliar el sueño.

Por mucho que lo intentara o por mucho que lo deseara, no lo lograba.

En lugar de eso, me quedé tumbado, con las sábanas amontonadas alrededor de la cintura y los brazos por encima de la cabeza, mirando al techo. Contaba mentalmente y me susurraba en voz baja, pero nada me ayudaba. Por desgracia, lo único que podía hacer era pensar en lo que sentía al tener a Mónica inmovilizada debajo de mí.

Su dulce aroma despertó algo dentro de mí.

Su aroma a miel y melocotón aún permanecía en mi habitación y en mi cama, haciendo que sea imposible alejarme de ella. Cuando me puse de lado, su olor me llegó hasta las fosas nasales y me hizo aspirar.

Como si fuera una especie de adicto en busca de su próxima dosis.

¿Por qué no podía sacármela de la cabeza?

Mónica pertenecía, después de todo, a la manada enemiga acérrima de los Burns, una Ríos. No importaba que me hiciera sentir cosas, cosas que no quería sentir y que no tenía por qué sentir. Y no importaba que, cada vez que estaba cerca de ella, sintiera un extraño deseo de estrecharla entre mis brazos y no dejarla marchar jamás.

Mis sentimientos por Mónica no podían ir más allá.

No lo permitiría.

Sobre todo, porque la última vez que me permití preocuparme demasiado y acercarme demasiado a las personas, acabaron arrancándomelas de las manos. Con una exhalación, me puse boca

arriba y miré al techo, viendo las caras de Harrison y Selena. Vi que ambos me sonreían y me tendían la mano rodeados de un halo de luz.

Pero cuando parpadeé, vi a mi padre señalándome con el dedo, con la cara contorsionada por la ira. Cuando volví a parpadear, me vi al otro lado de una puerta cerrada, golpeando la madera con las manos y suplicando que me dejaran salir. Aún recuerdo lo que sentí al ver cómo se llevaban a Selena y a Harrison por mi culpa.

Por mi tonto deseo de estar en el campo de batalla.

A los ocho años me habían prohibido participar en la batalla entre los Ríos y los Burns, pero eso no me había impedido escabullirme. En contra del consejo de mi padre, había engañado al guardia apostado frente a mi puerta y me había escabullido, encontrándome en medio de una calle vacía y con un hombre lobo enfrente.

Cada vez que cerraba los ojos, seguía sintiendo los ojos amarillos y brillantes del lobo mirándome atentamente y con gran interés. A veces, incluso podía revivir lo que sentí cuando el lobo se abalanzó sobre mí y me derribó. Cerré las manos en puños y casi podía oler su aliento caliente en mi cuello.

Sentí un chasquido de los dientes y el olor rancio de su aliento me llegó hasta las fosas nasales.

Recordé lo que sentí al empujarlo y cambiar a mi forma de lobo. Cuando nos rodeamos, no sabía lo que iba a pasar. Solo sabía que necesitaba luchar para demostrar que era el guerrero que Burns necesitaba. A pesar de mi edad, estaba lleno de descarada confianza y determinación, lo suficiente como para dominar al lobo más fuerte, que medía el doble que yo.

Después, todo mi cuerpo se estremeció.

Y el olor de su sangre aún perduraba cada vez que iba a la batalla y veía a un lobo que se le parecía. Incluso ahora, seguía viendo su aspecto mientras avanzaba hacia mí y me rodeaba, con la cojera pronunciada en la pierna. De vez en cuando, me preguntaba cómo había sido capaz de derribarlo, sobre todo teniendo en cuenta mi falta de experiencia en el campo de batalla.

Seguía sin tener una explicación.

Lo único que sabía era que, cuando lo derribé, volví conmocionado a mi forma humana. Pasé unos minutos arrodillado junto al cadáver, empapado en su sangre e incapaz de entender lo que

había pasado. Hasta que una extraña agitación creció en mi interior al oír los gritos de angustia de mi manada, y me habían entrado ganas de volver a luchar.

Si no hubiera sido por los lobos Ríos que se tropezaron conmigo, lo habría hecho.

Y estaba seguro de que la sed de sangre habría sido mi perdición.

Así las cosas, había tenido suerte cuando Selena y Harrison Burns me encontraron y alejaron a los lobos. Cada vez que intentaba desterrar los recuerdos particulares de aquella noche, los veía durante sus últimos momentos en Burns, formando un círculo a mi alrededor y defendiéndome ferozmente contra los lobos de la manada Ríos.

Los habían arrastrado antes de que llegara la ayuda.

Y me había quedado en medio de la calle abandonada con lágrimas, sudor y sangre resbalando por mi cara y por toda mi ropa. Así me había localizado mi padre, en su forma de lobo. Me vio, volvió a su forma humana y me arrastró, pataleando y gritando. Después de encerrarme, había dejado a dos guardias apostados ante mi puerta y apenas me había dirigido la palabra.

Aun así, volví a escabullirme y utilicé la ventana para bajar por el lateral de la casa hasta el patio trasero. A pesar del cansancio y el miedo, había corrido por las calles de la ciudad, usando el olfato para encontrar el olor familiar de Selena y Harrison. Hasta que no había llegado a los límites de la ciudad no me di cuenta de lo que había pasado.

Me había escondido detrás de un arbusto y había visto cómo Selena y Harrison habían sido obligados a arrodillarse. El pelo y la cara de Selena estaban cubiertos de tierra y sangre, y los de Harrison no estaban mejor, pero los dos tenían la misma expresión de determinación.

Aturdido, había visto a los lobos de Ríos cortarles las manos y arrojarlas lejos, y me había tapado la boca con ambas manos para contener el grito.

Ni siquiera el saber que la manada Ríos lo hacía para demostrar su fuerza y enviar una clara advertencia había ayudado. Tampoco lo había hecho ver cómo mi padre seguía enfurecido días después y había dirigido a la manada, batalla tras batalla, hasta que consiguieron capturar una parte del territorio de los Ríos.

Tampoco había ayudado que Astrid Burns quedara en ridículo.

Convertirse en la manada de lobos más poderosa del territorio no había cambiado nada.

Ningún territorio había compensado las vidas perdidas aquel fatídico día.

Y aún pensaba a menudo en Selena y Harrison y en lo mucho que significaba su sacrificio. Entonces supe que, de no ser por ellos, los Ríos me habrían hecho prisionero a cambio de la rendición de mi padre. Como su prisionero, me habrían torturado y convertido en un ejemplo para demostrar a todos los Ríos que los Burns eran débiles.

Mi odio hacia los Ríos era profundo, y sabía exactamente por qué.

Era por todo lo que me habían quitado a mí y a mi manada.

Por la noche, daba vueltas en la cama y pensaba en todo lo que podría haber hecho de otra manera, pero era inútil. No podía cambiar el hecho de que me hubiera colado en el campo de batalla a pesar de las instrucciones de mi padre. Tampoco podía cambiar el hecho de que Selena y Harrison hubieran dado su vida por mí sin dudarle un instante.

Ni siquiera habíamos podido darles un entierro digno.

Porque los Ríos no habían divulgado la verdad sobre lo que les pasó.

Ninguna súplica o regalo había cambiado eso, y me molestaba que los Ríos no hubieran cambiado. Bajo el liderazgo del alfa anterior, había empezado a tener esperanzas de que recuperaran el sentido común y pasaran página, lejos de la tragedia y el derramamiento de sangre sin sentido. Por desgracia, en cuanto me di cuenta de que Ned iba a dimitir y que le sucedería Eric, un lobo al que me había enfrentado varias veces en el campo de batalla, supe que cualquier esperanza de paz entre nuestras manadas se había esfumado.

Eric Ríos no era un gobernante benévolo ni pacífico que quisiera centrarse en la prosperidad y el florecimiento de los propios Ríos. Al contrario, todo lo que había visto y oído indicaba que era un débil hipócrita de dos caras al que le gustaba jugar sucio.

También estaba hambriento de poder y lleno de sed de sangre.

Su lado animal superaba con creces a su lado humano, y casi compadecí a la manada Ríos por ello.

Porque sabía lo que era ser dirigido por un hombre que se dejaba llevar por su propia ambición.

Aunque quería a mi padre y sabía que lo que más le interesaba eran los Burns, siempre había

sabido que llevaba las cosas demasiado lejos. Incluso en su vida personal, dirigía un barco estricto y hermético, creyendo firmemente en el concepto de ojo por ojo. Hasta su último aliento, mi padre había seguido expandiendo el territorio Burns, sin dejar lugar a dudas en la mente de nuestros enemigos sobre el tipo de control que teníamos.

Seguir en su lugar era agotador, y llevar ese manto en particular conllevaba sus propios problemas. Desde aquella batalla con los Ríos, me sentía constantemente dividido entre el tipo de guerrero que quería ser y el tipo de guerrero que creía que Burns necesitaba.

A menudo me costaba mucho encontrar la manera de fusionar ambas cosas.

Y me hizo preguntarme si había otra manera.

Tal vez Aiken tenía razón, y yo le estaba dando demasiadas vueltas.

Teniendo en cuenta lo que Ríos me había quitado, tenía todo el derecho a devolver el golpe y asegurarme de que los pusieran en su sitio. Sin embargo, desde la llegada de Mónica, lo único en lo que podía pensar era en cómo se sentiría ella con todo esto, sobre todo sabiendo el papel que yo había jugado en el asesinato de sus compañeros de manada.

Ya me odiaba bastante, y no la culpaba.

No podía.

No cuando sabía que debía hacerlo.

No existía un mundo en el que ella y yo pudiéramos estar juntos, y tenía que encontrar la manera de aceptarlo, por mucho que me doliera. Con el tiempo, esperaba que estar cerca de ella fuera más fácil y que el vínculo entre nosotros se redujera a un dolor que pudiera soportar, pero sabía que iba a llevar tiempo.

Y no tenía a nadie a quien culpar sino a mí mismo por tenerla cerca.

No había podido soportar la idea de que Aiken la azotara, a la vista de toda la manada Burns, mientras yo me mantenía al margen sin hacer nada. Al contrario, habrían esperado que me uniera a ellos y lo celebrara, y yo sabía que no habría sido capaz de hacerlo de forma convincente.

Idiota.

Una parte de mí sabía que debería haber dejado que la azotaran. La otra parte de mí se consolaba sabiendo que estaba en la seguridad de la mansión, con un techo cálido y comida en la barriga. Aunque condenar a Mónica a una vida de esclavitud había sido lo único que se me había ocurrido para salvarla, sabía que ella no lo veía del mismo modo.

Lo había visto en sus ojos antes de que saliera corriendo de mi habitación.

¿Me iba a perdonar alguna vez por esto?

¿Y por qué me importaba tanto si lo hacía?

De repente me encontré deseando que Selena y Harrison estuvieran todavía por aquí para aconsejarme y escucharme mientras me desahogaba. Como consejeros más cercanos a mi padre, siempre habían estado ahí para ofrecerme ayuda siempre que la necesité, y yo no lo había agradecido. En cambio, les había devuelto su amabilidad y generosidad permitiendo que los capturaran.

En ese entonces, no era digno de su sacrificio, y todavía no lo soy.

Ninguna victoria iba a cambiar eso.

Tampoco iba a borrar la cicatriz que dejó su ausencia o ahuyentar las sombras de mi corazón.

Cuando me senté en la cama y cogí el vaso de agua de la mesilla, volví a pensar en Mónica y me pregunté qué habría pensado ella de Selena y Harrison.

Y lo que habrían pensado de mi situación con ella.

Habrían sabido exactamente qué hacer, y ese conocimiento me reconfortó y entristeció en partes iguales.

En cuanto me recosté en el colchón, cerré los ojos y me obligué a dormir.

Una vez que la oscuridad se alzó para recibirme, el rostro de Mónica fue lo último que vi antes de quedarme dormido.

Capítulo 9

Mónica

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a hacerme quedar mal delante del alfa? —Danielle estaba frente a mí en un instante, y sus ojos brillaban de un tono marrón antinatural—. ¿Quién te dio permiso para quitarte las cadenas?

—Nadie —respondí levantando la barbilla y mirándola directo a los ojos.

Danielle hizo un ruido sordo en el fondo de la garganta y estiró el brazo, tirando el cuenco de gachas al suelo con un fuerte ruido metálico.

—Limpia eso. ¡*De inmediato!*

Un murmullo recorrió la cocina mientras el personal nos observaba.

Tras una breve pausa, me arrodillé y limpié los fragmentos con las manos desnudas. Cuando terminé, volví a ponerme en pie y me limpié las manos en el dorso de los vaqueros, pues aún me escocía la piel. Danielle dio un paso atrás y cruzó los brazos sobre el pecho.

Su rostro seguía tenso por la ira.

Pero no me importaba.

Nada de lo que pudiera decirme o hacerme era peor que lo que Mason había hecho.

El amargo escozor de su rechazo aún persistía y me hacía insensible e inmune a todo lo que me rodeaba. Ni siquiera Danielle me había sacado de un sueño profundo e intranquilo al amanecer para sacudirme el estupor o la pesadez de mi corazón. No fue hasta que terminé de barrer la cocina y fregar el suelo que Danielle vino a buscarme, la mirada triunfante de su rostro desapareció cuando se dio cuenta de que no llevaba los grilletes.

No había dejado de gritarme desde entonces.

A estas alturas, todo el personal de cocina conocía mi transgresión y estaba presenciando abiertamente mi humillación. Me mantuve quieta, sabiendo que la gente como Danielle disfrutaba del poder de aprovecharse de los que eran demasiado débiles para defenderse.

Mason podría haberme rechazado, pero yo seguía siendo una guerrera.

Y no iba a dejar que Danielle tuviera la satisfacción de saber que ella tenía ventaja.

—Mestiza desagradecida —murmuró Danielle, dando una rápida mirada alrededor de la habitación—. Debería hacerte limpiar toda la cocina otra vez.

Apreté los labios y no dije nada.

— Y tú deberías fregar y lavar los trastes durante una semana por tu insolencia —espetó dando un paso hacia mí.

Me quedé mirando un punto fijo por encima de los hombros de Danielle y dejé que sus palabras me invadieran.

Permitiéndoles desvanecerse en el aire.

Uno a uno, el resto del personal salió de la cocina, dejándome sola ante la ira de Danielle. Estaba al otro lado de la encimera, bañada por el cálido resplandor de la luz matinal y parecía a punto de estallar de ira.

—No, necesitas otro tipo de castigo —concluyó Danielle tras una larga pausa. Levantó la cabeza y sus labios se curvaron en una mueca—. Estoy segura de que se me ocurrirá algo adecuado.

—Ya basta. —Mason se materializó en la cocina, con unos vaqueros y una camiseta ocultos bajo una túnica ceremonial—. Mónica no debe usar las cadenas por más tiempo.

Danielle se giró para mirar a Mason y se quedó con la boca abierta por la sorpresa.

—No era necesario que bajara usted, señor Burns. Podría haber enviado a alguien con lo que quisiera.

—No hay necesidad. —Mason desechó su comentario.

Miré entre los dos y se me frunció el entrecejo.

¿Por qué Mason estaba siendo amable conmigo?

Después de su comportamiento de anoche, estaba segura de que volvería a ignorarme, a prestarme la misma atención que a una piedra en el zapato.

Antes de que pudiera seguir pensando en sus acciones, Mason me miró y se aclaró la garganta.

—De aquí en adelante, Mónica va a ser mi sirvienta personal.

No pasé por alto la mirada de suficiencia que Danielle lanzó en mi dirección.

—Vas a seguirme dondequiera que vaya y atenderás todas mis necesidades —continuó Mason, con un extraño brillo en los ojos—. Y vas a hacer exactamente lo que yo te diga.

El resentimiento quemó cualquier confusión que tuviera.

Mientras estaba allí, escuchando parcialmente a Mason dar una serie de instrucciones estrictas sobre mis deberes y mi comportamiento, me aferré a lo más profundo de mi resentimiento y lo dejé crecer. Creció hasta el punto en que me imaginé lanzando a Mason contra la pared más cercana y dándole un puñetazo.

Varias veces.

Hasta que ahogó los latidos de mi cabeza y el dolor de mi corazón.

Y el dolor del que sin duda era responsable.

Odiaba a Mason con una pasión ardiente, pero cuando lo miré, todo lo que pude oír fue la amenaza apenas velada que había hecho contra los otros prisioneros. Sus palabras resonaban en mi cabeza, recordándome lo que estaba en juego.

Atacarlo, por satisfactorio que fuera, no iba a traerme el consuelo que necesitaba.

Yo no podía ser la razón por la que Mason descargara su ira contra mi manada.

No lo haría.

Fruncí el ceño, me puse más erguida y esperé a que Mason terminara de hablar. En cuanto terminó, me hizo un gesto y me puse detrás de él. La mirada de suficiencia de Danielle nos siguió hasta el piso de arriba. Sin decir palabra, Mason fue de habitación en habitación,

haciéndome recoger papeles y entregárselos a los miembros de su consejo y otras tareas serviles destinadas a humillarme.

Y recordarme quién tenía todo el poder.

Cuando me ordenó que le quitara el polvo de la ropa y le lustrara los zapatos, necesité todo mi autocontrol para no coger su ropa en brazos y tirarla por la ventana más cercana. En cuanto terminé, Mason me hizo una seña y salimos al aire fresco de la tarde.

Lo seguí y estudié las pequeñas casas a ambos lados de la ancha calle.

Al final de la calle, giró y se detuvo en medio de un claro, donde los prisioneros estaban apiñados en un rincón y vigilados por un grupo de guardias. En el centro del claro estaba la prisionera más joven de los Ríos, una muchacha pelirroja de ojos azules, arrodillada, con la cara llena de lágrimas y la camisa hecha jirones.

Demasiado tarde, vi a Aiken levantar el látigo por encima de su cabeza y oí el chasquido al conectar con su piel. Se me escapó un grito ahogado y me lancé hacia delante, ignorando por completo a Mason. A pocos metros, la chica me vio y se puso en pie. Lloró cuando la cogí en brazos y la estreché contra mí. Luego la empujé detrás de mí y miré a Aiken, que no parecía inmutado por mi presencia.

—¿Por qué haces esto?

—Robó comida. El castigo por robo es claro —respondió Aiken, haciendo una pausa para pasar los dedos por el látigo—. Hay que darle una lección.

—Es solo una niña —le dije, levantando la barbilla—. ¿No tienes ningún tipo de compasión o piedad?

—No con los prisioneros de guerra —respondió Aiken, fríamente—. Quítate de en medio.

—Si quieres castigar a alguien, que sea a mí.

La niña temblaba detrás de mí y murmuraba en voz baja. Aunque no me agradaba la idea de ser humillada aún más a manos de la manada Burns, también sabía que no podía quedarme al margen y permitir que Aiken castigara a la niña. No cuando ella solo había estado haciendo lo que tenía que hacer para sobrevivir.

No era culpa suya que la manada Burns fuera cruel e insensible.

Con otra mirada fulminante en dirección a Aiken, me puse de pie y me tensé. Pasó un largo rato antes de que Aiken dirigiera su atención a los otros prisioneros y sonriera. El gesto me produjo un escalofrío que me recorrió la espalda e hizo que se me apretaran los nudos del estómago.

Entonces, Aiken hizo un gesto a los guardias que estaban en alerta máxima frente a los prisioneros, y se movieron como uno solo. Sin previo aviso, uno de los prisioneros se puso de pie, un joven de ojos verdes como el musgo y un brillo desafiante en sus pasos. Aiken hizo un gesto a los guardias y lo obligaron a arrodillarse.

El resto de los prisioneros se quedaron mirando, con el odio ardiendo en sus ojos.

Di un paso adelante y oí su respiración colectiva, cortando el aire de la tarde. Entonces Mason se adelantó y varios pares de ojos se volvieron hacia él. Se dirigió hacia donde estaba Aiken y le tendió el brazo. Pasó un momento largo y tenso antes de que Aiken le entregara el látigo, y su sonrisa de suficiencia regresó rápidamente.

Mason sostuvo el látigo sobre su cabeza y miró a su alrededor.

Se me subió la bilis al fondo de la garganta.

Bruscamente, Mason arrojó el látigo al suelo y se aclaró la garganta.

—A partir de este momento, los prisioneros ya no serán torturados.

Un murmullo se levantó entre la multitud.

Aiken se quedó con la boca abierta.

—¿Qué más se supone que debemos hacer con ellos?

—Son guerreros bien entrenados —recordó Mason a Aiken, con una rápida mirada en su dirección—. Tienen resistencia y fuerza. Sería una lástima desperdiciarlos.

Aiken cerró la boca de golpe y lanzó una mirada incrédula a Mason.

Mason miró a los guardias, y sus ojos se detuvieron en los prisioneros, que le devolvieron la mirada sorprendidos.

—Como ustedes son prisioneros, se les permitirá trabajar a cambio de comida. El trabajo manual es un mejor uso de su tiempo.

Se intercambiaron algunas miradas rápidas, pero los prisioneros no dijeron nada.

Mason se alejó de ellos y se detuvo frente a Aiken.

—Estoy seguro de que podemos hacer los arreglos necesarios para ellos. Me ocuparé personalmente de los detalles.

—Como desees. —Un músculo de la mandíbula de Aiken se tensó.

Con el ceño fruncido, Mason apartó a Aiken y ambos mantuvieron una conversación con la cabeza inclinada. Poco a poco, de repente, volví a la vida y tomé las manos sudorosas y callosas de la joven entre las mías. Sin mediar palabra, la llevé hasta donde se encontraban el resto de los prisioneros, que seguían intercambiando miradas de asombro.

Cuando llegué hasta ellos, todos se levantaron y me abrazaron.

A pesar de mi odio hacia él, sentí que Mason me gustaba de nuevo.

¿Cómo no iba a estarle agradecido por la amabilidad que mostraba con los prisioneros?

Cuando terminó el abrazo y me di la vuelta, Mason y Aiken seguían enzarzados en una acalorada conversación. Mason nos miró y se cruzó una rápida mirada entre nosotros, durante la cual se me aceleró el pulso.

No quería perdonarlo; mucho menos estarle agradecida por ser un ser humano decente. Aun así, me vi incapaz de aferrarme a la ira, sobre todo cuando seguí mirando a Mason a los ojos y el resto del mundo se desvaneció.

Demasiado pronto, Aiken atrajo de nuevo la atención de Mason hacia él, y volví a mirar a los prisioneros, con los ojos clavados en Faye.

—Siento no poder hacer más.

—Ya has hecho mucho —me aseguró Faye, con una pequeña sonrisa—. Me alegro de que no te mataran cuando intentaste escapar.

Tragué más allá del nudo en la garganta.

—Sí, yo también.

Aunque aún no tenía ni idea de por qué Mason me había perdonado la vida, si solo iba a hacerme desgraciada. Antes de que pudiera decir nada más, los guardias se pusieron en posición alrededor de Mason, formando un semicírculo. Sus voces se alzaron con rabia, ganando impulso hasta que un fuerte sonido cortó el aire.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que era la sirena de aviso.

Capítulo 10

Mónica

Mason y los demás miembros de Burns se sobresaltaron y se volvieron hacia el dónde venía el sonido. De repente, unos cuantos se dirigieron hacia nosotros y se llevaron a los prisioneros. Apreté con fuerza la mano de Faye antes de que se la llevaran.

Luego me volví hacia Mason, que murmuraba en voz baja a Aiken. Poco después, los guardias regresaron y se unieron a Aiken. En silencio, se los llevó, dejándome a solas con Mason. Me apresuré a acercarme a él y escuché las sirenas, que seguían sonando en el aire de la tarde.

—¿Qué está pasando?

—Es la sirena de emergencia —respondió Mason sin mirarme—. Significa que estamos bajo ataque.

Sin esperar respuesta, se puso en marcha en dirección a la sirena. Tras una breve pausa, lo seguí; deseaba ver lo que ocurría a continuación con mis propios ojos. Mi gratitud hacia la amabilidad de Mason fue rápidamente sustituida por el deseo de verlo pagar.

Verlo avergonzado delante de su propia manada.

Sabía que no era algo bueno para desearle, pero dada la humillación y el dolor que había causado desde mi llegada, era lo menos que se merecía. Siguiendo sus instrucciones, seguí a Mason por las calles de la ciudad y pasamos junto a los habitantes de Burns, que permanecían de pie en los umbrales de sus casas, con la preocupación reflejada en sus rostros.

Sabían lo que se les venía encima.

A medio camino de la ciudad, Mason se detuvo y giró sobre sí mismo para mirarme.

—No puedes seguirme.

—Me dijiste que, como tu sirvienta personal, debía seguirte en todo momento y hacer lo que me dijeras. —Fruncí el ceño.

—Ahora no. —Mason negó con la cabeza—. Tienes que volver a la mansión.

—¿Por qué?

—Esta no es tu pelea. Haz lo que te digo. —Se le tensaron los músculos de la mandíbula.

Busqué su rostro, pero antes de que pudiera apartar la mirada, vi un destello de preocupación en los ojos de Mason. Sus ojos se desviaron a todas partes, negándose a mirarme una vez más. Parte de la rabia que había sentido contra él disminuyó y volví a sentirme confusa.

¿Por qué a Mason le gustaba mantenerme adivinando?

¿Por qué no podía decidir lo que sentía por mí de una forma u otra?

Tenía que ser mejor que estar siempre adivinando.

Mientras estábamos allí, en medio de una calle ahora abarrotada de gente, intenté decidir qué hacer. Aunque ya no quería ver a Mason humillado y avergonzado delante de su manada, también sabía que no podía volver a la mansión con el rabo entre las piernas.

Al fin y al cabo, seguía siendo una guerrera, y no estaba en mi naturaleza huir de una batalla.

Tras una breve pausa, me puse más erguida y me aclaré la garganta.

—No voy a volver a la mansión.

Mason abrió la boca para protestar, pero lo interrumpí.

—Soy una guerrera, y los guerreros no dan la espalda a una pelea. Ya que tienes a algunos de tus lobos custodiando a los prisioneros, vas a necesitar más gente en el campo de batalla.

Mason apretó la boca en una delgada línea blanca.

Sin responder, giró sobre sí mismo y marchó por las calles de la ciudad, empujando a los demás lobos que se estaban reuniendo. Mantuve un amplio espacio entre nosotros, pero acompasé mi paso al suyo hasta que llegamos a las afueras de la ciudad. En el linde del bosque había un grupo de personas, con un hombre pelirrojo de ojos oscuros en el centro. Su sonrisa burlona se

ensanchó cuando vio a Mason.

El miedo se instaló en el centro de mi estómago.

No tenía ni idea de por qué me había presentado voluntariamente a las órdenes de mi enemigo, sobre todo cuando aún era prisionera de guerra. Lo único que sabía era que la idea de dejar que Mason fuera solo al campo de batalla no me gustaba nada. Así que me quedé cerca de él, crucé los brazos sobre el pecho y esperé.

El hombre moreno y pelirrojo se adelantó y extendió los brazos a ambos lados.

—¿No hay desfile de bienvenida?

—No deberías estar aquí, Jeffrey. Este es el territorio de la manada Burns —respondió Mason, haciendo una pausa para dar unos pasos hacia adelante—. Por respeto al tratado de paz que una vez existió entre nuestros pueblos, solo voy a advertirte una vez.

Jeffrey echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Viniendo del gran y poderoso líder de la manada Burns, debería sentirme halagado.

Mason soltó un gruñido de advertencia que hizo que se me erizaran los pelos de la nuca.

Jeffrey bajó la cabeza y me miró. Me observó despacio, con una chispa de reconocimiento parpadeando en sus ojos.

—Últimamente tienes extrañas compañías.

Apreté los labios y no dije nada.

—La manada Ríos ya no es lo que era, ¿verdad? —continuó Jeffrey, salvando casualmente la distancia que nos separaba—. Cómo ha caído su guerrera más poderosa. ¿Qué se siente al ser una prisionera de guerra?

Una risita recorrió las filas de la manada Williamson.

Apreté los labios y le gruñí.

—Vas a tener que hacerlo mejor que eso, pequeña esclava — me desafió con una ceja levantada.

Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, me habían salido las garras. Mason se acercó y me puso una mano en el brazo, quitándome la sed de sangre.

—Está intentando atraerte a una pelea. No dejes que te moleste.

Le dirigí a Mason una mirada de enfado.

—Métete en tus asuntos.

—Es asunto mío si peleas en mi territorio —siseó Mason, cerca de mi oído—. Si dejas que te moleste, mucha más gente va a pagar el precio. ¿De verdad quieres todas esas vidas en tu conciencia?

Me giré para mirar a Mason, y pasó un largo momento antes de que volviera a hablar.

—Bien.

Mason retiró la mano, pero su tacto seguía haciéndome cosquillas en la piel.

—¿Por qué estás aquí, Jeffrey?

Jeffrey dio unos pasos más hacia delante y extendió los brazos a ambos lados.

—Creía que era obvio. Estoy aquí para acabar con la manada Burns.

Los hombres lobo de Burns soltaron una carcajada y pasaron de mirar incrédulos a la manada Williamson a agarrarse los costados. Algunos incluso miraron a los dos alfas y se rieron con más ganas.

Era obvio que tenían mucha fe en Mason.

Yo, en cambio, no compartía su confianza.

Como mi manada ya se había enfrentado a la de Jeffrey, sabía de primera mano lo despiadados que eran. La mayoría de los hombres lobo tenían un código, pero Jeffrey mantenía a su manada con una correa extremadamente floja a menos que le sirviera de algo. Era tan poco fiable como calculador, y yo sabía de primera mano lo encantador que era.

Siempre contando chistes para desarmar a la gente.

Jeffrey siempre había actuado así y me sorprendió que Mason no se diera cuenta. Dado que Jeffrey era el que estaba invadiendo el territorio de Burns, era un milagro que Mason no lo derribara donde estaba. Por lo que podía ver, el resto de la manada Williamson no daría un paso al frente si Mason lo intentaba.

Y estaba en su derecho, teniendo en cuenta los estatutos.

Mason se aclaró la garganta, devolviéndome al presente con una sacudida. Se había remangado la camisa, mostrando unos antebrazos largos y musculosos.

—Te reto a un combate cara a cara. Si gano, coges tu manada y te vas, y yo olvidaré que esto ha pasado.

—¿Y si gano?

Mason rodó los hombros y levantó los brazos.

—No lo harás, pero si lo haces, puedes conseguir uno de nuestros territorios, sin resistencia.

Jeffrey miró a su grupo, que asentía con gesto ansioso. Cuando volvió a mirar a Mason, empecé a preguntarme si se trataba de un error. Dado que sabía cómo era la manada Williamson en el campo de batalla, no confiaba en que Jeffrey se atuviera a su palabra.

Por el contrario, iba a utilizar todos los trucos del libro y explotar todas las debilidades para salir victorioso. Sin embargo, Mason no parecía inmutarse. En lugar de eso, se pasó las manos por la cara, se apartó el pelo de los ojos y separó las piernas. Jeffrey salvó la distancia que los separaba y sonrió.

—Una oportunidad de derrotar al mismísimo gran Mason Burns en batalla. Siento que debería haber más pompa y circunstancia aquí.

—¿Vamos a pelear, o simplemente te gusta oírte hablar? —cuestionó Mason enarcando una ceja.

Entonces, Jeffrey se quitó la camisa y la dejó caer al suelo con un aleteo.

—No eres tan invencible como crees.

Mason no dijo nada y lanzó el primer puñetazo.

Jeffrey lo cogió a medio camino y empujó a la manada Mason. Un grito de sorpresa surgió de la manada Burns al ver a su alfa perder el equilibrio. Mason se recuperó rápidamente y lanzó otro puñetazo, esta vez causando conexión con el estómago de Jeffrey.

—Voy a disfrutar derribándote —le dijo Jeffrey, haciendo una pausa para gruñirle. Luego dio una patada con las piernas, pero esquivó por poco a Mason, que saltó unos metros en el aire y volvió a caer de pie. En cuanto lo hizo, cambió a su forma de lobo y derribó a Jeffrey.

El alfa de Williamson frunció el ceño y se puso en pie, levantando tierra y polvo al hacerlo. Una ovación se elevó entre la multitud de Burns mientras formaban una fila y coreaban. Frente a nosotros, la manada Williamson hizo lo mismo, mucho más preocupados de lo que tenían derecho a estar.

Mason estaba siendo generoso al permitirlos salir ilesos.

Ni siquiera había pedido nada a cambio.

Jeffrey saltó en el aire y ejecutó un giro completo antes de cambiar a su propia forma de lobo. Jeffrey no tardó en inmovilizar a Mason contra el suelo. Sin previo aviso, Mason ladeó la cabeza y escupió una bocanada de sangre, cuyo color brillaba contra las sombras del suelo. Con el ceño fruncido, Mason se abalanzó sobre Jeffrey y lo hizo caer hacia atrás, con la cara vuelta hacia el cielo.

Durante un rato, Jeffrey permaneció sentado, sin apenas moverse.

Cuando Mason se le acercó, Jeffrey emitió un leve gemido y se puso de pie de un salto. Entonces los dos se convirtieron en un borrón de movimiento y color, moviéndose demasiado deprisa para que yo pudiera seguirles la pista.

En cuanto se detuvieron, Mason respiró hondo y cerró los ojos. Jeffrey gruñó por lo bajo y Mason volvió a volar hacia él. Solo que esta vez, Mason consiguió retener a Jeffrey, obligando a los dos a dar vueltas y más vueltas.

Una vez que se detuvieron, Mason soltó a Jeffrey y hundió los dientes en las piernas de este.

Con un grito de sorpresa, Jeffrey se puso en pie y exhaló. Antes de que Mason pudiera avanzar de nuevo hacia él, Jeffrey volvió a ponerse en pie y tiró a Mason al suelo con un fuerte golpe. Los dos se desplomaron, rodando de un lado a otro hasta que Mason por fin logró imponerse.

Poco después, Jeffrey dio una palmada en el suelo, giró la cabeza hacia un lado y dejó que su cuerpo se aflojara. Cuando parpadeó, los dos volvieron a su forma humana, cojeando y cubiertos de sudor.

Entonces, Mason ayudó a Jeffrey a ponerse de pie.

—Gracias por mantenerme alerta.

—Te debo una disculpa. A ti y a toda la manada Burns. Lo siento.

—No soy el único al que le debes una disculpa —gruñó Mason.

—¿Qué quieres decir?

Mason dio un paso atrás e hizo un gesto con la mano para apuntarme.

—Tienes que disculparte con Mónica Burns también.

Y una mierda.

¿Por qué el alfa de la manada Williamson se disculparía conmigo, una don nadie?

¿Y por qué Mason insistiría en ello como si no me hubiera hecho suficiente daño?

Capítulo 11

Mónica

Pasó un largo momento, durante el cual Jeffrey miró a Mason con incredulidad.

Luego, dio un paso atrás, recogió su camisa del suelo y se la volvió a poner.

—Esos no eran los términos de nuestro acuerdo.

—Lo sé —asintió Mason.

—Es una prisionera de guerra. —Jeffrey frunció el ceño—. Los prisioneros de guerra no pueden hacer peticiones.

—Lo sé.

Jeffrey me miró y se me formó un nudo duro en el centro del estómago. Cuando volvió a mirar a Mason, parecía insatisfecho e irritado.

—Ella no es nada, una don nadie. No debería pedirle a un alfa que se disculpe.

Todos lo sabíamos, pero a Mason no parecía importarle.

¿Por qué lo hacía?

Ya había sufrido bastante a sus manos, y lo último que quería era soportar más humillaciones a manos de otra manada.

Especialmente la manada Williamson, que siempre me había mirado por encima del hombro a mí, una loba huérfana que no tenía nada y que no podía rastrear su linaje hasta la Edad Media. En todos los años que los había conocido, la manada Williamson siempre se había desvivido por intimidarme, incluso cuando Ned había sido alfa. Que Ned se interesara por mí y me entrenara como su protegida no había cambiado mucho mi posición social, pero que creyera en mi fuerza y

en mi capacidad para estar a la altura de las circunstancias seguía significando mucho para mí.

Especialmente ahora.

En todo caso, había empeorado las cosas porque empezaron a verme como la obra de caridad de Ned, su proyecto paralelo.

Y ningún lobo en su sano juicio quería ser visto de esa manera.

—¿Qué es ella para ti? —preguntó Jeffrey, frunciendo las cejas—. No puedo creer que me pidas algo así.

Mason ladeó la cabeza y vi un destello de algo desconocido en su rostro. En cuanto me miró, lo volví a ver y reconocí una de las emociones como curiosidad. Por desgracia, no pude distinguir nada más, y cuanto más tiempo me miraba, más confusa me sentía.

¿Qué intentaba demostrar Mason?

—Ella no es nada para mí —respondió Mason, finalmente—. Sin embargo, ella todavía pertenece a la manada Ríos, y tú la insultaste a ella y a su manada.

—¿Y? —resopló Jeffrey.

Mason no me quitó los ojos de encima mientras se encogía de hombros.

¿Qué estaba tratando de decirme Mason?

¿Y esa preocupación que leí en la tensión de sus hombros?

Parpadeé, y Mason parecía relajado y despreocupado.

¿Me lo había imaginado todo?

—Si ella no es nada para ti, entonces una disculpa no importa —contraatacó Jeffrey con una rápida mirada en mi dirección—. El alfa de Ríos no está aquí, ni tampoco el resto de su manada.

—Tenemos más prisioneros de guerra —respondió Mason con indiferencia—. ¿Seguro que no pensaste que habíamos tomado solo uno?

Jeffrey enarcó una ceja y no dijo nada.

Luego, volvió a reunirse con su manada y todos me miraron abiertamente y con tanta hostilidad que era un milagro que no me derratara en un charco a sus pies. En lugar de apartar la mirada y darles ventaja, di unos pasos hacia delante y me aclaré la garganta.

—Lucharé contigo.

—No tengo ningún interés en pelear contigo —se rio Jeffrey.

—No. —Sacudí la cabeza—. Lucharé contra los miembros de tu manada que están aquí. Todos ellos.

El aire se llenó de carcajadas.

La expresión de Jeffrey se volvió más divertida.

—Debes de tener ganas de morir.

—Puede ser, pero la cosa es así. —Me encogí de hombros—. Si gano, tienes que pedirme perdón delante de todos los aquí reunidos, y tienes que jurar que soy mejor guerrera que todos ustedes.

La risa se apagó y la expresión de Jeffrey se ensombreció.

—¿Y por qué haríamos eso?

—Porque lo soy —le dije con firmeza—. Nos hemos enfrentado antes en el campo de batalla, y sabes que es verdad.

Los ojos de Jeffrey recorrieron la manada de Burns reunida detrás de mí. Luego miró a Mason, que tenía los brazos metidos en los bolsillos y una expresión de aburrimiento en la cara. Tras echar otro rápido vistazo a su grupo, Jeffrey me miró a mí y vi el brillo de sus ojos segundos antes de que desapareciera.

—¿Y si ganamos?

—Si ganas, puedes elegir lo que quieras —repliqué, haciendo una pausa para cambiar de un pie a otro—. Ambos sabemos que no vas a ganar. He visto pelear a tu manada.

Aunque tenían la fuerza bruta de su lado, la manada Williamson también carecía de delicadeza y sutileza. Además, eran mucho más lentos que yo, y me gustaban mis posibilidades mucho más de

lo que me importaba admitir.

No es que quisiera que Jeffrey sintiera eso.

Tenía que pensar que había más riesgo para él que para mí.

Sus disculpas no habían importado cuando Mason sacó el tema, pero después de ver la reacción de Jeffrey, además de las burlas y juicios de los miembros de la manada Williamson, quise borrarles la sonrisa de la cara.

—¿Lo que yo quiera? Eso es algo muy atrevido para estar de acuerdo.

Me levanté de hombros.

—¿Tenemos un acuerdo?

Jeffrey hizo una pausa y su expresión se tornó pensativa.

—No creo que...

Antes de que pudiera terminar la frase, dos miembros de la manada, que habían cambiado a su forma de lobo, se dirigieron hacia mí. Me preparé, miré entre los dos y sonreí. Cuando el primero se lanzó sobre mí, lo inmovilicé en el suelo con facilidad y le propiné un sólido puñetazo en las costillas.

Aulló de dolor y se dio la vuelta.

Luego, dirigí mi atención hacia el otro lobo, que se abalanzó sobre mí y falló por unos centímetros. Entonces giré sobre mis talones, estiré la pierna y le asesté un golpe en el estómago. El segundo lobo retrocedió unos metros y me enseñó los dientes.

Me limpié el sudor de la cara y le contesté con un gruñido.

Entonces el primer lobo volvió a saltar y se sacudió. Juntos, los dos avanzaron hacia mí, gruñendo y mordisqueando. Sabía que debería tener miedo, teniendo en cuenta lo grandes que eran y que ellos eran dos y yo una. Pero no me importaba.

Me encantaba que me dieran la oportunidad de demostrar mi valía.

Especialmente en lo que se refiere a la manada Williamson.

Iban a aprender a no subestimarme de una vez por todas.

Cuando los dos rompieron filas y el primer lobo avanzó, mantuve los brazos a los lados y lo estudié. Me lanzó un golpe, falló y gruñó. Luego se acercó y, cuando estuvo lo bastante cerca, volví a atacar, esta vez con una llave en la cabeza. Los dos dimos vueltas y más vueltas mientras el otro lobo gruñía e intentaba tirarme al suelo.

El segundo lobo se acercó incluso unas cuantas veces.

Por desgracia para él, la sed de sangre se había apoderado de mí y la adrenalina corría por mis venas. Utilizando mis habilidades, salté por encima de la manada del primer lobo y aterricé rápidamente sobre mis pies. Con un gruñido, estiré la pierna y lancé al lobo hacia atrás, que cayó como un bulto a unos metros de distancia. Luego volví la mirada hacia el segundo lobo, que surcó los aires y me derribó hacia atrás.

Todo el aliento abandonó mi cuerpo y el terror lo substituyó.

Hasta que el lobo se movió y noté la herida cerca de su pata trasera. Dejé caer los brazos a los lados y lo miré fijamente. Su aliento caliente bailó sobre mi piel y vi el brillo arrogante en sus ojos.

Me invadió una sensación de calma.

Con una sonrisa, levanté la pierna y puse toda mi fuerza en la rodilla, clavándosela con fuerza en la herida. Emitió un aullido de sorpresa y se apartó de mí. Me levanté de un salto. Volví a mirar al primer lobo, justo a tiempo para recibir un puñetazo en la cara.

Me zumbaban los oídos mientras mi cabeza se giraba hacia un lado.

Escupí una bocanada de sangre y utilicé el dorso de la mano para limpiármela. Sin darles tiempo a recuperarse, volví a atacar, dando patadas y puñetazos cada vez que tenía ocasión y pasando el resto del tiempo burlándome de ellos y obligándolos a gastar su energía. Agotados, los dos lobos volvieron a cerrar filas y retrocedieron para alejarse de mí.

Tres lobos más ocuparon su lugar, ansiosos y decididos.

No tardé mucho en derrotarlos a ellos también.

Por el rabillo del ojo, vi la sorpresa y la consternación escritas en el rostro de Jeffrey. Cuando fijé

mi mirada en él, frunció el ceño y señaló a otros dos de sus lobos. Con cinco en total avanzando hacia mí, sabía que mis posibilidades no eran buenas.

Pero ellos no tenían tanto que perder como yo.

Y supe de primera mano lo buena motivadora que era la desesperación.

Utilizando toda la energía de la que disponía, cambié a mi forma de lobo y contraataqué. Con mi fuerza y velocidad intensificadas, derribé fácilmente a dos de ellos, dejándolos en el suelo, jadeando. Una vez que dirigí mi atención a los otros tres, me sentí muy bien.

Hacía días que no me sentía tan bien, tan poderosa.

Empezaba a parecer que las cosas no eran tan desesperadas después de todo.

El triunfo y el alivio me invadieron por partes iguales, dándome el último empujón que necesitaba para luchar contra los lobos restantes. Una vez que me hube ocupado de los cinco, regresaron cojeando hasta donde estaba su alfa, con la sorpresa marcando sus facciones. Cerró la boca y me observó mientras volvía a mi forma humana.

En cuanto lo hice, crucé los brazos sobre el pecho y arqueé una ceja en su dirección. Mason se puso a mi lado y no dijo nada. Detrás de mí, podía sentir la confusión y la admiración que desprendía la manada Burns en oleadas.

Aún no sabían qué pensar de mí.

—¿Aún quieres llamarme pequeña esclava cuando acabo de luchar contra todos y cada uno de tus lobos?

—No —resopló Jeffrey, levantando la barbilla.

El silencio se extendió entre nosotros.

—Un trato es un trato —le recordó Mason—. Y Mónica ganó limpiamente.

La expresión de Jeffrey se ensombreció.

—Lo siento. Eres mucho mejor guerrera que todos nosotros.

—Ya lo sabía —respondí con una sonrisa—. Aun así, no está de más que me lo recuerden.

—No presiones —murmuró Mason en mi oído—. O podrían intentar atacarte de nuevo.

Ladeé la cabeza en dirección a Mason y di un paso atrás.

—Deja que lo intenten.

Antes de que pudiera despacharlos, vi el aprecio y la admiración en los ojos de Mason. Me dio un vuelco el corazón y esbocé una media sonrisa. Entonces la expresión de Mason se volvió inexpresiva y apartó la mirada de mí.

Poco después, Jeffrey y su manada se marcharon murmurando entre dientes.

Mason y yo no hablamos durante el camino de vuelta a la ciudad.

Pero no necesitaba que me dijera nada porque lo había visto todo en su cara.

Quisiera o no admitirlo, Mason Burns se sentía tan atraído por mí como yo por él y, por lo que parecía, también le estaba costando luchar contra ello.

Y no tenía ni idea de lo que ninguno de los dos debía hacer.

Capítulo 12

Mónica

—Cuando termines de lustrarme los zapatos, puedes organizar la estantería por orden alfabético —ordenó Mason sin levantar la vista de sus papeles—. Después de eso, te haré saber lo que vas a hacer.

Lo miré desde mi sitio en el suelo, debajo de la ventana, y no dije nada. Luego volví a la tarea de lustrar los zapatos con un poco más de vigor del necesario. Mason y yo apenas nos habíamos dirigido la palabra desde el fiasco de la manada Williamson.

Sin embargo, cada vez que lo miraba, hubiera jurado que tenía algo más que decir.

No estaba segura de cómo no había notado antes los sentimientos de Mason por mí.

A él le molestaban tanto como a mí, así que al menos estábamos completamente de acuerdo. Ya que estábamos de acuerdo en que el vínculo de apareamiento no nos iba a hacer ningún bien a ninguno de los dos, lo único que podíamos hacer era fingir que no existía.

Fue una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer, pero ¿qué otra opción tenía?

Con un gruñido, terminé de lustrar los zapatos de Mason y los alineé debajo de la ventana, siguiendo sus instrucciones. Luego me levanté y me limpié las manos en el dorso de los vaqueros. Cuando me paré frente a la estantería, sentí los ojos de Mason clavados en mi espalda, observando cada uno de mis movimientos.

Habíamos estado en el estudio durante las últimas horas, con Mason ocupándose de los asuntos de la manada mientras yo trabajaba en cualquier tarea que me encomendara. Normalmente, ya estaría frunciendo el ceño y tramando mi venganza, pero en los últimos días, mi deseo de hacer daño a Mason había disminuido, sobre todo cuanto menos trataba con otros miembros de Burns. En lugar de eso, me concentré en mis tareas y mantuve la cabeza gacha, lo que evitó que mi mente divagara demasiado.

Tramar mi fuga se había vuelto cada vez más difícil, pero sabía que los prisioneros contaban conmigo.

El pensamiento pesaba mucho en mi mente.

Mientras cogía un libro tras otro, haciendo una pausa para limpiarlo antes de dejarlo en el suelo, le daba vueltas al asunto en mi cabeza. Desde la escena con Williamson, poco había cambiado entre Mason y yo, pero sentía como si me hubieran arrancado la alfombra de debajo de los pies y el mundo ya no girara como debía.

No podía olvidar que Mason se había desvivido para que yo recibiera una disculpa.

Por mucho que lo deseara.

Poco después, me giré para mirar a Mason y me llevé las manos a la espalda.

—Listo.

Mason miró hacia arriba, la sorpresa parpadeando en su rostro.

—Eso fue rápido.

Me encogí de hombros.

Mason dejó la pila de papeles que tenía en la mano y se aclaró la garganta.

—Bien. Quiero que vayas a ver a los prisioneros de guerra.

Le dirigí una mirada confusa.

—Dije que me ocuparía del asunto personalmente, y quiero un informe sobre la situación laboral —explicó Mason, apartando su mirada de la mía—. Dado que se trata de un asunto de la máxima importancia, espero que examines la situación con detenimiento.

—De acuerdo.

—Espero un informe exhaustivo —repitió Mason, haciendo una pausa para dirigirme una mirada significativa—. No importa el tiempo que lleve.

—De acuerdo —asentí desviando la mirada.

Aunque apreciaba que quisiera darme tiempo suficiente con los miembros de mi manada, no me gustaba lo que estaba haciendo con mi interior. Mientras me alejaba de Mason, con sus ojos siguiéndome todo el camino, no podía negar que mis sentimientos por él seguían cambiando y creciendo.

A pesar de mi buen juicio, cada día me gustaba más.

No quería rendirle cuentas, y mucho menos parecerme a él.

Porque aún no tenía ni idea de cómo iba a ejercer ese poder contra mí.

Con un leve movimiento de cabeza, me metí en la habitación que Mason había preparado para mí, entre su estudio y su dormitorio, y me deslicé hasta el cuarto de baño. Allí me lavé la cara, me restregué las manos y me pasé los dedos por el pelo. En cuanto volví a salir, bajé las escaleras y salí a las calles de la ciudad.

Los habitantes de Burns me miraron fijamente cuando pasé junto a ellos, seguida de cerca por uno de los guardias personales de Mason.

Algunos murmullos se elevaron en el aire.

Cuando llegué a la curva de la carretera, el guardia me adelantó a toda prisa, giró a la derecha y entró en una calle lateral más pequeña. Una vez que se abrió en el claro, mi pulso se aceleró. Sin Mason, no estaba segura de si alguien me iba a tomar en serio, aunque fuera de dominio público que yo era su sirvienta personal.

Incluso pensarlo me dejó un mal sabor en la boca.

Y saber que estaba siendo vigilada por el guardia de Mason no me hizo sentir mejor. En todo caso, me hizo sentir peor.

Entrecerré los ojos en la lejanía bañada por el sol y divisé a los prisioneros, que trabajaban duro moviendo piedras y remendando zapatos. Me miraron cuando me detuve y me fijé en las sonrisas apretadas que me dedicaban. Aunque no pude saber de inmediato si los golpeaban o no, estaba claro que les daban de comer con regularidad.

Muchos de ellos ya habían recuperado su peso.

Y había un propósito en sus zancadas, sus movimientos rápidos y ágiles. Estaba a punto de

acercarme a Faye cuando vi algo por el rabillo del ojo. Entonces, me volví hacia aquello, vi a uno de los guardias con una hogaza de pan en la mano y reconocí a la joven a la que había ayudado a salvar.

Intentaba arrebatarme el pan al guardia, que no dejaba de moverlo fuera de su alcance y reírse. Cada vez que ella se acercaba demasiado, él daba un paso atrás y agitaba el pan delante de su cara, burlándose abiertamente de ella. La muchacha frunció el ceño y se lanzó hacia delante, casi cayendo de bruces en el suelo. Finalmente, le arrancó el pan de los dedos y él frunció el ceño.

Arrugando el ceño, me acerqué a ellos y mantuve la cabeza alta.

—El alfa me pidió que viniera para darle un informe completo sobre la situación.

El guardia enderezó la espalda y me lanzó una mirada fulminante.

—Los prisioneros están trabajando y se les da suficiente comida.

Miré a la chica y de nuevo a la cara del guardia.

—¿Y te has asegurado de que ninguno de los guardias torture a los prisioneros?

—Según las instrucciones del alfa. —Un músculo se crispó en la mandíbula del guardia.

—Bien —asentí con la cabeza—. ¿Y los arreglos para dormir?

En respuesta, los ojos del guardia se entrecerraron.

—¿Acaso la esclava personal del alfa debería hacer tantas preguntas?

—¿Quieres que le dé al alfa un informe incompleto? —Enarqué una ceja.

—¿Por qué él no está aquí? —Los ojos del guardia se entrecerraron aún más.

—Tiene otros asuntos de los que ocuparse —respondí con calma—. Por supuesto, podría informar al alfa de tu pequeño juego de hace un momento.

La expresión del guardia se ensombreció y murmuró algo que no pude oír. Mientras me daba un informe completo, incluida la retirada de los grilletes mientras los prisioneros dormían, dejé que mis ojos recorrieran el claro, captando cada pequeño detalle y memorizándolo. Cuando terminó, le dirigí al guardia una mirada acerada y me alejé.

Faye me alcanzó mientras daba vueltas alrededor del perímetro, buscando algo inusual.

—¿Te están tratando bien?

—Tan bien como cabe esperar. —Faye me miró por encima de los hombros—. Mira, no creo que tenga mucho tiempo, pero quería darte algo.

Nos detuvimos a la sombra de un árbol cerca de la calle lateral que conducía a la ciudad. Faye metió la mano bajo la camisa y sacó un frasco. En un instante, cerró la mano y me la tendió. La cogí, la estreché con fuerza y me detuve. Un instante después, me metí el frasco en los bolsillos y me puse de pie.

—Conseguí robarlo el otro día —susurró Faye, deteniéndose a mi lado y oteando el horizonte—. He estado buscando una oportunidad para dártelo. Tienes que usarlo con Mason Burns.

—¿Quieres que envenene al alfa?

—¿De qué otra forma vamos a salir de aquí y garantizar la seguridad de Ríos?

Miré a los demás prisioneros, que no dejaban de mirarnos, con la preocupación y la determinación grabadas en el rostro. Algunos de ellos incluso asintieron en mi dirección antes de volver a su trabajo. Aunque el veneno no era el método preferido para matar, especialmente entre los lobos, sabía que teníamos pocas opciones.

Y Faye no se equivocaba.

¿De qué otra forma iba a mantener mi manada a salvo?

Una sensación dura y pesada se instaló en el centro de mi estómago. Faye rozó su mano con la mía y la apretó. Le devolví el apretón y retiré la mano. Uno de los guardias vio a Faye a mi lado y se acercó.

—Hazlo rápido y asegúrate de que no se den cuenta de que eres tú —susurró Faye, las palabras saliéndole a borbotones—. Siento que tengas que ser tú, pero eres la única que puede acercarse lo suficiente.

—Vuelve al trabajo —le ladró el guardia a Faye, deteniéndose para lanzarle una mirada fulminante. Entonces, ella se alejó a toda prisa sin detenerse a mirarme. La vi marcharse, con el corazón cada vez más oprimido. Durante un rato, me quedé allí, observando cómo escoltaban a

los prisioneros de un lado a otro y los obligaban a realizar trabajos físicos por el bien de la manada de Burns.

Y despejó algunas de las dudas que tenía.

Después de todo, seguía siendo miembro de la manada Ríos.

Había jurado defender y proteger a la manada de sus enemigos, y Mason no era una excepción. Es cierto que el hecho de que fuera mi compañero complicaba un poco las cosas, pero eso no cambiaba lo que tenía que hacer. Al contrario, matarlo ofrecía una solución permanente para todas las partes implicadas, incluidos nosotros.

Sin Mason de por medio, no tendría que preocuparme que descubrieran nuestro secreto ni de que utilizaran el vínculo de apareamiento en mi contra. Con un leve movimiento de cabeza, eché otro vistazo al claro y mis ojos se detuvieron en Faye. La saludé con una pequeña inclinación de cabeza y me apresuré a marcharme. En el camino de vuelta a la mansión, mis pasos fueron largos y medidos. Cuando llegué al pie de la escalera, me detuve y estudié las columnas de mármol.

En algún lugar de la mansión, Mason revisaba su papeleo, ajeno a lo que se avecinaba.

¿Realmente iba a envenenar a mi compañero por el bien de mi manada?

Envenenarlo era una forma deshonrosa de acabar con su vida, pero sabía que era la única manera de tener éxito, ya que había intentado derrotarlo en combate y había fracasado. Mis pasos se sentían pesados pero decididos mientras subía las escaleras y empujaba la puerta principal para abrirla. Dentro, subí las escaleras de dos en dos hasta llegar al piso de Mason.

Allí me metí en mi habitación, saqué el frasco del bolsillo y lo puse al trasluz. A la luz del sol, estudié el contenido y me imaginé a mi manada trabajando como esclavos en las obras de Burns. Cuando escondí el frasco en una de mis botas, ya me había hecho a la idea de que era lo correcto.

Sin las restricciones del vínculo de apareamiento, podría sacarnos a todos de aquí y volver a casa, a Ríos.

Y la manada Burns se sumiría en el caos y la confusión, evitando que fueran tras nosotros durante un tiempo.

Después de decidir colocar el veneno en la comida de Mason, me senté y esperé a que el sol se ocultara bajo el horizonte.

Capítulo 13

Mónica

Me detuve al pie de la escalera que conducía a la cocina. Como no había bajado desde que Mason me sacó de las garras de Danielle, no quería llamar demasiado la atención. El ama de llaves, que seguía sintiendo una intensa aversión hacia mí, se esforzaba por insultarme siempre que podía, pero nuestros caminos no se cruzaban a menudo.

Menos mal.

Levanté la barbilla y empujé la puerta de la cocina, consciente del frasco que llevaba dentro de la camisa, suave y frío contra mi piel. Algunos miembros del personal de cocina se detuvieron al verme, pero muchos no se percataron de mi existencia. El olor a especias y caldo flotaba en el aire. De vez en cuando, el golpeteo de ollas y sartenes se colaba entre la cacofonía de voces, pero todo parecía exactamente igual.

Me apoyé contra la pared y esperé la bandeja de comida de Mason.

Danielle frunció el ceño al verme, pero no dijo nada.

En cuanto la bandeja estuvo lista, la dejó sobre la encimera de la cocina. Luego añadió una copa y la llenó de vino.

—No te entretengas. Estoy segura de que el alfa ya te está esperando.

Se me secó la garganta cuando cogí la bandeja de sus manos extendidas.

—Asegúrate de no derramar nada de eso —gritó Danielle a mi espalda en retirada. Llevé la bandeja despacio, con cuidado, como si mi vida dependiera de ello. Cuando la puerta de la cocina se cerró tras de mí, me detuve. Me temblaban los dedos al coger el frasco y dejar la bandeja en la escalera.

Vacíé el contenido en el vino y volví a esconder el frasco.

Luego recogí la bandeja y volví a subir las escaleras. En el segundo piso, miré a ambos lados del pasillo vacío y me adelanté. Cuando llamé al estudio de Mason y se oyó su voz, una sensación de inquietud se apoderó de mí. En cuanto entré y vi la mesa dispuesta frente a la chimenea, vacilé.

Mason se sentó a la cabecera de la mesa, mirando fijamente las llamas del fuego.

—Déjalo en la mesa y cierra la puerta.

—¿Cuándo quieres que vuelva?

Mason se giró para mirarme, con un extraño brillo en los ojos.

—Eres mi sirvienta personal, lo que significa que debes estar a mi lado en todo momento.

—De acuerdo. —Me aclaré la garganta.

Mason acomodó su silla de modo que quedara mirando directamente a la mesa.

—Acerca una silla y siéntate. Es una pena dejar que toda esta comida se desperdicie.

Di un paso atrás y me llevé las manos a la espalda.

—No sé si es buena idea.

—A nadie le importará. —Mason desechó mi comentario.

Tras una breve pausa, levanté la silla con un chillido y me encaramé al borde.

—Gracias.

—¿Cómo fue tu visita al lugar de trabajo? —preguntó Mason mientras cogía la cuchara y removía la sopa.

—Estuvo bien. Las condiciones allí son mucho mejores.

Mason dio unos sorbos a su sopa y asintió.

—Bien. Creo que es importante tratar a todos, incluso a los prisioneros de guerra, con dignidad y

respeto.

Desdoblé la servilleta y cogí mi vaso de agua.

—Estoy de acuerdo.

—¿Tu nuevo alfa es así?

Di un largo sorbo a mi agua antes de contestar.

—Eric es un líder bueno y honorable.

Mason terminó su sopa y alcanzó el plato de pollo, rociado en salsa, con un montón de arroz al lado.

—¿Lo dices porque es tu alfa o porque lo crees de verdad?

—¿Importa?

Mason cogió el vino y me puse tensa. Lo olió, lo dejó en la mesa y volvió a mirarme.

—La distinción es importante.

—No para mí.

Mason seguía mirándome fijamente, con sus ojos marrones muy abiertos e insondables.

¿Sabía ya lo que intentaba hacer?

¿Podía oler el veneno mezclado con el vino?

Mientras Mason cortaba el pollo, yo cogí mi cuchillo. En un movimiento rápido, lo escondí debajo de la mesa y me mantuve quieta.

—¿Crees que tu manada habla bien de ti?

Mason masticó un trozo de pollo y se quedó pensativo.

—Eso espero. Hay más en un líder que la guerra y las estrategias de batalla.

—Sí. —Agarré el cuchillo con más fuerza.

—Un buen líder debe dar ejemplo a su manada, pero también asegurarse de no subestimar a sus enemigos —añadió Mason con una significativa mirada en mi dirección—. ¿No te parece?

Me aclaré la garganta.

—Por supuesto.

¿Iba a tener que luchar para salir de aquí?

¿Cuál de los dos tenía ventaja?

—Estoy seguro de que nada de esto ha sido fácil para ti —continuó Mason tras un largo silencio—. Pero lo has sobrellevado con gracia y dignidad.

—Gracias. —Parpadeé.

—Y estabas dispuesta a soportar el castigo de la joven lobo. —Mason se pasó una mano por la cara y frunció el ceño—. No estoy seguro de que muchos lobos en tu posición hubieran hecho eso.

—Hice lo que tenía que hacer.

—No luchaste contra la manada Williamson por necesidad. Fue por orgullo.

—¿No habrías hecho tú lo mismo?

—Sí, lo habría hecho. —Mason esbozó una sonrisa.

El silencio se extendió entre nosotros.

El sudor se me acumula en la nuca y a los lados de la cara. Me fijé en las llamas rojas y naranjas del fuego, que proyectaban largas sombras sobre las paredes. Por mucho que intentara imaginarme luchando por salir de allí y llegar a salvo hasta los prisioneros, sabía que solo era cuestión de tiempo.

Al menos, podría dar tiempo a los otros prisioneros para escapar.

Así, Faye podría llevarlos a un lugar seguro.

Mason cogió su agua, sacudió la cabeza y bebió otro sorbo.

—¿Qué te parecería quedarte en Burns?

Mi mirada se centró en él.

—Ya estoy en Burns.

—Quiero decir, no como prisionera de guerra —respondió Mason, dedicándome una pequeña sonrisa—. Definitivamente nos vendría bien un lobo con tus habilidades y talentos.

—¿Qué?

¿Estaba Mason intentando tranquilizarme antes de asestar el golpe mortal?

¿Por qué me ofrecía quedarme en Burns si él y yo éramos enemigos?

No tenía sentido.

Mason se sentó más erguido, con la luz del fuego bailando sobre sus apuestos rasgos.

—Sé que tú y yo no empezamos con buen pie, y que nuestras manadas están destinadas a ser enemigas declaradas, pero siempre te he admirado.

Mi corazón dio un vuelco y se detuvo.

—¿Qué?

—Has mantenido tu coraje incluso frente a probabilidades insuperables, y no has permitido que nada de esto merme tu espíritu. En todo caso, eres más decidida y tenaz de lo que creía.

Abrí y cerré la boca varias veces, con la mente desbordante de posibilidades.

—No tengo más que el máximo respeto por tu fortaleza y por la forma en que te has comportado aquí —me dijo Mason, suavizando su expresión—. Eres un buen ejemplo para todos nosotros.

—Yo... no, definitivamente no.

Mason sonrió e hizo oídos sordos a mi comentario.

—Tonterías. Desde luego que sí.

La ansiedad y la incertidumbre se abrieron paso a través de mí y se deslizaron por mi pecho. Me quedé mirando a Mason, tratando de entender sus palabras, pero sin conseguirlo. Cuando cogió su copa de vino y la inclinó hacia mí, me levanté del asiento antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo. Incapaz de encontrar otra solución, le rodeé el cuello con los brazos y apreté mis labios contra los suyos, haciendo caer la copa de vino al suelo con un golpe seco.

Cayó al suelo con estrépito, lanzando fragmentos de cristal en todas direcciones. Pronto, la alfombra que había debajo se manchó de vino y yo me levanté de un salto, con la cara colorada.

—Lo siento mucho —tartamudeé, apartándome momentáneamente—. No tengo ni idea de por qué hice eso.

O de cómo debía explicarle a Faye lo que había pasado.

Nunca me iba a perdonar que arruinara nuestra oportunidad por mis sentimientos.

Ni siquiera estaba segura de poder perdonarme a mí misma.

Mason abrió mucho los ojos por la sorpresa, pero no se apartó.

Ni intentó detenerme.

Pero no me importaba.

Después de un largo e interminable minuto, atrajo mi cara hacia él entre sus manos y volvió a besarme, esta vez con más intención. Luego inclinó la cabeza hacia un lado y sus ojos se cerraron. Cuando profundizó el beso, algo en mí se desplegó y me derretí contra él. Cada centímetro de mi cuerpo parecía arder y él era el único que podía salvarme.

O arruinarme.

Me apreté contra él, las mariposas de mi estómago estallaron.

Así era como debía sentirse entre nosotros.

Mason se movió y su otra mano bajó hasta mi cintura. Luego me empujó hacia delante, así que subí una pierna a cada lado de él. Una vez a horcajadas sobre él, Mason se frotó contra mí y el pequeño gruñido que emitió resonó en mi cabeza. Eché la cabeza hacia atrás y me aferré a él mientras me besaba con la boca abierta por el cuello y la mandíbula.

Tragué saliva cuando me clavó las uñas en la cintura.

¿Qué estaba haciendo?

¿Y por qué no podía parar?

Debía ayudar a mi manada, no permitir que la espesa y pesada niebla del deseo nublara mi juicio. Cuando Mason se inclinó hacia atrás para mirarme, con sus ojos oscuros llenos de hambre, mi mente se quedó en blanco. Tragué más allá del nudo en la garganta y me retorcí contra él. Con una sonrisa, Mason cogió su vaso de agua y lo inclinó hacia mí.

—Un brindis —declaró Mason en voz baja—. Por ti, Mónica.

—No quería besarte —continué en voz baja—. No se lo diré a nadie, lo juro.

No es que quisiera.

Mason se levantó y se pasó una mano por el pelo.

—No te preocupes.

—Yo limpiaré esto. —Miré el desastre en la alfombra y evité su mirada—. Te traeré otra copa de vino.

—Déjalo por ahora —respondió Mason—. No pasará mucho tiempo antes de que dejes de ser mi sirvienta personal.

—No lo entiendo. —Lo miré con el ceño fruncido.

—Hemos entablado negociaciones de paz con Ríos —me informó Mason tras una breve pausa—. De momento van bien. No tardaremos en llegar al final de las negociaciones.

Mi corazón volvió a dar un vuelco y sentí que se hinchaba.

—Pensé que ibas a usar a los prisioneros como palanca.

—Lo estaba haciendo.

—¿Y qué pasó?

Mason se encogió de hombros.

—Todavía vamos a intercambiar prisioneros, pero eso ya no es el centro de las negociaciones.

Retrocedí unos pasos y entrelacé los dedos detrás de la espalda.

—¿Así de fácil?

—Un hombre puede cambiar de opinión —respondió Mason, con un gesto de diversión en los labios—. Lo sabes, ¿verdad?

—Un hombre puede. Un alfa no debería cambiar de opinión fácilmente. No es estratégico, y es el signo de un líder débil e indeciso.

Tras una larga pausa, Mason estalló en carcajadas.

—¿Me estás llamando líder débil e indeciso?

—Digo que no quieres que te perciban así.

—Si no te conociera mejor, pensaría que no quieres que haya negociaciones de paz entre nuestras dos manadas. —La risa de Mason se detuvo.

—No, claro que no. —Negué con la cabeza—. Quiero que haya paz, pero no así.

—¿Qué hay de malo en hacerlo así?

—Solo se siente apresurado, es todo.

El problema era que, incluso sin hablar con Eric, sabía que algo más estaba pasando. Dado que Mason tenía toda la ventaja, Eric probablemente vio esto como un truco, una manera de atraer a Eric y a los Ríos a una falsa sensación de seguridad.

No había forma de que alguien creyera que la oferta de Mason era genuina.

Pero yo lo creía, y no sabría decir si fue por el vínculo de apareamiento o porque había llegado a quererlo y respetarlo.

En cualquier caso, estaba condenada. ‘

Capítulo 14

Mason

—Todavía no pareces feliz.

Mónica esbozó una media sonrisa y se llevó el dedo al lunar rojo que tenía en medio del brazo.

—Así es. Solo que no pensé que fuera a suceder tan rápido.

—Yo tampoco —respondí tras una breve pausa—. Supongo que tu alfa está ansioso por llevarte de vuelta a casa.

O estaba planeando otra cosa.

En cualquier caso, tenía toda la intención de vigilar a Eric y asegurarme de que no violara los términos de nuestro tratado. Teniendo en cuenta el esfuerzo que costó conseguir el acuerdo de los ancianos, sobre todo a la luz de nuestra tumultuosa historia con los Ríos, lo último que quería era que su líder, sediento de poder, nos hundiera a todos.

Eric me pareció el tipo de líder al que no le importaría.

Era una pena que Mónica no fuera el alfa de su manada.

La había visto mostrar más valor, bondad y sabiduría en las últimas semanas que a Eric en meses. Una gran parte de mí temía verla marchar, sabiendo que sería la última vez que los dos volviéramos a estar solos. Aunque la idea de separarme de Mónica me dolía, sabía que no había otra alternativa.

—Supongo que sí —respondió Mónica mirándome—. No sé cómo lo hiciste —susurró Mónica, después de una larga pausa, la sonrisa nunca abandonó su rostro—. Pero gracias.

Me aclaré la garganta y me serví un poco de agua.

—De nada.

Incluso con un tratado de paz, las rencillas entre nuestras dos manadas eran demasiado profundas y llevaban demasiado tiempo ahí como para resolverlas con un simple tratado de paz. Como mínimo, pondría fin al derramamiento de sangre, pero no me hacía ilusiones sobre lo que significaría para Mónica y para mí. Por suerte, no había entrado en las negociaciones pensando que había algún tipo de futuro para nosotros. Al contrario, sabía exactamente por qué no podía haberlo.

Todas las razones para mantenerse alejado seguían existiendo.

Y cada mañana, cuando me despertaba y oía a Mónica en su habitación, tenía que recordarme a mí mismo por qué. Por las tardes, pasaba largas horas en la oficina para evitar estar cerca de Mónica, y por la noche, me retiraba temprano, solo para dar vueltas en la cama y soñar con cómo sería tener a Mónica en mi cama.

Abrazarla, olerla y sentir su cuerpo apretado contra el mío.

El dolor en mi corazón y en mi pecho no hizo más que crecer ante ese pensamiento.

Mantenerme alejado de ella cuando sabía que solo era cuestión de tiempo que se fuera solo iba a ser más difícil. Y el hecho de que aún pudiera saborear su boca en mis labios era aún peor. No tenía ni idea de cómo o por qué Mónica me había besado o por qué no había dejado de hacerlo inmediatamente, pero sí sabía que corríamos el riesgo de volver a meternos en líos.

No sabía si me quedaban fuerzas para alejarme de ella.

Una parte de mí se sintió aliviada porque pronto no tendría que preocuparme por nada de esto.

Sin Mónica, sería libre de centrarme exclusivamente en mi manada y en su bienestar.

Después de limpiar la bandeja y el desorden del suelo, Mónica me dejó a solas con mis pensamientos, y el olor de su jabón perfumado de melocotón permaneció en el aire.

Cuando volvió, yo estaba junto al fuego, estudiando las llamas y preguntándome cómo iba a volver a la vida que tenía antes de ella.

O incluso si quisiera.

Con el rabillo del ojo, estudié a Mónica mientras restregaba la mancha de la alfombra con el labio inferior entre los dientes. A la luz del fuego, sus rasgos eran aún más pronunciados, desde la nariz pequeña hasta los pómulos prominentes y los ojos almendrados. De vez en cuando, cuando sentía mis ojos clavados en ella, levantaba la vista y no decía nada.

Quería saber qué estaba pensando.

Pero sabía que estaba pisando terreno peligroso.

Sin decir palabra, Mónica se levantó y señaló la copa de vino que había traído.

—¿Necesitas algo más?

Sacudí la cabeza y me volví hacia el fuego.

En cuanto se fue, respiré aliviado y cogí mi copa de vino. Me lo bebí todo de un trago y me chasquéé los labios. Luego me serví más vino y lo bebí despacio, dejando que mitigara la confusión y la nostalgia que sentía. A través de las paredes, oí a Mónica en su habitación, y se me hizo un nudo en el estómago.

Pasé el resto de la noche en el estudio, revisando papeles, desde los gastos hasta las limitaciones presupuestarias. Cuando aparecieron las primeras manchas de luz gris, eché la silla hacia atrás y me sacudí la rigidez y el hormigueo de las piernas. Luego entré a trompicones en mi habitación, me quité los zapatos y caí de bruces sobre el colchón.

Cuando me desperté, el sol se estaba ocultando en el horizonte y el mundo que había fuera de mi ventana era de un brillante tono rosa y morado. Me duché, me cambié de ropa y volví a encerrarme en el estudio. Cada vez que alguien llamaba a la puerta, yo emitía una respuesta ahogada y no decía nada. Las bandejas de comida se quedaban fuera, y a menudo oía la voz de Mónica que penetraba por debajo de la puerta cerrada.

Pero no podía soportar verla, mucho menos estar cerca de ella.

No cuando sabía que el tiempo se acababa.

Me parecía una salida cobarde, pasar los días aislado en el estudio solo para evitar a Mónica y mis sentimientos por ella, pero no sentía que tuviera otra opción. En unos días se marcharía y sabía que no podría permitirme el lujo de suspirar por ella.

O revolcarme en la desesperación.

Al contrario, toda la ciudad cuchicheaba ya sobre las negociaciones y planeaba la próxima celebración. Incluso Aiken parecía perdonarme por el desacuerdo sobre el trato al prisionero y estaba recapacitando. Yo también quería alegrarme y prepararme para otra hoguera, pero no dejaba de imaginarme cómo sería sin Mónica.

Y el pensamiento me atormentaba.

Durante los días siguientes me dediqué a mis asuntos, evitando a Mónica siempre que podía y dejándola a su entera disposición. Como no tenía nada más que hacer, dada su condición de sirvienta personal, me preguntaba cómo ocupaba su tiempo. Seguía recibiendo mis informes diarios sobre las condiciones del campo de trabajo con su pulcra letra cursiva, pero aparte de eso, ella y yo no teníamos ningún motivo para relacionarnos.

En las pocas ocasiones en que la veía de pasada, acababa quedándome un poco más de lo que me gustaría. Por la noche veía su cara en todas partes y en mis sueños siempre estaba ahí, tendiéndome la mano y sonriendo. Cuando por las mañanas me despertaba con la cama vacía y el corazón aún más vacío, pensaba en Mónica.

¿Así se iba a sentir cuando ella se fuera?

¿Al quedarme solo para llorarla?

Mantenerme alejado de Mónica pretendía facilitar su marcha y desterrarla por completo de mi mente. En lugar de eso, me encontraba pensando en ella en cada momento del día, y cuando no lo hacía, ella no estaba lejos de mis pensamientos.

El sexto y último día antes de que liberaran a los presos de la manada Ríos, salí del estudio y mandé llamar a Mónica. Cuando ella entró, yo estaba sentado en mi mesa junto al fuego, con un vaso de whisky en una mano y la otra clavada en el asiento debajo de mí.

—Me alegro de que sigas vivo —bromeó Mónica, con sus ojos oscuros recorriendo mi cara—. Empezaba a pensar que te estabas convirtiendo en un recluso.

—Me gusta mi estudio —respondí sin mirarla directamente—. Es tranquilo.

Mónica cambió su apoyo de un pie a otro.

—Todos están contentos con las negociaciones. Los prisioneros de Ríos me pidieron que te transmitiera su gratitud.

Asentí con la cabeza.

La expresión de Mónica cambió y se aclaró la garganta.

—Supongo que yo también debería darte las gracias.

Di un largo sorbo a mi bebida, pero aún tenía la garganta seca y el corazón me martilleaba inestablemente contra el pecho.

—Ya lo hiciste. No necesitas agradecerme otra vez.

Tampoco quería que lo hiciera.

Aunque mi intención tras las negociaciones era detener el derramamiento de sangre, no lo había hecho por razones totalmente altruistas. Quería que Mónica se fuera tanto como ella quería irse, y podía ver en sus ojos que ella también lo sentía.

La desesperación y la agonía de estar emparejados sin ninguna esperanza de futuro.

—Sé que no —murmuró Mónica—. Pero quería hacerlo de todos modos.

Tomé otro sorbo de mi bebida y finalmente la miré, absorbiendo cada rasgo e intentando memorizarlo. Sabía que no podía hacerle justicia y que mi memoria acabaría por desvanecerse, pero aun así me aferré a la idea.

¿Cuánto más difícil iba a ser cuando ella no estuviera a unos metros?

—Seguro que te alegras de volver. —Dejé mi vaso en la mesa y me levanté—. Los Ríos probablemente estarán contentos de que su guerrera más feroz regrese.

—Supongo que sí. —Mónica frunció el ceño.

Los dos nos quedamos en silencio y volví la mirada hacia las crepitantes llamas del fuego. Las llamas naranjas y rojas danzaban y proyectaban largas sombras sobre las paredes, llenando el espacio entre nosotros. Sentí la mirada de Mónica clavada en mí, expectante y paciente.

Solo que no podía entender qué quería que dijera.

¿Qué iba a decirle que no fuera a empeorar las cosas?

Se marchaba por la mañana y, me gustara o no, había hecho todo lo posible por aceptarlo. Con el ceño fruncido, me pregunté si buscar a Mónica había sido un error y si habría sido mejor dejarla marchar sin alargar nuestra despedida.

No parecía hacernos ningún bien a ninguno de los dos.

Con un suspiro, oí los pasos de Mónica alejarse y la puerta se abrió. Cuando se cerró, me di la vuelta y me quedé mirando el lugar vacío donde ella estaba. Luego abrí la puerta de un tirón y salí al pasillo. Frente a la puerta de su habitación, me detuve con la mano a medio levantar y fruncí el ceño.

¿Qué estaba haciendo?

A través de la puerta, oí a Mónica murmurando y hablando sola. A pesar de mi buen juicio, llamé a la puerta y esperé. Se abrió con un chirrido, dejando ver a una Mónica frustrada, cuyos ojos se abrieron de par en par al verme. Luego, empujó la puerta y se quedó mirándome. Antes de que pudiera disuadirme, me apresuré a entrar y cerré la puerta de una patada con el dorso de la pierna.

Acorté la distancia que nos separaba, la abracé y la besé. Ella vaciló y luego me devolvió el beso, con un leve gemido saliendo de sus labios.

Capítulo 15

Mónica

Sabía que no debía devolverle el beso, pero no pude evitarlo.

Fue como salir a tomar aire y descubrir que Mason había sido la clave desde el principio.

Cuando las manos de Mason se dirigieron a mi nuca, incliné la cabeza hacia un lado y gemí en su boca. Emitió un gruñido en la garganta y me empujó hacia atrás. Cuando mis rodillas chocaron contra el respaldo de la cama, caí de espaldas, con la respiración entrecortada.

Mason me besó de nuevo, lo suficientemente fuerte como para hacerme girar la cabeza.

Luego apartó los labios, se subió la camisa por la cabeza y la tiró a un lado. Me ayudó a quitarme la mía y me dejó en sujetador y vaqueros. Cuando sus ojos se posaron en mí, contemplando cada centímetro de mi piel, sentí que era la única mujer del mundo para él.

Sus labios volvieron a encontrar los míos y me sentí flotando en una nube, sintiendo un cosquilleo en cada centímetro de mi cuerpo. Mason me pasó las manos por los brazos, provocándome escalofríos. Uní mis pies a su cintura y me froté contra él.

Mason hizo un ruido bajo que reverberó dentro de mi cabeza.

No me cansaba de él.

Empezó a darme besos ardientes con la boca abierta en el cuello y la mandíbula. Sus dedos se dirigieron al botón de mis vaqueros. Cuando lo abrió, levanté las caderas del colchón y separé los pies. Sin mediar palabra, Mason tiró mis vaqueros al suelo, junto con el resto de nuestra ropa.

Cuando se levantó para quitarse sus vaqueros, sentí no podía respirar.

Y no podía mirar a ningún otro sitio.

Era todo músculos duros y piel suave y tensa, y era el hombre más guapo que había visto nunca. En cuanto se agachó frente a mí, tiré de él hacia mí y volqué toda mi emoción en el beso. Él me devolvió el beso con la misma intensidad y sus dedos se dirigieron a mi espalda, desabrochándome el sujetador. En cuanto se me salieron los pechos, se me puso la piel de gallina.

Mason me abrió las piernas y se acomodó entre ellas.

Arqueé la espalda y entrelacé los dedos sobre su cuello. Me hundió la cabeza en el pliegue del cuello y tragué saliva, con los pulmones ardiendo por el esfuerzo. Mason dejó caer una mano entre nosotros y me frotó, despacio al principio, luego cada vez más deprisa hasta que giré contra él. Cuando introdujo un dedo y luego otro entre mis húmedos pliegues, creí que iba a explotar.

La vista se me puso blanca y el corazón me latía tan fuerte que apenas podía oírme respirar.

Y mucho menos pensar en lo mala idea que era todo esto.

Movió los dedos y me invadió una oleada tras otra de placer. Pasé los dedos por su espalda y jadeé. Su aliento caliente me rozaba el cuello, la cara y los oídos, y me producía sensaciones extrañas. Su profundo olor a tierra hacía que las mariposas de mi estómago estallaran en un frenesí.

Demasiado rápido, estaba cayendo de nuevo, precipitándome hacia el límite.

Cuando recuperé la visión, Mason se colocó en mi entrada y, de un rápido empujón, estaba dentro de mí. Cada caricia, cada beso y cada sonido me hacían desearlo más, me hacían acercarme más a él, de modo que sentía que no podía decir dónde empezaba yo y dónde terminaba él.

Le pasé los dedos por la espalda y por la parte baja de la espalda antes de hundirlos en su trasero.

Eché la cabeza hacia atrás y siseó, con la piel brillante de sudor.

Cuando sus ojos se abrieron y se fijaron en mí, vi el hambre y la necesidad que reflejaban los míos. Apreté la frente contra la suya y exhalé un suspiro, olvidando de repente cómo respirar. Entonces Mason se separó y volvió a meterse dentro de mí, mientras la cama se hundía y crujía bajo nuestro peso.

Todo lo que podía oír, ver o sentir era a él.

Lo único que quería era perderme en el momento y olvidarme de todo lo demás.

Mason bajó la cabeza, cogió un pezón entre los dientes y tiró. En cuanto pasó al otro pezón, grité su nombre. Entonces cambió el ritmo y nos movimos juntos con salvaje desenfreno animal.

Como si intentáramos huir de algo.

Mi cuerpo se retorció y sufrió espasmos cuando la fuerza de mi orgasmo me desgarró.

Giré la cabeza hacia un lado y canté su nombre una y otra vez, como una especie de súplica. Una vez que mi respiración volvió a la normalidad y mi visión se hizo más nítida, fijé la mirada en Mason y exhalé. Me miraba como si me viera por primera vez.

Hizo que mi corazón se hinchara y se expandiera.

Mason dio unos cuantos empujones más antes de que todo su cuerpo se sacudiera y se quedara finalmente quieto. Poco después, se apartó de mí y se desplomó sobre el colchón. Luego, me arrimó a su lado y yo me hice un ovillo, echándole una pierna por encima. Mientras me acariciaba la espalda y aspiraba su olor, no pude evitar pensar en nuestra situación.

Poco a poco, la sensación de hormigueo y la felicidad fueron desapareciendo, sustituidas por la fría y cruel certeza de que Mason y yo nunca podríamos estar juntos de verdad. La felicidad que se suponía que debíamos encontrar en un momento robado como este se estaba desvaneciendo rápidamente, dejándome con una sensación fría y pesada en el centro del estómago.

Uno del que quería huir y esconderme.

—No quiero irme —le susurré en el cuello.

Mason me pasó un brazo por los hombros y me apretó.

—Yo tampoco quiero que te vayas.

En silencio, nos abrazamos y apoyé la cabeza en su pecho, dejando que el constante latido de su corazón me adormeciera. Por desgracia, cuando me desperté en mitad de la noche, empapada en sudor y con el corazón martilleándome salvajemente contra la caja torácica, encontrar a Mason a mi lado no ayudó.

En todo caso, empeoró las cosas.

Saber que no se había escapado y que seguía allí me recordaba lo duro que era todo y que por la mañana iba a tener que alejarme de él para siempre. Durante el resto de la noche, di vueltas en la cama y traté de encontrar consuelo en el hecho de que Mason seguía allí, profundamente dormido, pero no sirvió de nada.

Cuando las primeras manchas de luz gris se asomaron por detrás de la cortina, dando a la habitación un extraño resplandor etéreo, sentí que el corazón se me iba a romper en mil pedacitos. A mi lado, Mason se agitó y abrió los ojos. En cuanto nuestras miradas se encontraron, algo en mí se desplegó y crujió.

Las lágrimas me quemaban el fondo de los ojos.

Con el ceño fruncido, Mason se incorporó y las sábanas le cayeron alrededor de la cintura. Me rodeó la cintura con un brazo y apoyó la frente en la mía.

—Ojalá las cosas fueran diferentes.

Aspiré con fuerza.

—Yo también.

Cuando rozó mi frente con sus labios, sentí que se me estrujaba el estómago y una sola lágrima resbaló por mi mejilla. Cerré los ojos, me eché hacia atrás y apreté los labios. Entonces Mason retrocedió y oí cómo la cama se hundía y crujió al levantarse. Con un suspiro, abrí los ojos y vi a Mason inclinado en busca de su ropa. Me permití una última mirada a su piel bronceada y brillante antes de darle la espalda.

Cuando encontré mi propia ropa y me la puse, escondí los dedos detrás de la espalda para disimular el temblor.

—Nadie puede enterarse de esto.

Mason giró para mirarme, y su expresión era seria.

—Lo sé.

Pasó un largo rato antes de que me metiera en el baño para lavarme la cara y tranquilizarme. Cuando volví a salir, Mason se había ido, sin dejar indicios de que hubiera estado allí, excepto por las sábanas arrugadas y el inconfundible olor a él que permanecía en el aire.

En cuanto salí de la habitación, un hombre lobo de la manada Burns, ancho de hombros y bronceado, me estaba esperando para escoltarme fuera. Allí, un gran número de hombres lobo de la manada Burns estaban reunidos al pie de las escaleras de Mason, mirándolo expectantes. Él estaba de pie en lo alto de las escaleras, una visión con la túnica ceremonial puesta sobre unos vaqueros y una camiseta. Cuando me detuve a su lado, se irguió y le hizo un gesto al hombre lobo que me acompañaba.

Un silencio se apoderó de la multitud cuando Mason dio un paso adelante.

—Un líder no es solo el lobo más fuerte de la manada —empezó Mason, con la voz arrastrada por el viento—. Un líder también es un lobo que sabe cuándo enfrentarse a sus enemigos en el campo de batalla y cuándo luchar por la paz. En vista de ello, quería anunciar que las negociaciones de paz entre los Burns y los Ríos han llegado a buen puerto.

Un murmullo se levantó entre la multitud.

—A partir de este momento, ya no estaremos en guerra con los Ríos. Se establecerá finalmente una tregua entre nuestras dos manadas en cuestión de días, y como resultado, los prisioneros de guerra serán intercambiados.

Unas cuantas miradas rápidas se lanzaron en mi dirección.

—Empezando por la liberación de Mónica Ríos, que ya no es mi sirvienta personal —continuó Mason, con una rápida mirada en mi dirección. Hizo una pausa y se aclaró la garganta—. Tengo la esperanza de que esta tregua sea el comienzo de un nuevo capítulo para los Burns, una oportunidad de prosperar y florecer sin derramar más sangre ni perder más vidas.

Poco a poco, estallaron algunos aplausos.

Sin embargo, más de una mirada de recelo se dirigió hacia mí. Cuando se apagaron los aplausos, Mason giró la cabeza en mi dirección y me dirigió una última mirada. Me dio un vuelco el corazón cuando retrocedió unos pasos y me dio la espalda. Luego se alejó a toda prisa hacia el interior de la casa y me quedé mirándole la espalda. El hombre lobo que me había acompañado fuera me hizo un gesto y me llevó a la cueva, donde me esperaban Faye y los demás hombres lobo.

Faye me vio primero y se puso de pie.

—Gracias a Dios que estás bien. Nos han traído a todos aquí, pero no nos dicen qué está pasando.

—Las negociaciones de paz con Ríos van bien. Se ha establecido una tregua entre las dos manadas. Todavía están discutiendo los términos, pero por ahora, acordaron un intercambio de prisioneros.

Faye cubrió la distancia que nos separaba y se le frunció el entrecejo. Sus ojos recorrieron a los hombres lobo apostados en la boca de la cueva antes de posarse en mí.

—¿El frasco?

—Era demasiado arriesgado. —Sacudí la cabeza.

Faye asintió.

—Al menos nos vamos a casa.

Excepto que ya no me sentía aliviada ante la perspectiva.

En cambio, cuando nos sacaron de la cueva y nos llevaron a la linde del bosque que bordeaba las fronteras de Burns, lo único que sentí fue una agobiante sensación de tristeza y consternación. Cada paso que me alejaba de Mason me resultaba más duro que el anterior y me preguntaba qué debía hacer a continuación.

Incluso una vez que el intercambio de prisioneros se completó y regresamos a Ríos, no sentí alivio. Ni siquiera la hoguera de celebración que se hizo en nuestro honor, ni los cálidos abrazos y los atronadores aplausos me hicieron sentir mejor. Cuando Eric me llamó y me anunció que iba a ser recompensada por mi lealtad, solo pude esbozar una pequeña sonrisa.

Aquella noche, cuando me metí en mi propia cama, sentí dolor por Mason como nunca antes lo había sentido, y el hecho de saber que me había separado de él para siempre se apoderó de mí, haciendo que mi loba interior se enroscara en sí misma.

Volver a casa no fue lo que había imaginado.

Capítulo 16

Mónica

—¿De verdad crees que serán capaces de finalizar las negociaciones de paz?

Me metí las manos en los bolsillos de los pantalones cortos y carraspeé.

—Ya han llegado al final de las negociaciones, ¿no? Solo quedan algunos detalles por concretar.

—Espero que no tengamos más problemas —suspiró Faye.

—Yo también. —Me paré frente a ella y eché la cabeza hacia atrás, disfrutando del calor del sol en la cara.

Pero no teníamos motivos para suponer que no todo saldría según lo previsto.

Dentro de unos días, toda la historia entre Ríos y Burns iba a quedar definitivamente zanjada, y yo no podía sentirme más aliviada. Habiendo experimentado de primera mano el tipo de derramamiento de sangre y sacrificio que requería una disputa como aquella, ya no me resultaba indiferente que siguiera existiendo.

Al contrario, quería paz para ambas manadas y poder seguir adelante.

Incluso intenté convencerme de que no tenía nada que ver con Mason ni con lo que sentía por él. Desde mi regreso, había hecho todo lo posible por no pensar en él. Sin embargo, a pesar de mis mejores intentos por apartarlo de mi mente y volver a mi vida normal en Ríos, Mason aún daba vueltas en mi mente.

Él era mi primer pensamiento cada mañana, mi último por la noche, y llenaba todos los pensamientos en medio.

Y el dolor de mi corazón empeoraba cada día que pasaba.

Tanto era así que me había planteado buscar la manera de que me incluyeran en las negociaciones de paz solo para tener la oportunidad de volver a estar cerca de él. Por desgracia, sabía que, aunque Eric no se opondría a que estuviera allí, ver a Mason de nuevo no iba a hacerme sentir mejor.

Más bien iba a sentir lo contrario.

Y ya habíamos acordado que nada bueno podría salir de nuestro vínculo de apareamiento.

—¿Qué tienes en mente? Has estado callada desde nuestro regreso —comentó Faye, haciendo una pausa para agacharse bajo la sombra de un árbol—. ¿Te preocupa que la manada Burns descubra que intentaste matar a su alfa?

Negué con la cabeza.

—No, no creo que lo sepan.

Tampoco lo harían si Mason no decía nada.

Faye y yo seguimos deambulando por las calles de la ciudad hasta que la llamaron. Con el calor del sol en la espalda, me moví entre la multitud y saludé a algunas personas por su nombre.

La conversación subía y bajaba a mi alrededor.

Cerré las manos en puños y caminé por la calle principal, que serpenteaba por el centro de la ciudad. De vez en cuando estudiaba los edificios alineados a ambos lados y suspiraba. Cuando llegué al final de la calle y me detuve en la curva, oí sus voces familiares que llegaban hasta donde yo estaba.

Con un suspiro, me apresuré a acercarme a los hombres lobo omega, que estaban sentados en círculo en medio de una calle vacía. Cuando levantaron la vista hacia mí, vi que tenían idénticas expresiones graves y fruncí el ceño. Uno de ellos, un joven lobo llamado Ben, palmeó el lugar a su lado y exhaló.

—Pensaba que estarían más contentos. —Me senté en el suelo y metí las piernas debajo de mí—. ¿No les alivia que las negociaciones de paz vayan a terminar pronto?

Un murmullo recorrió el grupo.

Ben se pasó una mano por la cara y exhaló un suspiro.

—Creemos que es demasiado bueno para ser verdad.

—¿Qué quieres decir? —Enarqué una ceja.

Ben dejó caer la mano a un costado y se aclaró la garganta.

—Ríos y Burns han intentado establecer la paz antes, y nunca ha funcionado. ¿Cómo sabemos que esta vez va a ser diferente?

—No queremos otra guerra —añadió Amy, con la voz entrecortada hacia el final—. Ya se han perdido demasiadas vidas.

Se levantó un murmullo en señal de consenso y varios pares de ojos se posaron en mí.

—No creo que fracasen las negociaciones de paz —dije tras una larga pausa—. Ya hemos llegado hasta aquí.

Y por lo que pude ver, ninguno de los alfas quería que la guerra continuara.

No beneficiaba a ninguna de las manadas seguir por ese camino.

Pero no tenía ni idea de si iba a ser suficiente, y entendía por qué los omegas estaban preocupados. En cuanto a la dinámica de poder, los omegas estaban en la parte inferior de la cadena alimenticia y eran los más propensos a sufrir bajas masivas en caso de guerra. Ya se habían perdido muchas vidas durante la primera batalla, y yo no había tardado mucho en descubrir que la moral no había mejorado desde entonces.

Desde nuestra derrota y posterior captura, la moral estaba baja y seguían luchando por encontrar la salida de la oscuridad. Me avergonzaba no haberme dado cuenta, tan sumida que estaba en mi propio dolor y desesperación, pero no me sorprendía teniendo en cuenta todo lo que estaba en juego.

Había que llevar a cabo las negociaciones de paz.

Por el bien de todos.

—¿Qué hay de Mason Burns? Hemos oído que es un guerrero feroz y que nunca ha perdido una

batalla —dijo Ben, sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué iba a tener interés en las negociaciones, a menos que fuera algún tipo de truco?

Hice una pausa y le di vueltas al asunto en mi cabeza.

De repente, vi a Mason el primer día que nos llevaron a la ciudad y su negativa a darnos un escarmiento. Recordé lo que sentí al marchitarnos y morir de hambre antes de que nos llevaran a la hoguera y nos dieran la oportunidad de redimirnos. Todavía pensaba en lo que era luchar contra los hombres lobo de Burns a cambio de comida, y me di cuenta, con no poca sorpresa, de que Mason había intervenido para salvarme, para salvarnos a todos.

Sabía que la única forma de asegurarse de que Aiken cumpliera su parte del trato era implicarse directamente. Luchar contra mí le dio la excusa que necesitaba para parecer indiferente a nuestra difícil situación y utilizarla como una oportunidad para tender su mano directamente.

Mason había hecho más por nosotros de lo que nos habíamos dado cuenta.

Y me sentí avergonzada y horrorizada por haber estado a punto de matarlo.

Había dejado que mi propio miedo e inseguridad se interpusieran en lo que había sabido desde el principio.

Mason Burns no era un alfa sediento de poder y despiadado como la gente creía. Al contrario, se había desvivido por ser considerado con nosotros y nuestro trato, y se había encargado de que no se derramara sangre. Al prohibir a los guardias que nos torturaran, Mason había dado ejemplo para evitar bajas masivas y más derramamientos de sangre sin sentido.

Ese pensamiento me hizo echarlo aún más de menos.

Hasta que los hombres lobo omega que me rodeaban empezaron a hablar en voz baja, repasando una y otra vez los acontecimientos de las semanas anteriores. Aunque hice todo lo posible por tranquilizarlos, elegí mis palabras con cuidado, sabiendo que una palabra equivocada podría delatarme. Al final de la conversación, me sentía inestable y peor que la primera vez que los vi. Mientras me alejaba de ellos, me di cuenta de dos cosas a la vez.

La primera era que Mason había dejado un impacto en mí, uno que iba más allá de nuestro vínculo de apareamiento.

La segunda era que estaba condenada a estar enamorada de él por el resto de mi vida.

Ya suspiraba por él de una forma que me carcomía por dentro y que me hacía sentir miserable.

Y saber el efecto que nuestro tiempo juntos había tenido en mí no mejoraba las cosas. Durante mi camino de vuelta, pensé en todas las cosas que había visto, desde la amabilidad y consideración de Mason hasta la forma en que trataba a su manada como si todos fueran sus iguales en lugar de sus súbditos.

Mason me había mostrado que había otra forma de liderar.

Uno que no había visto antes.

Con un leve movimiento de cabeza, me metí en mi casita y me quedé allí de brazos cruzados. El sol de última hora de la mañana entraba a raudales por las ventanas abiertas y pequeñas partículas de luz bailaban sobre las tablas del suelo. Aunque Eric me había regalado una casa mucho más grande como recompensa por mi trabajo y mi lealtad, ni siquiera había puesto un pie allí.

En cambio, ansiaba la familiaridad y la intimidad de mi cabaña, intacta desde mi partida. Una fina capa de polvo lo cubría todo, pero no me importaba. Cuando echaba un vistazo a mi casa, bañada en cálidos y suaves tonos amarillos, solo podía pensar en la persona que solía ser antes de marcharme.

La persona que quería volver a ser.

Pero ella había desaparecido y yo me quedé con tanta confusión y dudas que no sabía qué hacer. Después de dar varias vueltas por la casa, entré en el baño y me eché agua fría en la cara. Después de respirar hondo varias veces, me apresuré a salir y subir las escaleras de la mansión del alfa.

Una vez alcanzada la cima, me detuve e incliné la cabeza hacia atrás.

El silencio se instaló a mi alrededor, y la opresión en mi pecho creció.

La puerta principal crujió al abrirse cuando la empujé.

Nadie salió a recibirme cuando entré en la mansión y me detuve en medio de un pasillo muy iluminado. Unos cuantos hombres lobo estaban de pie en medio del patio, riendo y empujándose unos a otros. En cuanto me vieron, me saludaron por mi nombre y les hice un pequeño gesto con la mano. El mayordomo de Eric se materializó de la nada, se puso delante de mí y dejó que sus

ojos me recorrieran.

Luego se fue por otro pasillo, el que llevaba directamente al estudio de Eric, esperando que yo lo siguiera. Me crucé con algunos hombres lobo más por el camino, pasando junto al personal de Eric, que me miraban con admiración y respeto. Asentí en su dirección e ignoré el inquieto latido de mi corazón. A pocos metros del estudio, el mayordomo ladeó la cabeza en mi dirección y se detuvo. Respiré aliviada cuando desapareció por otro pasillo ante mi insistencia. Cuando me detuve frente al despacho de Eric, levanté una mano y me detuve.

A pocos centímetros de la puerta, oí la voz de Eric que subía de tono.

Con el ceño fruncido, pegué una oreja a la puerta y escuché.

Entonces oí el inconfundible sonido de una mujer en plena agonía de placer. Pronto, el pasillo se llenó con el sonido de sus gemidos ahogados, junto con el golpe y crujido de algo. Rápidamente, bajé la mano y me aparté de la puerta. Me pasé una mano por la cara y estaba a punto de marcharme cuando sus voces volvieron a alzarse, más alto que la primera vez.

Tardé unos instantes en darme cuenta de que era la voz de Faye.

Fruncí las cejas, eché un vistazo al pasillo vacío y retrocedí un paso. En contra de mi buen juicio, volví a pegar la oreja a la puerta y escuché. Aunque cada vez tenía más claro que Faye y Eric tenían una relación, que habían conseguido mantener en secreto, tampoco entendía cómo había sucedido.

Por lo que yo sabía, Faye y Eric no corrían en los mismos círculos.

Tras unos instantes más, estaba a punto de marcharme, convenciéndome de que no era asunto mío en ningún caso, cuando oí la voz de Faye, esta vez más clara. Me clavé las uñas en las manos al oír mencionar el nombre de Mason, junto con el de Frank Burns, el hermano de Eric.

Todo se silenció demasiado rápido y contuve la respiración.

¿Con qué me había topado exactamente?

Capítulo 17

Mónica

—¿Estás segura de que le diste el frasco correcto?

—Estaba dispuesta a envenenarlo —murmuró Faye, mientras su voz se acercaba a la puerta—. Puedo ver cuánto lo odia.

Eric soltó una risita que me erizó el vello de la nuca.

—Bien. Podemos usar eso a nuestro favor. Quizá la pequeña mestiza no sea inútil después de todo.

—Te dije que no lo era. —Oí el sonido de un líquido vertiéndose, y el olor a sudor y whisky salió por debajo de la puerta—. Y yo te dije que podía acercarme a ella si quería.

—Te subestimé, cariño.

—La mayoría de la gente lo hace —contestó Faye, con una voz que hizo que se me hundiera y apretara el estómago—. Por desgracia, nuestra estancia en Burns no me proporcionó ninguna información útil. Nos mantuvieron en las cuevas bajo llave.

—¿No dijiste que les quitaron los grilletes y Mason Burns ordenó que trabajaran para vivir?

—Sí —gruñó Faye—, nos obligaba a realizar trabajos serviles a cambio de comida, como si fuéramos sus esclavos. Los otros prisioneros estaban deseosos de caer rendidos de gratitud, pero yo sabía la verdad. Intentaba humillarnos.

¿Cómo no había visto antes la profundidad de su resentimiento?

¿Cómo me había permitido creer que Faye había estado de acuerdo con todo?

Volví a echar un vistazo al pasillo y me pasé una mano por el estómago.

Iba a vomitar.

—Sabía que él no era bueno —respondió Eric—. ¿No te alegras de que te convenciera para que me ayudaras?

—Fui yo quien te convenció —le recordó Faye en tono frío—. Si no fuera por mí, no serías alfa, ¿recuerdas?

—¿Cómo podría olvidarlo? Si no fuera por ti, el querido y estúpido viejo Frank habría estado al mando.

Me tapé la boca con una mano y el corazón me dio un vuelco.

¿Qué le habían hecho al hermano de Eric?

Frank Burns había sido el más fuerte de los dos y, sin duda, la opción más calificada para alfa hasta que enfermó y nunca se recuperó. Una parte de mí se sintió horrorizada y asqueada al saber que Eric había tomado la justicia por mano propia al eliminar a su propio hermano de la escena, pero no me sorprendió tanto como debería.

Siempre había sabido que Eric tenía una gran sed de poder.

Solo que nunca imaginé que fuera tan profundo como para borrar su humanidad y su compasión envenenando a su propio hermano.

¿Cómo íbamos a sobrevivir a un alfa como él?

¿Y cómo acabó Faye involucrada en todo esto?

—Sabía que no iba a ser el tipo de alfa que necesitábamos —añadió Faye en un tono más ligero—. Así que hice lo que había que hacer.

—¿El veneno que me diste para Frank era el mismo que le diste a Mónica?

—¿Acaso importa? —La risa de Faye me revolvió el estómago—. Lo importante es que sabes que funciona. Lo has visto con tus propios ojos, y dentro de unos días, cuando Mason Burns llegue para las negociaciones, podrás deshacerte de él de una vez por todas.

Otro grito ahogado salió de mis labios, más fuerte que el primero.

Detrás de la puerta, oí sus voces confusas. Entonces sus pasos se movieron y el pánico se apoderó de mi pecho. Sin darme la oportunidad de reaccionar, me alejé a trompicones de la puerta y mis ojos se movieron en busca de un escondite. Instantes después, me coloqué detrás del arco y me apoyé contra la pared.

Faye y Eric pasaron a toda velocidad y el corazón me latía desbocado en los oídos.

Me quedé donde estaba, con el miedo palpitando en mi interior, hasta que Faye y Eric desaparecieron. En cuanto sus pasos se alejaron lo suficiente, me despegué de la pared y corrí en dirección contraria. Me abrí camino por la mansión, después de haber pasado años aprendiendo los entresijos del lugar, hasta que llegué a la cocina. Entonces hui por la puerta trasera, con el malestar en el estómago en aumento.

Cuando llegué a mi cabaña, cerré la puerta con pestillo y me apoyé en ella.

El alivio que sentí al escapar de las garras de Faye y Eric duró poco.

Y me pasé el resto de la noche paseando por mi cabaña e intentando encontrarle sentido a lo que había oído. Aunque siempre había sabido que Faye era ambiciosa y que quería más de la vida, nunca la habría imaginado conspirando para matar a otro hombre lobo, y nada menos que al alfa elegido.

¿Cómo he podido dejarme cegar por su ambición?

¿Cómo pude permitirme creer que era mi amiga?

Durante todo el tiempo que nos habíamos conocido, Faye me había estado utilizando para su propio beneficio egoísta, y Eric no era mejor. Entre los dos habían ideado el plan perfecto para asegurar su ascenso al poder, y nadie iba a poder detenerlos.

Nadie excepto yo.

Excepto que no tenía ninguna prueba de que Frank Ríos había sido envenenado.

Tampoco tenía pruebas de que planearan asesinar a Mason Burns.

¿Cómo iba a convencer a alguien si yo misma tenía problemas en creerlo?

Con un leve movimiento de cabeza, me detuve junto a la ventana de la puerta y miré hacia la

calle vacía a la luz de la luna. Cuando un grito surcó el aire y vi que los guardias se llevaban a rastras a una joven loba pelirroja, se me revolvió el estómago.

Los perseguía antes de saber lo que hacía.

Rita, la loba de ojos verdes y pelo rojo, fue arrojada al suelo y obligada a arrodillarse. Luego, un lobo la flanqueó a cada lado. Faye salió de la oscuridad con un vestido negro que ondeaba detrás de ella y una sonrisa cruel en los labios. Rita empezó a llorar, con los hombros temblorosos y agitados, y yo me adelanté.

En cuanto Rita se fijó en mí, le tembló el labio inferior y empezó a lloriquear.

Emitió sonidos bajos e ininteligibles en el fondo de su garganta y sus ojos se abrieron de par en par, desesperados. Bajo la tenue luz de la luna, pude distinguir el terror grabado en su rostro y vi el temblor que la recorría.

Fuera lo que fuera, no era bueno, y Rita lo sabía.

Rita extendió una mano, y el guardia la apartó de un manotazo, haciendo que la loba pelirroja gimiera y le retirara la mano.

—Ayúdame.

Me aclaré la garganta.

—¿Qué está pasando aquí?

—Esto no te concierne —contestó Faye, sus ojos verdes observándome atentamente—. Vuelve a tu casa, Mónica.

—No, no puede marcharse —susurró Rita, alzando la voz hacia el final—. Necesito un testigo.

Miré a Rita y luego a Faye, que seguía observándome con sus fríos ojos verdes.

—¿Un testigo de qué?

Faye se encogió de hombros y se echó el pelo por encima de los hombros.

—Puedes quedarte si quieres, pero sé que Rita y tú son amigas.

Aunque la loba pelirroja me caía bien y a menudo encontrábamos cosas de las que hablar, Faye sabía que ella y yo no éramos amigas. Como me había pasado toda la vida luchando por encajar y convencerme de que pertenecía a Ríos, me costaba conectar con otros hombres lobo.

Aun así, lo hice.

Faye era una de las pocas excepciones, y tanto ella como yo lo sabíamos.

¿Me estaba poniendo a prueba, tratando de ver si yo era la intrusa que había oído su conversación antes?

La rabia se instaló en la boca de mi estómago y floreció.

Lo último que quería era que Faye sospechara de mí y de mi comportamiento; de lo contrario, nunca podría desenmascarar ni a ella ni a Eric como la clase de lobos que eran en realidad. En lugar de volver la vista hacia Rita, cuyos quejidos hacían que me subiera la bilis a la garganta, mantuve la mirada fija en mi amiga.

Vi el acero y la crueldad en los ojos de Faye y resistí el impulso de tragar saliva.

¿Acaso estaba tan desesperada por hacer un amigo que me había cegado ante la verdad?

Ver el comportamiento de Faye ahora confirmaba lo que había estado pensando todo el día.

Realmente no era la persona que yo creía.

Nunca lo había sido.

—No quiero que tengas que ver esto —continuó Faye, en voz más baja—. Es difícil ver a un amigo pasar por algo así.

Me erguí más y le sostuve la mirada.

—¿Qué ha hecho?

—Intentó seducir al alfa —respondió Faye sin perder el ritmo—. Ya conoces las normas que tenemos establecidas para algo así, especialmente cuando un lobo ha dejado claro que no está interesado.

Rita emitió otro quejido, lo que le valió miradas fulminantes de los guardias. Faye la fulminó con

una mirada que debería haber convertido a Rita en piedra, pero en lugar de eso, la pequeña loba pelirroja solo se estremeció y siguió emitiendo quejumbrosos sonidos. Aunque una parte de mí se compadecía de Rita por estar en el punto de mira de cualquier plan que Eric y Faye estuvieran tramando, también sabía que no podía permitirme distraerme con ella.

O con cualquiera.

No si tenía alguna esperanza de salvar a la manada de estos monstruos.

—Tal vez interpretó mal las señales —le dije, con las palabras saliendo de mí a toda prisa—. Ya sabes cómo es a veces. Crees que has conocido a un chico que te interesa y, de repente, descubres que tienen una relación o algo así. Estoy segura de que no lo hizo con mala intención.

Faye frunció las cejas y su expresión se endureció.

—Estamos hablando de nuestro alfa, no de un lobo cualquiera.

—Mira, conoces a Rita. Es inofensiva...

Faye levantó una mano y sus ojos se tensaron en los bordes.

—Si esto va a ser demasiado difícil de ver para ti, deberías irte.

Mi mirada oscilaba entre Faye y Rita.

—¿Por qué iba a irme?

—Rita necesita un castigo, para que aprenda a no volver a ponerse en una situación así. —Faye se encogió de hombros.

—¿Lo sabe Eric? —La bilis me subió al fondo de la garganta.

—Fue él quien ordenó el castigo. —Faye asintió en dirección a los guardias, que rasgaron la camisa de Rita por el centro, dejándola hecha jirones y dejando al descubierto su espalda desnuda. Vi temblar los músculos de Rita.

¿Qué había hecho para ganarse su ira y su cólera?

¿Sabía Rita algo que no debía?

No tenía ni idea de qué sabía Rita para justificar semejante exhibición pública de humillación y degradación, pero sabía que, si intentaba detener a Faye, solo conseguiría llamar la atención sobre mí. Teniendo en cuenta todo lo que sabía y la precaria situación en la que se encontraba Ríos debido a la impía alianza de Faye y Eric, sabía que no podía permitirme ponerme en esa situación.

No si quería ayudar a salvar a mi manada.

«Lo siento, Rita. No hay nada que pueda hacer».

Tras una breve pausa, me aparté de Rita y me llevé las manos a la espalda. Luego aparté la mirada de Rita y clavé los ojos en un punto del horizonte. Cuando Faye hizo un gesto a los guardias, uno de ellos sacó un látigo y se lo entregó. Por el rabillo del ojo, vi que la expresión de Faye se iluminaba.

Con cada chasquido que cortaba el aire y cada grito de dolor, empecé a preguntarme si alguna vez había conocido realmente a Faye. A mitad del castigo, le di la espalda a Rita y me clavé las uñas en las palmas de las manos. Una y otra vez, su voz resonó en la noche, y unos cuantos lobos más salieron a mirar, con idénticas expresiones de asombro e incredulidad.

Faye no les prestó atención, sumida en su sed de sangre.

Me marché antes de que terminara el castigo de Rita y acabé en el jardín de detrás de mi casa, vaciando el contenido de mi estómago. En cuanto terminé, me limpié la boca con el dorso de la mano e intenté alejar la imagen de Faye y el brillo despiadado de sus ojos.

¿Había conocido alguna vez a Faye?

La idea me dejó más desconcertada de lo que quería admitir.

Capítulo 18

Mónica

—¿Estás bien? —Faye se puso a mi lado en la esquina de la habitación y extendió las manos a ambos lados—. No te he visto mucho en los últimos días.

Observé el flujo constante de personas que entraban y salían de la sala.

En el corazón de la mansión de Eric se estaban celebrando las negociaciones de paz, con la presencia de varios miembros de la manada. Algunos más de los hombres lobo de Burns estaban apostados fuera como gesto de buena fe. En cuanto a los hombres lobo Ríos, estaban en alerta máxima, intercambiando miradas entre ellos.

Todo aquello me dejó con una sensación de pesadez en el centro del pecho.

¿Realmente planeaba Eric hacer la guerra contra Burns por sus propios intereses?

¿Qué iban a hacer los hombres lobo de Burns si su alfa caía?

Un escalofrío me recorrió al pensarlo, y me encontré mirando a Mason, impotentemente atraída hacia él mientras se sentaba frente a Eric en una larga mesa rectangular dispuesta en el centro de la sala. La sala en sí había sido convertida de salón de baile a sala de conferencias precisamente para este fin, con sus grandes ventanales, sus altos techos abovedados y su capacidad para albergar a un gran número de personas.

Sin embargo, su ubicación en la mansión me ponía nerviosa porque sabía por qué Eric la había elegido.

Si las cosas tomaban un rumbo equivocado, a Mason le llevaría un tiempo conseguir salir.

Y aún más tiempo para que los guardias de Burns apostados fuera llegaran hasta él, teniendo en cuenta que la mansión era un laberinto para los que no la conocían. O bien Mason creía de

verdad que Eric no quería hacerle daño, o tenía su propio plan de protección, del que yo no sabía nada. Teniendo en cuenta nuestras circunstancias actuales, no podía acercarme a Mason y preguntarle por sus planes de seguridad.

No sin llamar la atención.

Necesitaba calmarme.

Pero no tenía ni idea de cómo hacerlo, sobre todo cuando me había pasado los últimos días reviviendo los gritos de Rita y el sonido del látigo golpeando su cuerpo. Cada vez que cerraba los ojos, veía sus ojos suplicando a los míos, y no podía deshacerme de la vergüenza que se había apoderado de mí.

Ni la sensación de que podría haber hecho más.

Por desgracia, no tenía ni idea de en quién podía confiar dentro de estas cuatro paredes. En circunstancias normales, habría acudido a Faye o a Eric, pero como ambos estaban en el centro del problema, no tenía a nadie más a quien recurrir.

Esa idea no me gustó nada.

Puede que fuera una guerrera feroz, pero ¿qué posibilidades tenía contra el alfa de los Ríos y su cómplice?

Juntos, Faye y Eric eran una fuerza a tener en cuenta, y lo sabían.

Cuando Faye me puso una mano sobre los hombros, volví al presente de golpe y la miré. Tenía las cejas fruncidas, los ojos llenos de preocupación y algo más que no supe identificar. Sacudí ligeramente la cabeza y dejé pasar el zumbido de mis oídos.

—Lo siento, ¿qué?

—Te pregunté si estabas bien. Pareces un poco enferma.

—Sí, es que... no me gusta estar aquí —respondí tras una breve pausa—. Es difícil volver a verlo.

Faye miró a Mason y luego a mí.

—Lo siento. Podrías pedirle a Eric que te reasigne. Seguro que lo entendería, teniendo en cuenta por lo que te hizo pasar Mason. Ser su esclava personal no debe haber sido fácil.

—No lo fue —acepté en voz baja—. Pero no quiero llamar la atención, y no quiero que Mason sepa el efecto que tiene sobre mí.

—Así me gusta. —Faye me apretó los hombros—. Puedes superar esto, y yo estaré aquí todo el tiempo. Olvídate de Mason Burns. No merece tu tiempo.

Pero no podía dejar de mirarlo a hurtadillas y preguntarme si él también lo sentiría.

Esta cosa palpitante y viva entre nosotros no se había ido a ninguna parte.

En todo caso, se había vuelto más fuerte en su ausencia, y mi loba interior suspiró aliviada cuando lo vio. De vez en cuando, podría jurar que sentí su mirada sobre mí, firme y apreciativa, pero cuando miraba, Mason estaba mirando directamente a Eric. Los dos no habían dejado de hablar desde su llegada.

Necesitaba encontrar una manera de acercarme, para poder escuchar.

Todavía no tenía la menor idea de cómo iba a detener a Eric cuando atacara, pero sabía que tenía que intentarlo. Probablemente acabaría con mi cabeza en la pica, junto con la manada Burns, pero al menos moriría haciendo lo correcto.

Después de todo, matar a otro lobo durante las negociaciones de paz iba en contra del código de honor de los hombres lobo. Mason y los miembros de su manada que habían asistido estaban allí como un gesto de buena fe, e incluso había dejado a muchos de ellos fuera de la sala como una rama de olivo en señal de su buena voluntad.

Claramente, Eric había perdido la cabeza.

Su ambición y determinación siempre me habían disgustado.

¿Pero realmente estaba considerando traicionar a mi propio alfa por Mason?

De repente, me di cuenta de que los hombres lobo de Ríos presentes se contaban entre los mejores guerreros de la manada, y una creciente sensación de horror se apoderó de mí al atar cabos. Eric estaba maniobrando con todos los presentes para obtener una clara ventaja sobre sus enemigos, lo que le permitiría asestar el golpe mortal. Me acerqué a la mesa y murmuré una

excusa a Faye.

Al otro lado de la habitación, cogí un vaso de una de las bandejas y me lo bebí de un trago. El líquido se abrió paso por mi garganta y se asentó en el centro de mi estómago. Recorrí la sala con la mirada y vi que los guardias de Ríos volvían a moverse, empujando a algunos de los hombres lobo de Burns hacia las puertas laterales. Luego cerraron algunas de las puertas.

El volumen de la conversación subía y bajaba a mi alrededor.

Mason permaneció ajeno a lo que ocurría.

Vi que Faye intercambiaba unas palabras con los guardias de Ríos y que se llevaban a más hombres lobo de Burns. Con el ceño fruncido, me acerqué a Mason y me detuve frente a él y Eric. En cuanto Mason levantó la vista hacia mí, mi estómago dio un pequeño y extraño respingo, y el resto del mundo se desvaneció.

Era como si nada más importara excepto él.

Odiaba el control que ejercía sobre mí, pero no podía apartar la mirada.

Hasta que Eric se aclaró la garganta, trayéndonos a ambos de vuelta al presente con una sacudida.

—¿Está todo bien?

Tragué más allá del nudo en la garganta.

—Sí, me preguntaba cómo van las negociaciones de paz.

—Tendrás que disculpar a Mónica. —Eric esbozó una sonrisa—. Es una guerrera hasta la médula, así que no entiende cómo funcionan estas cosas.

Mason fijó su mirada en Eric y enarcó una ceja.

—Creo que los guerreros entienden las cosas mejor de lo que les damos crédito.

—Sí, claro. Tienes razón. —Eric ocultó el ceño fruncido tras su vaso.

—Me alegro de que por fin hagamos esto. —Mason levantó su vaso y sonrió—. La manada Burns y Ríos han estado en guerra durante demasiado tiempo.

—Demasiado tiempo —asintió Eric tras dar un largo sorbo a su bebida—. Es hora de que dejemos a un lado nuestras diferencias y trabajemos por un objetivo común.

—La paz y la prosperidad de todos los hombres lobo —convino Mason antes de dejar su vaso—. Me alegro de que podamos dejar atrás este asunto turbio.

Eric dejó su vaso y se sentó más recto.

—Yo también, pero tenemos que discutir algunos detalles más.

Sin previo aviso, Eric me dirigió una mirada significativa. Dudé y me alejé, maldiciéndome por no haber sido capaz de inventar otra excusa. Cuando estuve lo bastante lejos, me di la vuelta y apoyé la espalda contra la pared. Faye vino a ponerse a mi lado, una visión en su vestido verde largo hasta el suelo, con el pelo trenzado a un lado. Sonrió y guiñó un ojo a algunos de los lobos presentes, y resistí el impulso de gruñirle.

Por enésima vez, me pregunté cómo había podido dejarme cegar tanto por los defectos de Faye. Una cosa era que pusiera sus miras en lo alto y planeara casarse con un hombre lobo rico e influyente para asegurar su posición en la manada. Otra cosa era manipular a Eric y utilizarlo como peón en cualquier plan que estuviera tramando.

¿Acaso le importaba a Eric el poner en peligro nuestra única oportunidad de paz real?

Recé pidiendo orientación y un milagro que sabía que no llegaría.

Yo era una guerrera, no una diplomática, y a falta de encontrar una excusa para arrastrar a Mason y decirle la verdad, no tenía forma de protegerlo. Como los hombres lobo de la manada Burns no me conocían lo suficiente como para saber mis intenciones, tampoco podían ayudarme. Con un leve movimiento de cabeza, me aparté de la pared y me abrí paso entre la multitud.

En el pasillo, ayudé a colar a algunos de los hombres lobo de la manada Burns por otra puerta lateral que había quedado sin vigilancia. En cuanto estuvieron dentro, desaparecí y reaparecí junto a Faye, que hablaba con un lobo de pelo oscuro y dientes blancos. Su mirada me recorrió con desinterés antes de volver a Faye.

Pero no me importaba.

Todo lo que importaba era darle a Mason una oportunidad de luchar.

Un latido después, vi que Eric le tendía a Mason otra copa de champán, y vi un breve destello de triunfo e impaciencia recorrer su rostro. Se me aceleró el pulso y sentí náuseas en la garganta. Luego me abrí paso entre la multitud y me disculpé entre dientes.

No podía atravesar la multitud lo bastante rápido y no tenía ni idea de qué hacer.

¿Iba a llegar a mi compañero a tiempo?

¿O su muerte iba a pesar sobre mi conciencia?

Cuando alcancé a Mason, fingí tropezar y mi mano salió disparada, arrancándole la copa de la mano y tirándola al suelo con estrépito. Capté un breve destello del horror y la consternación de Eric antes de que se esfumara. El líquido formó un pequeño charco bajo los pies de Mason y mis mejillas se enrojecieron.

Un grito ahogado recorrió la multitud.

Murmullos de confusión llenaron el aire.

Se me paró el corazón cuando Eric me miró, y me tensé, llevando las manos a la espalda para ocultar mi temblor.

—Lo siento mucho —dije antes de ponerme de rodillas y usar mi camisa para limpiar el líquido—. No tengo ni idea de lo que ha pasado.

—Eres muy torpe para ser una guerrera —comentó Mason frunciendo el ceño—. Creía que los guerreros debían ser elegantes y ágiles.

—No todos los guerreros —murmuré sin mirarlo. En contra de mi buen juicio, volví a levantar la vista y me encontré mirando directamente a los cálidos ojos marrones de Mason. Nos miramos el uno al otro sin pestañear durante mucho tiempo, hasta que volví a caer bajo su hechizo.

Un trance familiar del que no quería despertar.

No fue hasta que Eric empujó su silla hacia atrás con un chirrido y chasqueó los dedos que volví al presente. Inmediatamente, me empujaron hacia atrás y algunos de los guardias de Ríos avanzaron hacia Mason.

El pánico y el miedo se apoderaron de mí por igual. Dos de ellos lo flanquearon enseguida y lo

retuvieron entre los dos. El resto de la manada Ríos formó una línea frente a los hombres lobo de Burns, impidiéndoles alcanzar a su alfa.

—¿Qué significa esto? Se supone que son negociaciones de paz.

Eric se bebió el resto de su bebida y resopló.

—¿De verdad creías que era tan estúpido como para caer en tu numerito? Sé que quieres apoderarte del territorio de los Ríos, y no te lo voy a permitir.

Mason luchó contra sus captores y gruñó.

—Pagarás por esto, Eric.

Capítulo 19

Mónica

Eric echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, cuyo sonido me produjo escalofríos de ansiedad. Cuando bajó la cabeza y enderezó la espalda, el brillo de sus ojos me hizo sentir una punzada de miedo en el pecho.

¿Qué iba a hacer ahora?

—No lo creo —respondió Eric, haciendo una pausa para lanzar una mirada fulminante a Mason—. Te tengo justo donde quiero, y no hay nada que puedas hacer para salvarte de lo que viene.

Mason luchó contra sus captores y enseñó los dientes.

—Déjenme ir ahora, o esto no terminará bien.

—No estás en posición de hacer amenazas —retó Eric enarcando una ceja.

Mason soltó un gruñido bajo que hizo que todos en la habitación se detuvieran.

—No tienes ni idea de lo que estás haciendo. Déjenme ir. Deja que mi manada se vaya, y podremos olvidar que esto ha pasado.

—No creo que vaya a hacer eso. Verás, he estado planeando esto durante semanas. Desde que lanzamos el ataque de Ríos. Hemos tenido algunas complicaciones desde entonces, pero finalmente estamos aquí.

—Me atrajiste aquí con falsos pretextos.

Eric se agachó frente a Mason y se mofó.

—No pensaste realmente que Ríos y Burns podrían ser aliados, ¿verdad? No eres tan ingenuo, Mason.

Mason se erizó y, de repente, se liberó de su guardia. Luego se lanzó contra Eric y lo derribó. Un grito ahogado recorrió la sala cuando los dos cayeron al suelo con un ruido sordo y rodaron de un lado a otro, tratando de dominarse. Me puse de puntillas y los miré, con el corazón martilleándome inestablemente en el pecho.

¿Debía ayudar a Mason, o se suponía que debía dejarlo luchar sus propias batallas?

En un rincón de la sala donde estaban encerrados los hombres lobo de Burns, algunos gruñeron y chasquearon los dientes contra sus captores. Sin inmutarse, los hombres lobo de Ríos se limitaron a lanzarles miradas severas y a señalar los rifles que llevaban al hombro. Cada segundo que pasaba empezaba a darme cuenta de que no era una lucha justa.

Nunca lo había sido.

Y yo era la única que podía dar a Burns la ventaja que necesitaba.

O al menos eso parecía.

Durante mucho tiempo, me quedé allí de pie, esperando que Mason fuera capaz de inmovilizar a Eric y obligarlo a doblegarse. Todo lo que Mason tenía que hacer era derribar al alfa, y el resto de los hombres lobo tendrían que dejarlo ir. Recé para que fuera capaz de conseguirlo, para salir de este lío sin mi ayuda.

Porque no estaba lista para traicionar a mi manada, ni siquiera por Mason.

Entonces, con un rápido movimiento, Mason tumbó a Eric boca arriba y colocó el codo sobre su tráquea. El alfa de Ríos farfulló y gruñó. Mason retiró el codo y estaba a punto de golpear cuando un hombre lobo de Ríos se abalanzó sobre Mason, haciéndole perder el equilibrio. Una vez que cayó al suelo, una sensación baja y desconocida se apoderó de mí.

Eric saltó y tiró a Mason al suelo.

En cuanto lo hizo, el resto de los hombres lobo de Ríos soltaron un aullido colectivo. Eché un vistazo a sus caras de impaciencia y al brillo de sus ojos, y se me erizó el vello de la nuca. Entonces Eric volvió a poner a Mason de pie y le inmovilizó el brazo detrás de la espalda. Mason se agitó y se sacudió, consiguiendo empujar a Eric hacia atrás. Una vez que lo hizo, Mason emitió un gruñido grave que atrajo toda la atención de la sala.

Era toda la distracción que los hombres lobo de Burns necesitaban para escapar.

Uno a uno, salieron de la sala por las puertas laterales. Algunos se quedaron y lanzaron miradas dubitativas a Mason, pero este apretó los labios y negó con la cabeza. A través de su vínculo telepático, Mason estaba, sin duda, explicando su plan y asegurándose de que supieran que no habría consecuencias por dejarlo atrás.

Sin embargo, su manada seguía reacia a dejarlo.

Cuando los últimos se marcharon, luchando por salir de la habitación, Mason se lanzó sobre Eric y lo tiró al suelo. En cuanto Eric cayó de espaldas, Mason estiró los labios y gruñó. Luego se transformó en su forma de lobo, y su elegante y oscuro pelaje brilló bajo la luz de la araña. Sin previo aviso, embistió de nuevo contra Eric, solo que esta vez Eric extendió los brazos delante de él, esquivando el ataque.

Los hombres lobo de Ríos que aún quedaban en la habitación gruñeron en respuesta.

Algunos de ellos incluso cambiaron a su forma de lobo.

Mason no vaciló, ni reconoció lo que estaba sucediendo.

En cambio, mantuvo la mirada y se centró por completo en Eric, que había cambiado a su propia forma de lobo y estaba rodeando a Mason como si fuera una presa. Con el ceño fruncido, cambié a mi propia forma de lobo y esperé. Cuando algunos de los hombres lobo de Ríos se adelantaron, formando un semicírculo alrededor de Mason, corrí delante de ellos.

Luego me puse de espaldas a Mason y miré fijamente a mi manada.

Una onda de confusión los recorrió, pero no dejaron de avanzar.

Hasta que solté un gruñido grave e inconfundible de advertencia y les di un manotazo. Sobresaltados, algunos lobos saltaron fuera de mi alcance e intercambiaron algunas miradas rápidas. Luego se acercaron unos cuantos más y los empujé hacia atrás. Cuando Mason se giró para mirarme, solo tuvimos tiempo de intercambiar una breve mirada antes de que su espalda volviera a estar pegada a la mía.

Exhalé, y uno de los miembros de mi propia manada me atacó, haciéndome caer hacia atrás. Fruncí el ceño y retrocedí, sin querer herir a ninguno de ellos. Poco a poco, centraron toda su atención en mí, dándome manotazos y gruñendo. Otro de ellos, un lobo más grande llamado Jared, se lanzó contra mí y caímos al suelo.

En cuanto me puso la pata en el centro del pecho, me invadió la adrenalina y lo arrojé de un rápido movimiento. Vi su cara de sorpresa momentos antes de que saliera despedido por la habitación y acabara desplomado en el suelo. Después de eso, todo fue un desenfoque de color y movimiento mientras el instinto se apoderaba de mí y me defendía de un ataque tras otro. De vez en cuando, oía a Mason hacer lo mismo detrás de mí, y eso me daba el impulso que necesitaba para seguir adelante.

Pero no hizo nada para borrar la consternación que sentí al tener que luchar contra mi propia manada.

Sin embargo, sabía que lo que hacían estaba mal.

Usando nuestra conexión telepática, intenté llegar a mi manada, razonar con ellos, pero todo lo que oí a cambio fue silencio. Juntos, Mason y yo luchamos hasta que nuestra respiración fue pesada, y me dolían los músculos. Cuando me aseguré de que la manada Burns tuviera tiempo suficiente como para evacuar, me abrí paso entre los guardias restantes.

En cuanto llegamos a otra puerta trasera, cambié a mi forma humana y miré a Mason. Había retrocedido y avanzaba cojeando, con expresión resuelta y la cara bañada en sudor. Sin mediar palabra, pasó a mi lado y cruzó la puerta. Antes de cerrarla de golpe, intercambiamos una mirada significativa y se me deshicieron algunos nudos del estómago.

Entonces cerré la puerta tras él y crucé los brazos sobre el pecho.

—Es demasiado tarde. No voy a dejarles pasar.

Los hombres lobo se separaron y Eric se abrió paso, con el rostro contorsionado por la rabia.

—¿Qué has hecho? Se suponía que debías ayudar a tu manada, no a tu enemigo.

—Mason no vino aquí como nuestro enemigo —respondí, levantando la barbilla—. Vino aquí como nuestro aliado, y como gesto de buena fe, no trajo a muchos de sus guerreros con él. Así no se paga a un hombre lobo con buenas intenciones.

—Mestiza estúpida y tonta —gruñó Eric—. Pagarás por lo que has hecho.

Tras lanzar una rápida mirada a los guardias, me vi obligada a arrodillarme. Eric se detuvo frente a mí, cerró la mano en un puño y me dio un puñetazo en el estómago. No dejé de mirarlo mientras tanto el dolor como el pánico se apoderaban de mí. Cuando Eric volvió a darme un

puñetazo, esta vez más fuerte, me estremecí y dejé de mirarlo. Sin mediar palabra, me arrastraron fuera, a la vista del resto de la manada.

Para cuando llegamos a la plaza de la ciudad, un claro situado en los límites de la ciudad, con una sola estatua en el centro, yo estaba cubierta de moretones. Con un poco más de fuerza de la necesaria, me empujaron contra la estatua, y más dolor floreció detrás de mis párpados.

De todos modos, mantuve la espalda erguida y los brazos extendidos a ambos lados.

Entonces, por el rabillo del ojo, vi un destello de movimiento, y salieron más hombres lobo de Ríos, con idénticas expresiones de conmoción y cansancio. Dejé que mi mirada los recorriera antes de fijarla en un punto sin marcar en el horizonte.

No me arrepentía de ayudar a Mason a escapar.

No podía, no cuando Eric había amañado la pelea a su favor.

Y yo era muchas cosas, pero deshonrosa no era una de ellas.

—Como todos ustedes saben, no nos gustan los traidores —comenzó Eric, su voz silenció a la multitud al instante—. No importa quién sea el traidor, creemos que el castigo debe ser el mismo, y debe ser rápido para garantizar que no haya más daños.

La confusión se apoderó de la multitud.

—Lamento informarles a todos de que Mónica Ríos es una traidora —anunció Eric, ganándose unos cuantos gritos de sorpresa—. Hoy ha ayudado a escapar a nuestro enemigo y ha luchado contra los suyos. Como resultado, ha sido condenada a cincuenta latigazos.

El silencio se apoderó de la multitud.

Mantuve la cabeza alta y cuadré los hombros. Cuando me rompieron la camisa por la mitad y un viento frío me recorrió la espalda, no reaccioné. Se me hizo un nudo en la garganta, apreté los labios y esperé. Entonces oí el crujido de las botas contra el suelo y la familiar respiración agitada de Eric. Me clavé las uñas en las palmas de las manos y resistí el impulso de cerrar los ojos.

El primer latigazo fue fuerte e intrusivo, cortando el aire antes incluso de tocar mi piel. Me estremecí en cuando lo hizo, pero no me moví. Durante el segundo latigazo, sentí un hormigueo

en la piel y pequeños pinchazos de dolor empezaron a recorrer mis brazos. Aun así, los guardias me sujetaron mientras me daban los siguientes latigazos.

Cada músculo de mi cuerpo gritaba y dolía.

No obstante, ignoré todo y, más bien, pensé en Mason y en el derramamiento de sangre que habíamos detenido juntos.

El saber que estaba sano y salvo en su propia ciudad me reconfortó y me ayudó a soportar el dolor. Cuando llegaron al final de mi castigo, me había encerrado en mí misma para escapar del dolor. La sangre y el sudor resbalaban por mi espalda, manchando el suelo bajo mis pies. Cuando terminaron, los guardias me hicieron girar y uno de ellos me sujetó por la nuca.

Me escocían los ojos, pero no aparté la mirada de Eric.

Se paró frente a mí, con los ojos apretados y el rostro aún marcado por la furia.

—A partir de ahora, serás prisionera. Tu castigo por sabotear el plan de ataque es ser despojada de tu título, tu riqueza y tu libertad. ¿Tienes algo que decir en tu defensa?

Apreté los labios y no dije nada.

—Llévensela. —Eric dio un paso atrás e hizo un gesto a los guardias para que se marcharan. Mientras me llevaban, vi a Faye salir de detrás de la multitud y dirigirse hacia Eric. Lo último que vi antes de que me arrastraran de vuelta a la mansión fue a Faye acercando la boca al oído de Eric y susurrándole algo.

¿Qué tramaba ahora?

Capítulo 20

Mónica

Por segunda vez en pocas semanas, me arrojaron a una húmeda y oscura celda; esta vez bajo la mansión de Eric. Una vez de pie, me di la vuelta y vi cómo cerraban la puerta con un chirrido. Los guardias dieron un paso atrás, cruzaron los brazos sobre el pecho y me miraron.

Un par de pasos descendieron las escaleras, y Ben emergió con su armadura de combate y un extraño brillo en los ojos.

—¿Cómo pudiste, Mónica?

—Esto no es lo que parece —respondí, haciendo una pausa para enroscar los dedos alrededor de los barrotes de metal—. Tú me conoces.

—Te conocía —respondió Ben, ignorando a los otros hombres lobo que lo miraban fijamente—. La Mónica que yo conocía nunca se volvería contra su propia manada.

—Yo no traicioné a mi manada —insistí—. Conoces nuestro código de honor, Ben. Sabes cómo debemos comportarnos durante las negociaciones de paz.

Los otros hombres lobo se movieron y refunfuñaron.

—Hice lo que tenía que hacer —añadí en voz más baja—. Eric no luchaba limpiamente.

—A veces, en una guerra, no puedes permitirte el lujo de ser justo —me dijo Ben, sacudiendo la cabeza—. Lo sabes, y sabes que el código nos permite atacar si sospechamos que la otra manada tiene motivos ocultos.

—No había motivos ocultos. —Agarré los barrotes con más fuerza

—Eso no lo sabes —señaló Ben, una sombra se posó en su rostro—. ¿Cuándo te convertiste en espía?

Hice un leve ruido de disgusto y solté los barrotes. A mi alrededor, la celda se inclinó y se desenfocó. Me llevé dos dedos a las sienes y los froté con movimientos lentos y circulares. Cuando todo volvió a estar enfocado, volví a mirar a Ben, que ahora era el único guardia que permanecía fuera de mi prisión. Volví la vista a mi celda y me detuve en la ventana, a unos metros del suelo.

Estaba demasiado alto como para alcanzar los barrotes, pero eso no significaba que no fuera a intentar escapar.

Tenía que hacerlo.

—No soy una espía, Ben —dije sin mirarlo—. Sé que ahora lo parece, pero sé lo que pasó realmente en esa habitación.

—¿Por eso te sentaste con nosotros el otro día? Porque querías ver lo que sabíamos.

Me giré para mirar a Ben y fruncí el ceño en su dirección.

—Me conoces mejor que eso. Vamos, Ben. No dejes que sus opiniones te influyan. ¿Qué dice tu instinto?

—No importa lo que digan mis instintos. —La expresión de Ben se endureció—. Todo apunta a que eres una espía. Me pregunto desde cuándo eres espía. ¿Sucedió mientras estabas en Burns? ¿O mucho antes?

—No soy una espía —repetí, esta vez más alto—. Usa tu sentido común.

Ben se acercó a los barrotes metálicos y me estudió.

—Faye le está diciendo a todo el mundo que eras la sirvienta personal de Mason mientras los tenían a todos como prisioneros.

—Es cierto. —Di un paso atrás y cerré los puños a los lados.

—¿Cómo te convirtió? ¿Cómo te convenció de traicionar a tu propia manada?

Sostuve la mirada de Ben y negué con la cabeza.

—Mírame, Ben. ¿Parezco una espía?

Ben hizo un ruido sordo con la garganta y dio un paso atrás.

—Debe de haberte prometido algo. ¿Tierras? ¿Dinero? ¿De qué se trata? ¿Cuál es el precio de un traidor en estos días?

—¿Para eso has venido? —Crucé los brazos sobre el pecho—. Si no vas a escucharme, ¿para qué me haces todas estas preguntas?

—Porque quiero saber la verdad. —A la luz mortecina del sol, estudié al omega, con su pequeño y delgado cuerpo rígido, y capté un destello de incertidumbre en sus ojos antes de que lo disipara. Se irguió más y me miró sin comprender.

—No creo que quieras saber la verdad. —Desplegué los brazos y los dejé caer a los lados—. Quieres una narrativa que puedas entender, y simplemente no puedes aceptar que no traicioné a Ríos. Hice lo correcto.

O al menos lo había intentado.

Ahora, probablemente iba a pagarlo con mi vida porque no podía imaginarme a Eric liberándome, y mucho menos perdonándome por lo que había hecho.

—Faye está diciendo a todo el mundo que algo pasa entre tú y Mason, que tuvieron una aventura todo el tiempo que estuvieron en Burns, y él solo te pidió como su sirvienta personal para encubrir la verdad.

—Eso es mentira. —Se me secó la garganta.

—¿Ah, sí? —Ben enarcó una ceja—. Vi cómo mirabas a Mason.

—No me gusta —mentí—. Pero no iba a dejar que lo masacraran así. Vamos, Ben. Te conozco.

Ben apretó los labios en una fina línea blanca.

Sin pronunciar palabra, me dio la espalda y subió las escaleras, cerrando la puerta tras de sí. Se encendió una luz tenue que daba al sótano un brillo extraño e inquietante. Eché un vistazo a las celdas vacías que tenía a ambos lados e inhalé. Al exhalar, las fuerzas abandonaron mi cuerpo y me desplomé en el suelo.

Me pasé toda la noche mirando por la ventana y escuchando cualquier ruido extraño. Por la

mañana, los gruñidos de mi estómago me hicieron incorporarme con una mueca de dolor. En cuanto me toqué las cicatrices de la espalda, me invadió un dolor punzante.

Eric se había asegurado de que los latigazos cortaran profundamente para retrasar el proceso de cicatrización.

Con el ceño fruncido, volví a tumbarme en el suelo y apoyé la espalda contra la pared, lo que me impedía ver las escaleras que conducían a la puerta principal. Durante el resto del día, me quedé solo a merced de mis propios pensamientos.

A mediodía, empecé a preguntarme si había tomado la decisión equivocada.

Mason ni siquiera había pensado dos veces en ponerme en el punto de mira.

¿Por qué clase de hombre había arriesgado mi vida, mi lealtad y todo lo que era?

¿Era demasiado tarde para retractarme?

Conociendo a Eric, sabía que no era probable que me perdonara sin una prueba previa de mi arrepentimiento. Como estaba encerrada en una celda fría y húmeda, sin comida, sin agua y sin nada en lo que pensar, tenía tiempo de sobra para pensar en una alternativa. Por desgracia, cuanto más tiempo pasaba allí sentada, con mis punzadas de hambre, el dolor de cabeza en la nuca y los agudos pinchazos de dolor que me subían y bajaban por la columna vertebral, peor me sentía por todo.

Al anochecer, casi me había convencido de que no había vuelta atrás.

No podía hacer nada para redimirme ni convencer a Eric de que me había vuelto loca. Una y otra vez, pensé en el problema con la esperanza de encontrar una solución diferente, pero no pude. Cuando me levanté para estirar los brazos por encima de la cabeza, vi la luna en forma de media luna en medio de un cielo sin estrellas y recé.

Dejé caer las manos a los lados y la miré fijamente, deseando que me diera respuestas.

Entonces oí a los lobos aullar a lo lejos y se me erizaron los pelos de la nuca. Durante un rato me quedé allí, de espaldas a los barrotes y con los dedos entrelazados. Aunque no tenía ni idea de a quién rezar ni de si era demasiado tarde para buscar un camino diferente, incliné la cabeza de todos modos.

¿Acaso ese iba a ser mi castigo? ¿Dejar que me pudriera hasta que no fuera más que piel y huesos?

Era una muerte lenta y dolorosa, y parecía el tipo de cosa que Eric sancionaría. Dado lo peligrosa que era la manada Burns y la influencia de Eric sobre el Consejo de Ancianos, no dudaba de que encontraría la forma de darle la vuelta a la historia. Probablemente, ya había encontrado una manera de hacer que pareciera que había descubierto el complot secreto de Mason y que solo estaba reaccionando por ello. A estas alturas, todo Ríos sabría que yo era una traidora, y sería tratada como tal.

Si es que me perdonaban la vida.

Había pasado de ser una huérfana que nadie quería al proyecto paralelo de Ned, luego la guerrera más feroz de Ríos, y finalmente esto. Era una vergüenza para el nombre de Ríos y una traidora para mi manada, y ninguna súplica o buena intención cambiaría eso. Ni siquiera el hecho de haber arriesgado mi vida por mi compañero me hacía sentir mejor.

Porque me había abandonado igual que mi manada.

Y no podía culparlo.

Quedarse habría significado un destino peor para Mason, y yo lo conocía lo suficiente como para saber que no pondría en peligro a su manada dejándolos sin alfa.

Ni siquiera por mi bien.

Pasé la mitad de la noche dando vueltas y el resto dormitando con la espalda apoyada en la pared y las rodillas pegadas al pecho. El segundo día de mi encarcelamiento y mi segunda mañana sin comer, oí crujir la puerta al abrirse. Emitió un gemido grave y oí pasos.

Entonces apareció Faye con unos cuantos guardias blindados a cuestas.

Su vestido dorado crujía y se agitaba con cada movimiento. Se detuvo al pie de la escalera y miró por encima del hombro. Los guardias permanecieron inmóviles mientras ella se acercaba a mí. Con una sonrisa, sacó una barra de pan de su espalda.

Se me hizo la boca agua al verlo.

—¿Qué quieres?

—No deberías estar aquí, Mónica —me dijo Faye frunciendo el ceño—. Sé que puedo convencer a Eric de que te deje salir si me cuentas qué ha pasado. ¿Qué pasó para que te volvieras contra Ríos? ¿Qué te hizo Mason cuando eras su sirvienta?

—Él no me hizo nada —le dije apretando los dientes—. Él no tiene nada que ver con esto. Eric no debería haber intentado atacar a Mason durante las negociaciones de paz. Está mal.

Faye suspiró y se acercó más, apretando la cara contra los barrotes metálicos.

—Oh, Mónica, no seas tan ingenua.

—¿Qué haces aquí, Faye? No vas a sacarme ninguna información útil, así que mejor vete.

—Eres mi amiga. Yo...

—Deja de fingir —espeté, haciendo una pausa para pasarme una mano por la cara—. Sé que te has estado acostando con Eric y que lo has utilizado para ganarte el favor de los demás hombres lobo. Usaste tu influencia sobre Eric para castigar a Rita.

La expresión de Faye se endureció.

—No sabes de lo que estás hablando.

Miré a los guardias y luego a ella.

—Puede ser, pero sé que te inventaste esa historia de que Rita se le echó encima a Eric solo para tener un motivo para castigarla.

—Cállate —gruñó Faye antes de enseñarme los dientes—. No se me hablará de esa manera.

—¿O qué? ¿Me castigarás a mí también? Adelante, Faye. Haz lo peor que puedas.

Con un gruñido, Faye tiró la barra de pan al suelo y frunció el ceño. Luego se marchó dando pisotones, con un alboroto de colores y movimientos, mientras los guardias se apresuraban a seguirla. Cuando me aseguré de que se habían ido, me arrodillé y me arrastré hasta los barrotes. Con toda mi energía, saqué la mano y gruñí hasta que mis dedos rozaron la punta del pan.

Cuando el pan se inclinó hacia un lado, lo acerqué y miré por encima de mis hombros.

Arranqué un trocito de pan, me lo llevé a la nariz e inhalé.

Por el rabillo del ojo, vi una pequeña mancha de luz que formaba un círculo en el suelo. Después de meterme la mitad del pan en la boca, me volví hacia la luz y fruncí el ceño.

¿Qué estaba pasando?

Capítulo 21

Mónica

Con dedos temblorosos, engullí el resto del pan y me froté las manos en el dorso de los vaqueros. Luego di un paso adelante y me agaché frente al círculo, tocando el suelo con dos dedos. Con los ojos, seguí la mancha de luz y parpadeé, la luz me cegó momentáneamente.

Una vez que mis ojos se adaptaron, me puse más erguida y avancé sigilosamente hacia la luz. Tras echar un rápido vistazo por encima de los hombros, me detuve frente a la pared y estudié los azulejos. Con la respiración entrecortada, recorrí las baldosas lenta y cuidadosamente, como si fueran de cristal. Cuando encontré la baldosa de la que procedía la luz, fruncí el ceño. Luego eché otro vistazo rápido por encima de los hombros y se me aceleró el pulso.

¿Era algún tipo de truco?

Con las dos manos, resoplé y gruñí, tirando de la baldosa suelta hasta que cedió con un fuerte sonido de arañazo. Cayó al suelo con un golpe sordo, y yo me apresuré a saltar delante de ella y a pisotear el polvo. Cuando miré hacia la puerta y vi que nadie había venido a investigar el origen del ruido, respiré aliviada.

Lentamente, me arrodillé frente a la baldosa y la acerqué a la luz.

Aunque la baldosa en sí no era nada especial, hecha de cemento, empecé a preguntarme por qué se había deshecho, para empezar. Con un suspiro, volví a dejar la baldosa en el suelo tras otra inspección minuciosa y me acerqué al agujero de la pared. Luego, metí el dedo en el agujero en forma de baldosa, rebusqué y escuché el sonido de pasos. Justo cuando estaba a punto de rendirme y retirar la mano, mis dedos se cerraron en torno a un material grueso.

Fruncí el ceño, cerré los dedos y tiré.

Entonces di un paso adelante y expuse mis hallazgos a la luz, sorprendiéndome al encontrar en mis manos unos cuantos jirones de tela marrón. Pasé los dedos por los bordes ásperos mientras

mi mente daba vueltas y vueltas a las posibilidades.

¿Cuánto tiempo llevaba aquí?

¿Y por qué no lo había quitado ninguno de los guardias?

Por el olor y el estado de las cosas, las mazmorras bajo la mansión del alfa se mantenían bastante limpias. Había electricidad, el sonido de las cañerías en algún lugar a lo lejos, y el fuerte olor a desinfectante se filtraba por las paredes y todos los rincones de la habitación.

Desdoblé el primer trozo de tela con el mayor cuidado posible y lo puse al trasluz. Entrecerré los ojos e intenté descifrar la letra, al principio ininteligible, pero que iba cobrando sentido a medida que avanzaba. Poco a poco, empecé a distinguir la voz de una persona que habla consigo misma para no volverse loca.

¿Era eso lo que le hacía a la gente estar encerrada en este lugar?

No sé cuánto tiempo hace que no estoy aquí. Intento marcar con las uñas el paso del tiempo en las paredes, pero no puedo hacerlo sin llamar demasiado la atención. Por ahora, a los guardias no parece importarles. Lo único que les importa es asegurarse de quedar bien delante del alfa.

El alfa que me puso aquí, para empezar.

Por la noche, sueño con lo primero que haría si saliera.

Ni siquiera sé si querría vengarme o no.

Lo único que sé es que echo de menos el calor del sol en la cara y la sensación del viento en el pelo, y echo de menos poder dormir en un colchón suave y limpio con una manta calentita que me cubra todo el cuerpo. Nunca pensé que echaría de menos ninguna de esas cosas.

Las comodidades más básicas de la vida me parecen ahora un lujo.

Sobre todo, mientras me marchito en esta mazmorra y escucho cómo la vida continúa sin mí arriba. De vez en cuando, incluso oigo a los otros hombres lobo celebrando, brindando mientras el olor a especias perdura en el aire.

No tienen ni idea de que estoy aquí abajo, ¿o sí?

Creo que no les importa mucho.

Para ellos no soy nadie, pero no puedo olvidar. No puedo dejar que el tiempo aquí se coma mis recuerdos. Pueden tener todo lo demás, pero no eso.

Eso no.

La puerta de la mazmorra se abrió de golpe y oí pasos arrastrando los pies escaleras abajo. El corazón me saltó a la garganta cuando las tiras de tela cayeron al suelo con un aleteo. Con manos temblorosas y sudorosas, recogí el azulejo y lo llevé hasta la pared. Con la poca energía que pude reunir, volví a colocarlo en su sitio y me dejé caer sobre el suelo.

De rodillas, me metí los trozos de tela en la camisa y en los pantalones. Cuando el guardia llegó

al final de la escalera, me había hecho un ovillo y estaba de espaldas a él. El corazón me latía con fuerza contra el pecho y estaba segura de que toda la mansión podía oírlo.

Estaba bastante segura de que podían oírlo hasta en Burns.

Por suerte, el guardia parecía no darse cuenta mientras se acercaba a los barrotes metálicos y le daba un fuerte tirón. Gruñó algo en voz baja. De mala gana, arqueé el cuello por encima de los hombros y le dirigí una mirada sombría. El guardia, alto, ancho de hombros y moreno, me estudió desde la coronilla hasta la punta de los pies.

Sin previo aviso, soltó los barrotes y se dirigió al rincón de la habitación donde había una pequeña mesa y una silla. Con una exhalación, se sentó, estiró las piernas hacia delante y se rascó la barbilla. Luego cruzó los brazos sobre el pecho, me miró con sus ojos amarillos y entrecerró los ojos.

Fingí bostezar y dejé caer la cabeza hacia delante, de modo que quedé de cara a la pared.

Un pequeño temblor me recorrió cuando vi otra pequeña mancha de luz que formaba un círculo a centímetros de donde yo estaba. Contuve la respiración y pasaron unos largos segundos, pero el guardia no se dio cuenta de nada. Cuando estuve segura de que no iba a sacarme a rastras para interrogarme, respiré hondo y me arrastré hasta donde estaba mi manta.

Sin mirar al guardia, me tapé con la manta hasta las rodillas y estiré las piernas. Luego cerré los ojos y conté hacia atrás dentro de mi cabeza. El guardia permaneció sentado el resto de la tarde y hasta bien entrada la noche, y solo se levantó para recoger un plato de comida y una botella de agua de otro guardia que se reunió con él en la puerta.

Me pasé todo el tiempo observándolo.

Y esperando que no se interesara demasiado por mí.

A estas alturas, mi corazón se había ralentizado considerablemente y ya no sudaba visiblemente. Sin embargo, el olor de mi miedo e incertidumbre llenaba la habitación con la misma seguridad que los sonoros eructos del guardia y su sopa de papas. Cuando los suaves ronquidos del guardia llenaron la habitación, me puse de pie y me acerqué sigilosamente a los barrotes metálicos.

Apreté la cara entre ellas y me quedé mirando al guardia, que estaba desplomado contra la silla, con la boca entreabierta y la mitad del estofado sin tocar. El estómago me gruñó al verlo, pero lo

ignoré y empecé a caminar por la celda. Una y otra vez le di vueltas al contenido de la carta, tratando de encontrarle sentido.

Pero nada encajaba.

Y seguir dándole vueltas me daba dolor de cabeza.

Cuando volví a sentarme en el frío e irregular suelo, apoyé la espalda contra la pared y me llevé las rodillas al pecho. Seguí cabeceando mientras permanecía sentada en aquella incómoda posición, que me permitía ver al guardia sin obstáculos. Fuera, oí a los lobos aullar a la luna, y algo dentro de mí se marchitó y murió.

Por la mañana, me desperté de un sobresalto y me detuve antes de caer hacia delante y chocar contra el suelo. Me pasé una mano por la cara con el dorso de la mano y bostecé. Parpadeé y esperé a que mi vista volviera a enfocarse. En cuanto lo hice y me di cuenta de que el guardia había desaparecido, se me deshicieron algunos nudos del estómago.

Saqué las tiras de tela y me lamí los labios resecos.

La siguiente entrada databa de hacía más de veinte años, y era el mismo narrador intentando recordar que no debía olvidar. Cuando llegué al final de la cuarta entrada, el martilleo en la parte posterior de mi cráneo había crecido, y las punzadas de hambre en mi estómago amenazaban con enterrarme viva.

Con las piernas temblorosas, me levanté y me agarré a los barrotes metálicos.

Cuando llamé con voz extraña y ronca, nadie respondió.

Con un gruñido, volví a tumbarme en el suelo y apoyé la cabeza en las rodillas. Allí sentada, entrando y saliendo de la realidad, pensé en Mason y en si había tomado o no la decisión correcta. Como no había sido más que justo y amable, y conocía el código de los hombres lobo como la palma de mi mano, quería creer que había tomado la decisión correcta.

Por desgracia, quedarme sola en la celda empezaba a hacerme dudar de mí misma y de mi juicio.

¿Había interferido cuando no debía?

¿Había depositado demasiada fe en un hombre lobo al que solo conocía de unas semanas antes que en mi propia manada?

¿En qué estaba pensando?

No podía deshacerme de la sensación de que había hecho algo malo, de que al elegir perdonarle la vida a Mason como él me la había perdonado a mí y a los demás prisioneros, había cometido un terrible, terrible error. Mason podría haber sido mi compañero y alguien que me había mostrado bondad, pero seguía siendo un enemigo jurado de los Ríos.

Y yo seguía siendo una Ríos.

Yo era la misma mujer lobo a la que habían encontrado al borde de una calle hecha jirones, rebuscando en los cubos de basura y evitando la mirada de todo el mundo. Aún recordaba lo que había sentido cuando Ned me había mirado y, en lugar de ver a la mujer lobo huérfana medio loca que todos evitaban como a la peste, había visto algo que merecía la pena salvar.

Y le había devuelto su amabilidad traicionándolo a él y a todo lo que representaba.

¿Cómo pude hacerle eso a Ned?

Me había sacado de la calle y me había dado un hogar y un propósito.

No podía permitirme olvidarlo, ni por Mason ni por nadie.

Mientras los párpados se me hacían pesados, repasaba el tiempo que pasé junto a Mason, desde ser su esclava personal hasta luchar codo con codo para garantizar su seguridad. En lugar de reconfortarme y consolarme, me sentía más confusa y ansiosa que nunca.

No pasó mucho tiempo antes de que la oscuridad se alzara para saludarme, y la recibí con los brazos abiertos.

Capítulo 22

Mónica

Al día siguiente, volví en mí y encontré al guardia de siempre en su mesa y a otro más bajo, con mechones de tierra en el pelo y una mueca de desprecio que me dejó mal sabor en la boca. Ignoré a ambos mientras agachaban la cabeza y cuchicheaban. Mientras me observaban, recorrí toda la celda para quitarme la rigidez.

¿Cuánto tiempo llevaba aquí?

Parecía que había pasado toda una vida desde que Faye vino a visitarme y la delaté ante los demás guardias, y aún más desde que me obligaron a ponerme de rodillas y azotarme a la vista de la manada Ríos. Ya debían de estar circulando las historias sobre mi relación con Mason y su manada.

Solo que no me importaba lo que se decía.

¿Qué importaba si iba a pudrirme en la celda yo sola, sin que nadie se diera cuenta ni le importara que me hubiera ido?

¿Sentiría Mason el vacío que dejó mi ausencia?

Suspiré, dejé de caminar y me metí las manos en los bolsillos. El guardia más bajo se levantó y trajo un plato de comida y dos cubos. Sin mediar palabra, los metió entre los barrotes, derramando parte del agua por el suelo. Con toda la dignidad que pude reunir, me agaché y junté ambas manos para recoger el agua.

Todavía tenía la garganta seca cuando terminé.

Casi me rompo un diente al morder el pan duro, y el olor del queso de hacía días me revolvía el estómago, pero no me importó. Me obligué a engullirlo todo, sabiendo que necesitaba toda la energía posible. Teniendo en cuenta que era la primera vez que me daban algo de comer en días,

no estaba dispuesta a rechazarlo. Cuando terminé, me quité las migas de la ropa y miré a los guardias.

Ambos estaban ya profundamente dormidos y roncaban.

El sonido era extrañamente reconfortante, dejé los cubos y el plato a un lado y me acerqué a la ventana. Utilizando la poca luz que se filtraba por las grietas de las baldosas, levanté otro trozo de tela y lo hojeé. La vista se me nublabá y se me desenfocaba, pero pude distinguir lo suficiente como para determinar que el narrador era un prisionero de guerra.

De Burns, para ser exactos.

Al darme cuenta, un escalofrío me recorrió la espalda.

Con letra pequeña y descuidada, el guerrero detallaba cómo los habían encerrado en la celda durante días enteros, sin comida ni agua, y los habían dejado marchitarse, parcialmente locos de agotamiento. Luego, cuando estaban a punto de morir, el alfa había ordenado que les dieran suficiente comida y agua para dejarlos gimiendo y enfermos durante días.

En las raras ocasiones en que no se los ignoraba, se los sacaba al patio de la mansión, se los desnudaba de cintura para arriba y se los castigaba. Muchos de ellos eran azotados con el único propósito de entretener al alfa, un lobo frío y duro sin un atisbo de emoción en los ojos.

Temerosos de olvidar el pasado, los guerreros se quedaban despiertos cuando los guardias dormían y se susurraban historias sobre la vida que llevaban en Ríos y el tipo de personas que eran antes de convertirse en prisioneros. Me hundí en el suelo mientras leía sus historias, con lágrimas quemándome el fondo de los ojos.

No podía creer el tormento y la humillación que habían sufrido a manos de Ríos, de los que nunca había oído hablar. Mientras los ronquidos de los guardias llenaban la habitación, seguí leyendo, horrorizada por todo lo que estos guerreros habían soportado y todo por el perverso entretenimiento de la manada.

Por mi vida, no podía entenderlo.

Nada de lo que decían encajaba con lo que yo sabía de los Ríos como una manada amable y cariñosa que me había acogido cuando no tenía a nadie. A mediodía, seguía leyendo y los guardias estaban profundamente dormidos cuando me incorporé. El corazón me latía con fuerza

contra los oídos cuando volví a leer la entrada, dándome cuenta de que era una fecha de nacimiento y la descripción exacta de un bebé de pelo negro, ojos negros y rasgos faciales distintivos en forma de nariz pequeña y ojos almendrados.

Hasta que no llegué a la última descripción no me di cuenta de por qué se me aceleraba el corazón. La característica que definía a la niña era un lunar rojo en el centro de su brazo derecho. Se me subió la bilis al fondo de la garganta cuando levanté mi propio brazo y estudié el lunar que brillaba bajo las diminutas rendijas de luz que entraban.

El bebé parecía exactamente como yo.

En mi cuarta lectura de la descripción, ya me apresuraba a encontrar una explicación plausible cuando me detuve en la fecha. De repente, volví a arrodillarme y a contar los días con voz grave y fervorosa. Luego eché la cabeza hacia atrás, dejé caer la mano a un lado y tragué saliva.

Yo era la bebé de la entrada.

Toda mi vida me habían dicho que me habían encontrado en medio de un callejón, abandonado y hecha jirones, solo para que me rescatara el gran y poderoso Ned Ríos. Poco a poco, empecé a darme cuenta de que todo había sido mentira y de que, después de todo, mis padres no me habían abandonado. Mis padres, Harrison y Selena Burns habían sido ambos prisioneros de guerra conducidos aquí tras una terrible pelea contra Ríos.

En otra entrada, los dos describían el fatídico día en que habían sido capturados, cómo habían dado sus vidas para proteger al hijo del alfa y cómo no se arrepentían de todo lo que los había llevado hasta aquí. Hasta que habían sido encarcelados en la mazmorra del alfa y, tras días de tortura, mi madre se había dado cuenta de que estaba embarazada.

Me estremecí al pensar lo que debió de ser para ella.

No podía ni imaginarme la desesperación y la consternación que debió de sentir al estar encerrada aquí día tras día. En algún momento, me tiré al suelo, metí las piernas debajo de mí y seguí leyendo, con las lágrimas cayendo por mis mejillas.

¿Cómo habían podido ser tan crueles los Ríos?

¿Por qué nadie me había dicho nunca la verdad?

Toda mi vida había luchado por encontrar respuestas y rellenar los huecos con la imaginación.

Ahora que por fin tenía la verdad en la palma de la mano, ya no estaba segura de quererla. Al contrario, lo único que quería era volver a meter las tiras de tela donde las había encontrado, hacerme un ovillo y olvidar todo lo que acababa de leer.

Pero sabía que no podía.

Cada miedo, cada duda, cada palabra de rabia reverberaban dentro de mi cabeza hasta que mis hombros empezaron a temblar. Tras echar un rápido vistazo por encima de los hombros a los guardias dormidos, estiré las piernas hacia delante y exhalé un suspiro. Luego me pasé una mano por la cara y con la otra sujeté las tiras a la luz.

Cuando se me pasaron las lágrimas, estaba en mi décima relectura de la entrada, y todo me dolía. Me dolía hasta la última punta del cuerpo, como si hubiera estado vagando por un desierto frío y solitario, sin final a la vista. Tenía la garganta seca y el martilleo en la cabeza no había hecho más que empeorar, pero al menos no estaba abandonada a merced de mis pensamientos.

Estaba extrañamente agradecida por los guardias que dormían a unos metros de mí.

Independientemente de lo que sintiera por ellos, al menos sabía que no estaba sola.

A diferencia de mis padres.

Aunque no podía determinar cuánto tiempo los habían tenido prisioneros ni con qué frecuencia los habían torturado por su papel en la batalla contra Ríos, sí sabía que el tiempo se movía de forma diferente en las mazmorras. Llevaba allí solo unos días y ya estaba perdiendo el control de la realidad, y el fuerte dominio que tenía se hacía cada vez más débil con el paso de los días.

¿Iba a perder la cabeza aquí abajo?

Algún tiempo después, cuando la luz empezó a apagarse y el mundo exterior cambió de un amarillo brillante a un púrpura tenue, leí la última entrada. Describía, con demasiado detalle, los acontecimientos que condujeron a mi nacimiento, incluido el hecho de que mi madre estaba siendo torturada el mismo día en que yo llegué. Una y otra vez, la imaginé acurrucada sobre sí misma, usando su cuerpo para protegerme, y eso hizo que mi corazón se hiciera pedazos de nuevo.

Cuando nací, mi padre había estado muy preocupado y mi madre débil por la pérdida de sangre. Solo había podido pasar unos momentos con mis padres, en los que se maravillaron de mí, antes

de que Ned me arrebatara.

El diario continuaba explicando cómo me habían arrancado de mi madre y cómo mis padres habían luchado con uñas y dientes para acabar con los guardias. Desgraciadamente, entre el estado de debilidad de mi madre y la preocupación de mi padre, ninguno había sido lo suficiente fuerte como para prevalecer.

Ned fue pintado entonces como un alfa cruel y bárbaro que me había echado a la calle solo para hacer sufrir a mis padres. Me llevé las manos a la boca y reprimí un grito ahogado, rebuscando en mis recuerdos. Aunque no tenía ni idea de por qué Ned llegaría a tales extremos para torturar a sus prisioneros, también coincidía con todo lo que había descubierto hasta entonces.

El alfa que me había tomado bajo su protección y me había tratado como a una de los suyos me había estado utilizando. Toda mi vida se había construido sobre una mentira y se había basado en una estratagema para favorecer los intereses de los Ríos. Por primera vez en mi vida, comprendí por fin por qué siempre había estado en las afueras, sin sentir nunca que realmente pertenecía a Ríos.

Porque todo el tiempo me habían dicho que me habían abandonado.

Pero yo no era una Ríos. Nunca lo había sido, y el hecho me quemó, dejándome un mal sabor en la boca. De repente, me vi a mí misma como una niña pequeña, a la que enseñaban a odiar a los Burns y a la que daban todas las herramientas y todas las oportunidades posibles para luchar contra ellos, para hacerles pagar por todo lo que nos habían quitado.

Me habían convertido en un arma para usar contra mi propia manada.

Y yo había ejecutado bien mi papel.

Tan bien, de hecho, que nadie sospechaba quién era realmente.

Los guardias que habían estado apostados fuera de las mazmorras cuando mis padres eran prisioneros hacía tiempo que habían desaparecido, y a los que quedaban les pagaban bien por su silencio. Cuando repasé las entradas que quedaban y me di cuenta de que Ned solía traerme solo para mostrarles a mis padres lo que pretendía, me invadió una fuerte oleada de náuseas.

Todavía me lloraban los ojos y me ardía la garganta cuando llegué a la última entrada, llena de los deseos y sueños rotos de mi padre. Hablaba de sus temores de no volver a reunirse conmigo,

de no volver a ver la luz del día con su familia, antes de que la entrada se interrumpiera. Cuando me di cuenta de lo que había ocurrido a continuación, sentí escalofríos.

Mis padres habían sido torturados y abandonados a su suerte en esta prisión hasta su último aliento. Mientras tanto, yo siempre había estado a su alcance, pero nunca lo bastante cerca como para que volvieran a abrazarme, y esa idea no me gustaba nada. Tampoco el hecho de que había pasado toda mi vida idolatrando y sintiéndome agradecida al hombre que destruyó mi vida.

Y la de mi familia.

Ned Ríos era mucho más despreciable y calculador de lo que hubiera imaginado y, al darme cuenta, me puse en pie a trompicones y me agarré a los barrotes metálicos. El poco cansancio que sentía se esfumó ante mis nuevos conocimientos y el creciente horror de correr la misma suerte que mis padres.

¿De verdad se iba a repetir la historia?

¿O iba Eric a desviarse del guion para distinguirse como un alfa distinto?

¿Y por qué se esperaba que mi familia pagara el precio más alto?

Enrosqué los dedos alrededor de los barrotes metálicos y solté un gruñido bajo. Uno de los guardias dejó de roncar y se movió. La ira y el odio me invadieron, nublando mi juicio. Tuve la tentación de transformarme en lobo y arriesgarme con los guardias, luchando por salir a la parte principal de la mansión. Sin embargo, sabía que, aunque consiguiera salir de las mazmorras, nunca me dejarían entrar en la parte principal de la mansión.

Mucho menos lo suficientemente cerca como para ejecutar mi venganza.

Mis días de poder acercarme a Eric o a cualquiera de los ancianos menguaban, y con ellos mis posibilidades de vengar a mi familia. Con un leve movimiento de cabeza, solté los barrotes y retrocedí unos pasos. Luego recorrí toda la extensión de mi prisión, con las tiras de tela esparcidas por todo el suelo y solo pequeñas manchas de luz plateada que entraban por las grietas de la pared.

Finalmente, oí algunos pasos arrastrándose al final de la escalera. Apresuradamente, me arrodillé y recogí todas las tiras. Me temblaban las manos cuando las metí en el agujero y miré a mi alrededor en busca de la baldosa suelta. La encontré en el otro extremo de la celda, la recogí y la

volví a meter con un gruñido. La baldosa emitió un chirrido grave que me hizo mirar por encima de los hombros, con el corazón acelerado e inestable contra el pecho.

Poco después de colocar la baldosa en su sitio, los guardias se despertaron de un salto y se pusieron en pie. Me arrodillé y mantuve la mirada fija en el suelo. La voz familiar de Eric llenó la habitación y me clavé las uñas en las palmas de las manos. Luego di la espalda a los barrotes, me hice un ovillo y esperé.

Tal vez no necesitaba ir en busca de Eric después de todo.

Todo lo que tenía que hacer era convencerlo de que no era una amenaza, de que los secretos de la mazmorra no habían llegado hasta mí, y dejarlo hacer el resto.

Una vez que estuviera lo suficientemente cerca, iba a enseñarle de qué estaba hecha realmente Mónica Burns.

Capítulo 23

Mónica

Los momentos siguientes fueron tan largos que se sintieron interminables.

Cada segundo que Eric pasaba fuera de mi celda me parecía una tortura, como si me estuvieran poniendo a prueba de la peor manera posible. Utilizando cada gramo de energía y autocontrol del que disponía, continué tumbada, aferrándome al pensamiento de mis padres para consolarme. Me los imaginaba de pie a mi lado en un campo verde, bañados por la luz del sol y mirándose con cariño.

Entonces los vi volverse hacia mí, con idénticas expresiones de amor y dolor.

Cuando cerré los ojos, casi podía sentir el recuerdo de ellos en su celda, infundiéndome fuerza y paciencia. En cuanto la voz de Eric se alzó de nuevo, devolviéndome al presente con una sacudida, la imagen de ellos se desvaneció y me quedé con un nudo frío y duro en el centro del estómago.

Quería destrozar a sus enemigos.

Iba a hacerles pagar por lo que habían hecho a mi familia, aunque fuera lo último que hiciera. Fruncí el ceño y me retraje aún más, apretando los labios para calmar la respiración. Por encima de los latidos de mi corazón, oí a Eric hablar con los guardias, elogiándolos por vigilarme. El olor a sudor y colonia llegó hasta donde estaba tumbada en el suelo, rezando por un milagro.

Se me hizo un nudo en el estómago cuando un par de pasos se acercaron a la celda y se detuvieron. Pasó otro largo momento y la voz de Eric atravesó la niebla de ira y odio, devolviéndome a regañadientes al presente.

Solo que yo no tenía ningún interés en estar allí.

—Me niego a creer que la gran y poderosa Mónica ya haya sido derrotada —dijo Eric, alzando la

voz hacia el final—. No eres la clase de guerrera que creía que eras.

Aspiré con fuerza y conté hacia atrás en mi cabeza.

—Te he visto acabar con tus enemigos y te he visto triunfar sobre adversidades peores — continuó Eric—. Me cuesta creer que todo lo que hizo falta para ponerte de rodillas sea una mazmorra y algunos guardias.

El silencio se extendió entre nosotros.

Luego, se levantó un murmullo de voces.

—Sé que estás despierta, y sé que puedes oírme —añadió Eric, con la voz más tensa hacia el final—. No tengo tiempo para juegos, y creo que vas a querer oír lo que tengo que decir.

Desenrosqué las manos y arqueé el cuello por encima de los hombros.

—¿Qué?

En la penumbra, pude distinguir los rasgos duros de Eric, y vi la tirantez alrededor de sus ojos y su boca, y un pequeño atisbo de esperanza floreció dentro de mí. La esperanza se esfumó cuando la expresión de Eric se endureció.

¿Le había confiado Ned la verdad?

¿Estaba Eric imaginando lo que ocurrió en las mazmorras hace tantos años?

—¿Es esa forma de hablarle a tu alfa? —Eric agarró los barrotes y me enseñó los dientes—. Incluso como prisionera, todavía me debes un poco de respeto.

Me levanté despacio y me quité el polvo. Luego me llevé las manos a la espalda y me giré para mirarlo de frente. Ahora que me enfrentaba a él, armada con la verdad, Eric no era tan intimidante ni tan calculador como yo pensaba.

En cambio, todo lo que vi fue un lobito asustado, un peón en los juegos de otros.

—Lo siento. —Incliné la cabeza en su dirección y luego enderecé la espalda—. ¿Cómo te puedo ayudar?

—Mucho mejor. —Eric soltó los barrotes metálicos y se aclaró la garganta—. Voy a darte la

oportunidad de expiar tus pecados.

Parpadeé y lo miré fijamente.

—¿Qué quieres decir?

Eric hizo un gesto a los guardias y uno de ellos se adelantó con la llave en la mano. La introdujo en la cerradura y esta giró con un sonoro chasquido. La puerta crujió cuando el guardia la abrió y esperó. Di dos pasos hacia adelante y luego esperé.

—Vas a ser liberada, y en unos días, una vez que hayas tenido la oportunidad de descansar y recuperar fuerzas, se espera que luches.

—¿Luchar?

—Ríos y Burns están otra vez en guerra —me dijo Eric encogiéndose de hombros—. Ya que nuestro plan fue frustrado, le debes a Ríos ver esto hasta el final.

—¿Sí? —Entrelacé mis dedos detrás de mi espalda.

Eric asintió, una miríada de emociones danzando por su rostro.

—Ya que nos impediste acabar con la guerra matando a Mason, ahora tienes la tarea de matarlo a él.

Me sentí como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

Pero no me sorprendió que mi libertad tuviera un precio o una condición. Solo me molestaba no haber sido capaz de averiguarlo por mí misma.

—Cuando nos enfrentemos a Burns en el campo de batalla, tu tarea es encontrar a Mason y matarlo tú misma, y me traerás pruebas cuando hayas terminado.

—¿Quieres que te traiga de vuelta su cabeza?

—Nada tan dramático, pero servirá —dijo Eric con una mueca.

Eché un vistazo a los cuatro guardias presentes, observando la rigidez con la que se mantenían y cómo rechazaban el contacto visual.

—¿Y cómo sabes que no me negaré a cooperar? Una vez en el campo de batalla, puede pasar cualquier cosa.

Eric dio un paso adelante, la luz de la luna resaltando sus duros rasgos.

—Porque sabes lo que te juegas si vuelves a traicionarme. A cambio de tu cooperación, recibirás tu libertad, un nuevo título y dinero.

Fruncí el ceño.

—¿Estás tratando de sobornarme para que te ayude?

—He descubierto que el incentivo es la clave del éxito —me dijo Eric, con sus ojos recorriendo mi cara con constancia—. Nada hace que la gente se esfuerce más que cuando está motivada, y para la huérfana que nunca ha tenido familia ni nada a su nombre, ¿qué mejor manera de asegurarse tu lealtad que ofrecerte algo que desees?

—No sabes lo que quiero —respondí apretando los dientes—. No sabes nada de mí.

—Todo lobo quiere pertenecer a algún sitio —respondió Eric—. Tú no eres una excepción, Mónica. Ser una guerrera no borra esa necesidad. Está en nuestra sangre.

Mis ojos recorrieron la celda antes de volver a mirar a Eric. Di unos pasos más y me quedé en la puerta de la celda, con el pulso martilleándome en las venas. Tras una larga pausa, salí de la celda por primera vez en días, y un destello de inquietud me recorrió.

Los guardias tocaban las armas ocultas bajo sus ropas.

Todos me miraban con recelo y con razón.

No me habían elegido como la primera guerrera de Ríos sin razón.

—Te estás arriesgando mucho —señalé, mirando a Eric con atención—. Ya te impedí matar a Mason una vez.

—Soy muy consciente de tus sentimientos por Mason Burns —resopló Eric.

—¿En serio? —El corazón me dio un vuelco.

—Estás enamorada de él. Faye fue lo suficientemente observadora como para ser capaz de unir

las piezas, y una vez que lo hizo, todo lo demás encajó. Dejaste que se metiera en tu piel mientras estabas cautiva, y permitiste que te influyera.

—No puedo garantizar que no volveré a dejarme llevar. —Me lamí los labios reseco.

Y tenía poco que ver con mis sentimientos por Mason y más con darme cuenta de la verdad sobre la manada que había creído mía.

Mason, siendo mi compañero, tuvo poco que ver con mi decisión.

—Sé que lucharás —me dijo Eric, su expresión se volvió seria—. Nunca he visto un guerrero más dedicado ni más feroz en el campo de batalla, y sé que, si tienes dudas, pensarás en Ned.

—¿Por qué iba a pensar en Ned? —Me tensé.

—Porque te sacó de la oscuridad. Porque, gracias a nuestro alfa anterior, dejaste de ser una huérfana cualquiera, sino una huérfana con un propósito. Si no fuera por él y su generosidad, nunca habrías sobrevivido, y no te habrían enseñado a ser una guerrera.

—Lo sé —exhalé.

Por mucho que odiara admitirlo, tenía una deuda con Ned por convertirme en lo que era.

—Se te está dando la oportunidad de empezar de nuevo y servir fielmente a la manada Ríos —reveló Eric, levantando la barbilla—. Sé que no desperdiciarás la oportunidad y que la reconocerás como lo que es. No tengo por costumbre dar segundas oportunidades, Mónica. No hagas que me arrepienta.

De lo contrario, iba a acabar volviendo a las mazmorras por segunda vez.

Me aclaré la garganta.

—Agradezco la oportunidad de probarme a mí misma y mostrar a todos la clase de guerrera que soy.

—Sabía que lo harías. —La boca de Eric se abrió en una sonrisa—. Una vez guerrero de Ríos, siempre guerrero de Ríos. Faye y yo teníamos la sensación de que ibas a ver la oportunidad por lo que realmente era.

Una oportunidad para quemarlos a todos hasta los cimientos.

—Por supuesto —asentí con la cabeza—. Aprecio tu fe y tu confianza en mí, y te agradezco de verdad que me hayas dado una segunda oportunidad para hacer las cosas bien.

La sonrisa de Eric se hizo más amplia y siniestra.

—Bien. No puedo esperar a ver la cara de Mason cuando se dé cuenta de lo que le tenemos preparado.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Te unirás a la batalla?

—No me lo perdería por nada del mundo. —Eric se metió ambas manos en los bolsillos—. Es mi oportunidad de ver cómo la manada Burns es desmantelada por su propia arrogancia e ingenuidad.

Apreté los labios y no dije nada.

Luego, Eric se acercó y su mano se extendió hacia la mía antes de que pudiera detenerlo.

—Sé que no será fácil dejar de lado tus propios sentimientos, pero tengo fe en que harás lo correcto en lo que respecta a Ríos.

La culpa se agitó en el centro de mi estómago.

¿Había hecho lo correcto al decidir dejar a Ríos vulnerable para poder vengarme?

¿Eliminar a Eric y Faye me haría sentir mejor respecto de todo?

No iba a traer de vuelta a mis padres, nada de lo que hiciera lo haría, y no iba a cambiar nada de lo que había pasado hasta ese momento. Ni siquiera estaba segura de que fuera a detener la animosidad entre las dos manadas, pero sí sabía que iba a culparme por no haberlo intentado. De todos los escenarios que imaginaba, llevarme mis secretos a la tumba no era uno de ellos.

De un modo u otro, la muerte de mis padres debía ser vengada.

Y si eso significaba dejar a Ríos sin un alfa competente, que así fuera. Teniendo en cuenta que no tenía intención de ir tras los ancianos o el siguiente alfa que tuvieran en línea, estaba segura

de que Ríos podría encontrar una forma de salir del embrollo.

Porque no tenía intención de hacer pagar a toda la manada por los errores de un hombre.

Todo lo que necesitaba era trazar un plan para acabar con Eric, Faye y cualquiera que supusiera una amenaza sin poner en más peligro a la manada de los Ríos. En el caos posterior, quería estar cerca para ayudarlos a reconstruir y empezar de nuevo, pero no sabía si podría. No cuando sabía que había mucho que explicar a la manada Burns.

Y mucho que aprender.

Como me habían enseñado a odiarlos durante toda mi vida y me habían metido la idea en la cabeza durante horas, sabía que iba a pasar algún tiempo antes de que pudiera deshacerme por completo de ese prejuicio. Lo tenía metido en el ADN y no tenía ni idea de cuánto tiempo iba a tardar en purgarlo de mi organismo.

De forma definitiva.

Pero sabía que tenía que intentarlo, costara lo que costara.

Con un leve movimiento de cabeza, me puse más erguida y le dediqué a Eric una sonrisa mansa.

—No tienes que preocuparte por nada de eso. Haré lo correcto.

Simplemente no tenía nada que ver con el plan de Eric para mí.

Había terminado de ser usada por Ríos o cualquier otro.

Eric sacó las manos de los bolsillos.

—Bien, porque odiaría verte seguir marchitándote aquí abajo, lejos de la luz y de tu propia manada. Es un desperdicio.

Tragué saliva con la réplica en la punta de la lengua.

—Por supuesto. Odiaría ver cómo se desperdicia mi potencial.

Necesité todo mi autocontrol para no lanzarme sobre Eric, rodearle el cuello con las manos y apretarlo.

—Le dije a Faye que se podría razonar contigo después de que pasaras unos días sola aquí —me dijo Eric con otra sonrisa nauseabunda—. Ya sabes cómo puede ponerse Faye. Todavía no está muy contenta con tu reacción del otro día.

—Yo... no sé en qué estaba pensando. Supongo que deliraba por la poca comida y agua que me dieron.

—Ya has entrado en razón.

—¿Qué pasa con los otros prisioneros? —Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Otros prisioneros?

La inquietud me recorrió la espalda.

—Cualquier otro prisionero que tengas. Supongo que pretendes utilizarlos en la batalla que se avecina para tener más efectivos y poder contraatacar.

La expresión de Eric se volvió pensativa.

—Sí, podría.

—¿Qué pasa si se niegan a salir a luchar? ¿Qué pasa si eligen pudrirse en sus celdas?

Tras un largo minuto, Eric se encogió de hombros y su expresión se tornó seria.

—Entonces ya han elegido su destino. No tenemos sitio para hombres lobo en los que no se puede confiar para que tomen las decisiones correctas.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Entonces, ¿dejarías que se pudran?

—Todos los prisioneros, pasados o presentes, que no deseen volverse y ayudarnos serán utilizados como ganado.

—¿Ganado?

—Ganado —confirmó Eric, torciendo los labios en una mueca—. Ya sabes lo difícil que es encontrar buena comida para el ganado.

Sentí que iba a enfermarme de nuevo.

No tenía ni idea de cómo seguía allí de pie, escuchándolo describirme el proceso, pero sabía que cuanto más tiempo permanecía allí, permitiendo que Eric creyera que yo estaba de su lado, peor me sentía. Por naturaleza, yo no era una persona tramposa, ni me sentía cómoda en mi engaño. Sin embargo, también conocía las consecuencias si no seguía adelante.

No podía permitir que usara a los prisioneros como comida.

¿Qué clase de monstruo era?

Se me hizo un nudo en el estómago cuando me dejé llevar escaleras arriba hasta el patio que había sobre las mazmorras. Allí, varios otros hombres lobo se reunieron en círculo, susurrando entre ellos.

Cuando me vieron, cesó toda conversación.

Eric se marchó y el resto de los guardias se quedaron hasta que me llevaron a una habitación al final de un pasillo oscuro y me dejaron allí. En cuanto se fueron, enterré la cabeza contra la almohada para amortiguar el sonido de mi grito.

Capítulo 24

Mónica

—Me alegro de que hayas entrado en razón. —Faye estaba a mi lado, bajo el sol de primera hora de la mañana, vestida de gris de pies a cabeza y con el pelo trenzado hacia un lado. Juntas, las dos nos situamos al frente de la fila, formando una barrera protectora alrededor de los límites de Ríos.

El bosque estaba anormalmente quieto y silencioso.

Quería arrancarle los colores a Ríos, correr hacia el espeso y frondoso follaje verde y perderme allí. Incluso imaginé cómo sería cambiar a mi forma de lobo y esconderme en una de las muchas cuevas hasta que terminara la batalla y todo hubiera acabado.

Pero ¿qué sería de mí entonces?

¿Adónde iría una mujer lobo sin manada?

¿Y cómo sobreviviría?

Expulsada para siempre de la manada de los Ríos, ¿escucharía Burns mi historia el tiempo suficiente como para creerme? ¿O también me darían la espalda?

Di un paso adelante y me detuvo la mano de Faye sobre los hombros.

—¿No deberías estar con Eric?

—No cree que un alfa deba exponerse en el frente —dijo Faye sin mirarme—. Estoy de acuerdo. Debería estar lejos de la carnicería.

—Un buen alfa sabe cuándo arriesgarse —respondí, haciendo una pausa para quitarle la mano de encima—. Y la compañera de un alfa sabe cuándo irse del lado de su alfa.

—No soy la compañera de Eric. —Los ojos de Faye se clavaron en mi cara—. Pero los dos tenemos un entendimiento que trasciende el vínculo de apareamiento.

Resoplé y no dije nada.

—Supongo que tú y Mason lo saben —continuó Faye, alzando la voz hacia el final—. Te das cuenta de que nunca vas a ser su pareja. Nunca te elegiré. Probablemente terminará con alguien de su propia manada.

—No importa —le dije antes de enderezar la espalda—. Seguiré haciendo lo que haya que hacer.

—Eric consiguió hacerte entrar en razón. —Faye se irguió más y palmeó la daga que tenía a su lado—. Y yo estaré aquí para asegurarme de que sigas el plan.

Asentí y no dije nada.

Poco a poco, todos formaron y se prepararon para la batalla. Cuando el sol estaba en lo alto del cielo, y un pesado silencio se apoderó de todos los reunidos, surgió el primer hombre lobo de Burns, ya en forma de lobo. Algunos más se le unieron, y todos nos erguimos. Se me erizó el vello de la nuca y busqué a Mason a través del vínculo de hombre lobo.

Todo lo que obtuve a cambio fue silencio.

No pasó mucho tiempo antes de que el ejército Burns emergiera, en plena fuerza, con Mason liderando el ataque. Todavía estaba en forma humana, y tenía una mirada de feroz concentración grabada en su rostro. Uno de los hombres lobo de Ríos gritó y cargaron hacia delante, dejándome atrás.

Eric se materializó a mi lado, con un grupo más pequeño de hombres lobo a su lado.

—Recuerda nuestro pacto.

No le devolví la mirada cuando asentí.

Entonces cambié a mi forma de lobo y me moví entre las filas, con el olor a sangre y el calor de la batalla recorriéndome. Cientos de hombres lobo chasqueaban y gruñían a mi alrededor mientras yo buscaba a Mason. Por fin lo vi en la linde del bosque, con los dientes alrededor del cuello de otro hombre lobo.

Cuando me vio, dejó caer al lobo, que se desplomó en el suelo.

Antes de que me diera cuenta, estaba avanzando hacia mí. Durante un rato nos rodeamos, chasqueando y gruñendo. La sed de sangre se apoderó de mí, borrando todos los demás pensamientos excepto uno.

No podría lastimar a Mason.

No iba a hacerlo.

Así que continué dando vueltas alrededor de Mason y buscando una manera de evitarlo.

Porque sabía que, si yo no lo atacaba, otro hombre lobo lo haría, y no serían tan generosos. Nadie más que yo perdonaría la vida de Mason, no con su posición como alfa de Burns. Cuando Mason estiró los labios y aulló, una oleada de miedo se apoderó de mí.

Con el ceño fruncido, bajé la cabeza y rasgué con la pata el suelo. Mason apareció en mi campo de visión y se detuvo a unos metros. Cuando levanté la vista y nuestros ojos se cruzaron, me invadió una oleada de emoción. Siguió mirándome, con sus ojos brillantes llenos de algo que no podía determinar.

Dejamos de rodearnos y mi lobo interior gimoteó.

La atracción entre nosotros se hacía más fuerte cuanto más tiempo estábamos el uno en presencia del otro.

Cuando Mason se acercó, sentí su anhelo con tanta claridad y agudeza como yo sentía el mío, lo que me hizo detenerme. Entonces Mason me dio un manotazo y yo retrocedí de un salto, sobresaltada por el gesto. Luego, retrocedí unos pasos más involuntariamente y le enseñé los dientes. Cada zarpazo me hacía tambalear y me hacía cada vez más reacia a luchar contra él.

No entendía por qué insistía en arrastrarme a una batalla.

Especialmente cuando podía sentir que se contenía.

Mason se estaba conteniendo, era evidente para cualquiera que estuviera mirando, y me hizo preguntarme si el vínculo no tendría el mismo efecto en él. De repente, Eric se materializó a nuestro lado, con el hocico cubierto de sangre y todo el cuerpo cubierto de suciedad y sudor. Cambió a su forma humana, se llevó las manos a la espalda y nos miró a los dos.

—Acaba con él —ordenó Eric con el ceño fruncido—. Conoces los términos de nuestro trato, así que, a menos que quieras volver a la mazmorra de la que te saqué, haz tu trabajo.

El poco autocontrol que me quedaba se quebró y descargué mi ira contra Eric.

Ya no tenía paciencia con él ni con su arrogancia.

Eric señaló a Mason y se erizó de rabia.

—¿Estás sorda? Ya me has oído.

Volví a mi forma humana, me puse más erguida y crucé los brazos sobre el pecho.

—No.

—¿No? —La cara de Eric se torció de rabia, y toda su cara se puso blanca—. ¿Tienes idea de con quién estás hablando, pequeña mestiza desagradecida? Ni siquiera estarías aquí si no fuera por mí. Los ancianos de Ríos querían tu cabeza en una pica, y yo no lo permití. Les dije que serías útil. Eres un desperdicio.

Me agaché, recogí el cuchillo que tenía bajo un pie y se lo lancé a Eric. Con una sonrisa macabra, vi cómo volaba por el aire y le hacía un corte en la oreja. Su rostro pasó de la ira a la sorpresa y se llevó dos dedos a la oreja. Cuando retiró la mano y la oreja se puso roja, me invadió una extraña sensación de satisfacción.

—¿Así es como nos pagas? —Se frotó los dedos—. Después de toda la amabilidad que te hemos mostrado, ¿todavía eliges al enemigo antes que a nosotros?

—Nunca fueron mis enemigos —espeté, levantando la barbilla—. Tú y yo sabemos la verdad, y te has pasado toda mi vida mintiéndome.

Los ojos de Eric se oscurecieron y miró por encima de sus hombros. Su expresión cambió a una de concentración y, antes de que me diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, unos cuantos hombres lobo de Ríos nos rodeaban por todas partes. Muchos de ellos seguían en su forma lobuna y tenían los ojos entrecerrados.

El olor a muerte y descomposición flotaba en el aire.

—Es una traidora —anunció Eric, extendiendo las manos a ambos lados—. Quiero que la

capturen y la lleven a las mazmorras antes de que pueda causar más daño.

Con eso, varios de los hombres lobo se acercaron y se lanzaron sobre mí. Entonces, volví a mi forma de lobo y les enseñé los dientes. Luego golpeé al primer lobo que se me acercó, haciéndolo sangrar. Cuando retrocedió, me centré en el siguiente lobo, un lobo castaño que me derribó.

Y todo el aliento abandonó mi cuerpo de golpe.

La empujé, empleando toda la energía de la que disponía. Luego, me lancé sobre ella y rodamos por el suelo hasta que saqué ventaja. La rodeé el cuello con los dientes y ella se quedó flácida, mostrando su sumisión. Cuando se desplomó en el suelo, me centré en el otro lobo y lo derribé con facilidad.

El cuarto lobo cojeó y me rodeó, con la desgana reflejada en el fondo de sus ojos. Atrapé al otro lobo en el aire y lo arrojé al suelo con un crujido nauseabundo. Cuando volví a ponerme de pie, me temblaban los músculos y la adrenalina bombeaba sin cesar por mis venas.

Planeaba acabar con el mayor número posible de ellos, porque no iba a caer sin luchar. Tan pronto como me ocupé de los otros guardias, más de ellos se abalanzaron sobre mí a instancias de Eric. Sin previo aviso, Mason vino a ponerse a mi lado y cambió de nuevo a su forma de lobo.

Juntos, luchamos contra los guardias de Ríos, derribándolos fácilmente.

Entre los dos formábamos un buen equipo y sabía que iba a ser difícil derrotarnos. Por primera vez desde que comenzó la batalla, la esperanza y la fuerza surgieron en mí, alimentadas por la presencia de mi compañero, que no se separaría de mí. Una parte de mí estaba encantada de que Mason no me dejara sola, pero la otra estaba preocupada por lo que eso significaba para él.

La manada Burns lo necesitaba más que yo.

Tenía que asegurarme de que estuviera a salvo, pero no podía hacer que se alejara.

Tras abatir a un número suficiente de hombres lobo de Ríos, cada vez más empezaron a retroceder y a revolotear en el borde de un círculo que formaron a nuestro alrededor. Eric jadeaba y enrojecía mientras les gritaba, pero todos lo ignoraban, anteponiendo su propia supervivencia a la suya.

No es que pudiera culparlos.

Mason y yo hacíamos una pareja formidable.

De repente, empecé a creer que los dos podríamos salir ilesos de todo esto y ser libres para empezar de nuevo juntos. Cuando Mason me miró y cambió a su forma humana, hice un ruido en el fondo de mi garganta. Luego cambié a mi forma humana y me aclaré la garganta.

—Tienes que decirle a tu manada que pare —susurré, con una rápida mirada en su dirección—. Esto se está convirtiendo en una masacre, y sé que puedo detener a los Ríos.

Mason estudió mi cara.

—¿Estás segura?

—¿Confías en mí?

Una miriada de emociones danzó por su rostro, desde la incredulidad a la sorpresa, pasando por la aceptación. Cuando lo miré a los ojos, vi que me devolvía la confianza y la aceptación. Momentos después, la batalla a nuestro alrededor se detuvo a medida que más y más hombres lobo de Burns recibían la orden.

Poco a poco, se acercaron a donde estábamos y formaron un círculo a nuestro alrededor, dejando a Eric, sus guardias, Mason y a mí en el centro. Todo el mundo se quedó en silencio cuando di un paso adelante y me llevé las manos a la espalda. Mason estaba a unos metros detrás de mí, con una oleada tras otra de emoción.

—Esto tiene que parar —dije, mi voz cortando el aire—. No podemos seguir así; de lo contrario, ambas manadas acabarán perdiendo.

Una ola de inquietud recorrió la multitud.

—Eric es la razón por la que su alfa está muerto —anuncié, haciendo una pausa para dejar que mis ojos se movieran sobre la multitud—. Mató a su propio hermano para hacerse con el puesto de alfa. Nos ha estado manipulando desde entonces para iniciar una guerra.

Algunos de los hombres lobo de Ríos intercambiaron miradas de sorpresa.

—Piénsenlo —continué en voz más alta—. ¿Qué ganamos con una guerra como esta? Sobre todo cuando por fin habíamos llegado al final de las negociaciones de paz con Burns. Toda esta lucha y matanza sin sentido iba a terminar.

Murmullos de acuerdo se elevaron entre la multitud.

—Miren a su alrededor. —Hice un gesto con la mano y giré en círculo—. Todos merecemos el derecho a existir como queremos, y ninguno de nosotros debería ser manipulado por la búsqueda de poder de un hombre lobo.

Eric abría y cerraba la boca, emitiendo sonidos bajos y espasmódicos.

—Sé que podemos hacerlo mejor. Todo lo que tenemos que hacer es encontrar un camino juntos. No como Ríos o como Burns, sino como hombres lobo. Así es como vamos a sobrevivir. Así es como vamos a permitir que una nueva generación de hombres lobo lo haga mejor que nosotros.

Otro murmullo de acuerdo recorrió la multitud.

Mi corazón se aceleraba y una extraña energía me recorría.

—Sé que muchos pensarán que esto es una locura, y que nunca va a funcionar, pero yo sé que se puede, ¿y saben cómo lo sé? Porque no soy una mujer lobo de Ríos. Mis padres eran de la manada Burns.

Varios pares de ojos se volvieron hacia mí sorprendidos, incluido el de Mason.

Se acercó más a mí, pero lo ignoré.

—Mis padres eran Harrison y Selena Burns. Eran guerreros feroces y sacrificaron sus vidas por aquello en lo que creían, y hasta su último aliento nunca se arrepintieron. No sé ustedes, pero eso me hace querer hacerlo mejor. Quiero honrarlos a ellos y a su sacrificio.

—Todos deberíamos —añadió Mason, mirando alrededor del círculo de hombres lobo. En lo alto, el sol de la tarde empezaba a descender por el horizonte, bañando el mundo en tonos rosas y morados—. Conocí a Harrison y a Selena personalmente, y no hay día que pase en que no esté agradecido por todo lo que han hecho por mí y por la manada Burns.

Giré la cabeza para mirarlo y solo vi comprensión y compasión en su rostro. Aunque una parte de mí estaba sorprendida de que me apoyara sin pensar dos veces en su seguridad, otra parte no podía creer que fuera tan fácil.

¿No debería haber luchado con la verdad?

En cambio, el alfa de Burns no parecía sorprendido en absoluto. En todo caso, parecía encantado de darse cuenta, como si quisiera levantarme y darme vueltas. Apresuradamente, aparté la mirada de él y volví a mirar a los hombres lobo reunidos, una oleada de impaciencia y confusión recorriendo sus filas.

No tenía ni idea de qué más debía decirles.

Había jugado todas las cartas que tenía con la esperanza de persuadirlos para que se detuvieran.

En cuanto al resto, solo podía esperar que fuera suficiente.

Por el rabillo del ojo, vi un destello de movimiento, y Eric dio un paso adelante, con un brillo duro en los ojos. Siguió avanzando hasta situarse a unos metros, con una oleada tras otra de hostilidad inundándole. Cuando estuvo lo bastante cerca como para que pudiera ver la rabia en sus ojos, inclinó la cabeza hacia un lado y me escupió a los pies.

Mason dio un paso adelante y mi mano se alzó para detenerlo.

—No eres más que una pequeña mestiza huérfana —me dijo Eric, con una fría furia filtrándose en su voz—. Sabía que eras una pérdida de tiempo y espacio cuando Ned te acogió, pero insistió en que se te podía utilizar como arma, ¿y qué mejor manera de hacer daño a Burns que utilizando a uno de los suyos? Ned era un tonto.

Los murmullos de indignación se elevaron entre la multitud.

—¿Qué creías que iba a pasar aquí? ¿Que ibas a dar un discurso entusiasta y todo el mundo se alinearía? Por si no te has dado cuenta, no eres nada, y no eres nadie importante. Siempre te has creído demasiado.

Un instante después, Eric se giró para mirar a la manada Ríos y les dedicó una sonrisa de suficiencia.

—Todos saben la verdadera razón por la que se volvió contra nosotros, y es por su aventura con Mason Burns, el alfa de su manada. Todos sabemos que la lealtad de Mónica se ha visto comprometida desde su regreso, pero no tenía ni idea de que fuera tan grave. Intenté detenerla.

—No hay nada que detener —protesté, con una rápida mirada a mi alrededor—. Todos saben que esto está mal. Sé que todos lo sienten, pero no entiendo por qué no hacen lo correcto.

Sobre todo, cuando sabía que eran capaces de hacer más.

No todos los de la manada Ríos eran como Eric y Faye.

Eric hizo un gesto vago con la mano y resopló.

—Mírenla. Es una esclava de Ríos. Eso es todo lo que es y todo lo que será, y todos sabemos que una esclava solo tiene un uso.

Mason gruñó por lo bajo y se abalanzó sobre Eric. En el último segundo, lo contuve rodeándolo con ambos brazos y apretando mi cara contra su nuca. Se agitó y tembló, pero se aflojó en mis brazos hasta que le murmuré al oído y lo solté.

—No quiero derramar más sangre —dije después de que Mason se pusiera a mi lado—. Sin embargo, veo que la única forma de que te retires es si te derrotamos.

Me di cuenta de que Mason no estaba contento de que lo detuviera porque no dejaba de mirarme furtivamente, pero también sabía que la única forma de proteger mi reputación y salir con la dignidad intacta era enfrentarme a Eric de frente.

Declararle la guerra era la única forma de acabar con esto, y ambos lo sabíamos.

Pero no lo hizo más fácil teniendo en cuenta a quién debía enfrentarme.

Recé para tomar la decisión correcta.

Capítulo 25

Mónica

La cara de Eric se torció en una mueca.

—Nunca serás capaz de derrotarme.

—Entonces pelea conmigo — lo desafié enarcando una ceja.

La expresión de Eric volvió a cambiar y la incertidumbre se dibujó en su rostro.

—¿Perdón?

Di un paso adelante y extendí los brazos a ambos lados.

—Creo que todos estamos de acuerdo en que esta guerra no tiene sentido. No cuando ninguna de las partes quiere luchar. La única forma de resolverlo es si luchamos.

—¿Me estás retando a un duelo uno contra uno? —Eric frunció el ceño.

Asentí sin agregar palabras.

Por el rabillo del ojo, vi que algunos de los hombres lobo de Ríos intercambiaban miradas de preocupación. Luego volvieron a mirar a su alfa, que parecía preferir inmovilizarme en el suelo antes que luchar conmigo. A ambos lados de mí, los hombres lobo estaban tensos y esperando.

Pasó un largo momento antes de que Eric diera unos pasos atrás.

Todo su cuerpo se convulsionó mientras brillaba y se ondulaba. De repente, estaba en su forma de lobo y me enseñaba los dientes. La saliva se le formó a un lado de la boca, y vi la ira escrita en el fondo de sus ojos y supe que iba en serio. Eric no tenía intención de dejarme salir con vida y se aseguraría de que mi muerte fuera lenta y dolorosa.

Se utilizaría como ejemplo para toda la manada Ríos.

Tras una rápida mirada a Mason, que me hizo un leve gesto con la cabeza, volví a mirar a Eric. Exhalando, cerré las manos en puños y volví mi atención hacia mi interior. Poco a poco, mi propia transformación comenzó hasta que me transformé en mi propia forma de lobo, con la adrenalina bombeando a través de mí.

Se hizo el silencio entre la multitud.

Eric echó la cabeza hacia atrás y aulló, el sonido reverberó en el silencio. Palpé el suelo y lo miré con los ojos entrecerrados. Nos rodeamos en silencio, sin atrevernos a acercarnos demasiado. Cuando Eric hizo un ruido en la garganta, el miedo se apoderó de mí. De repente, Eric estaba encima mío, inmovilizándome contra el suelo. Nos revolcamos, levantando tierra y polvo, hasta que logré ganar ventaja.

En cuanto tiré a Eric, saltó hacia atrás y sacudió todo el cuerpo.

Le di un zarpazo y mi garra atravesó su pelaje sudoroso y enmarañado. Miró la sangre que caía al suelo bajo nuestros pies y emitió un sonido grave en el fondo de la garganta. Luego se abalanzó sobre mí y caímos al suelo, con el corazón golpeándome el pecho. Con un rápido movimiento, tiré a Eric y, empleando toda mi fuerza, lo inmovilicé contra el suelo.

La cara de Eric estaba llena de rabia ciega.

Entonces, me empujó hacia atrás y yo me alejé, con la sorpresa y la conmoción recorriéndome por dentro. Luego, volvimos a rodearnos y vi la rigidez de sus movimientos y cómo cambiaba de un pie a otro. Después de asestarle un golpe en las costillas, le mordí la pierna herida y aulló de dolor.

Sin embargo, sin previo aviso, Eric me dio un cabezazo que me hizo caer de espaldas.

Me ardían los pulmones cuando me puse en pie y me sacudí. Eric sangraba a borbotones y su sangre carmesí manchaba el suelo bajo nuestros pies. Avanzó hacia mí con una mirada cruel y calculadora. Oí una respiración agitada y giré la cabeza, encontrando fácilmente a Mason entre la multitud.

Su expresión era tensa y delataba muy poco.

Pero podía sentirlo a través del vínculo de apareamiento. Su preocupación y su inquietud se

fundían con las mías.

Volví a mirar a Eric a tiempo para detener otro ataque.

Durante un rato, seguimos dando vueltas el uno alrededor del otro mientras yo estudiaba a Eric en busca de otra abertura. Ahora que conocía su punto débil, estaba más en guardia que nunca, lo que me dejaba muy pocas oportunidades de ponerlo de rodillas. En lugar de eso, intentaba golpearme y fallaba, y cada fallo le producía más frustración. Aunque al principio estábamos empatados, cada vez era más evidente que yo llevaba las de ganar.

Con sus heridas, Eric no iba a durar mucho más.

Cuando intentó inmovilizarme contra el suelo, vi el pánico y la desesperación en sus ojos, y lo olí en él. Utilizando toda la energía de la que disponía, lo empujé hacia atrás, mientras mi mente se aceleraba para encontrar una alternativa. Cuando lo tuve inmovilizado en el suelo, con el olor metálico de la sangre en mis fosas nasales, supe que se había acabado.

Hasta que Eric cerró los dientes alrededor de mi pata y un dolor punzante me subió por el brazo.

Sobresaltada, retrocedí a trompicones y el dolor se trasladó del brazo a las piernas. Pequeños pinchazos de dolor se extendieron por todas partes mientras miraba entre mi pata y un Eric de aspecto engreído, que jadeaba. Ladeó la cabeza, escupió una bocanada de sangre y vi la hoja brillar bajo la luz mortecina del sol.

Luego, retiró los labios y me ofreció una sonrisa sombría y sangrienta.

Había querido igualar la balanza jugando sucio y escondiendo una navaja en la boca.

Sacudí la cabeza y le gruñí, prometiéndome a mí misma hacérselo pagar.

Una ira al rojo vivo me recorrió y me impulsó hacia delante. La usé para ignorar la sensibilidad y la pesadez de mis miembros. Me dolía todo el cuerpo y mi energía se desvanecía rápidamente, pero me negué a detenerme.

No hasta que tuviera a Eric de rodillas suplicando por su vida.

Cuando Eric cayó de espaldas, me dispuse a poner fin a la pelea. Lentamente, avancé hacia él, saboreando su pánico y su miedo hasta que se puso de pie. Luego, se escabulló detrás de un grupo de hombres lobo de Ríos, de pie en el borde del círculo, con idénticas expresiones de

confusión y cansancio.

Impulsada por la sed de sangre, me detuve a pocos metros de ellos. Luego estudié sus rostros y esperé. Al unísono, formaron una barrera protectora alrededor de Eric, negándose a permitirme atravesar sus filas. Eric se escondió detrás de ellos, jadeando y lanzándome miradas fulminantes.

Dirigí a los hombres lobo una mirada pétrea y me senté sobre las patas traseras.

Poco después, Eric salió corriendo de detrás de ellos en dirección a la ciudad. Era un borrón de movimientos y colores que se ganó más de una mirada incrédula. Tras una breve vacilación, olfateé el suelo y escuché. Luego salí tras Eric, percibiendo su olor en el viento. Se movía en zigzag por las calles, tratando de despistarme.

A mitad de la persecución, me detuve y di media vuelta hacia los otros lobos, que seguían formando dos filas enfrentadas. Percibí su impaciencia y su miedo mientras me apresuraba a pasar y adentrarme en el bosque. Los árboles y el follaje pasaban a mi lado en ambas direcciones, mezclándose todo hasta que llegué a la boca de la cueva.

Poco después, Eric salió de detrás de un grupo de árboles, con una rabia asesina brillando en sus ojos. Se detuvo frente a mí y soltó otro gruñido de advertencia. Ensanché mi postura y le dirigí una mirada significativa. Volvimos a luchar, pero esta vez los dos estábamos debilitados y no podíamos hacer mucho más que rodearnos y buscar un hueco.

Ramitas y palos se quebraron por debajo mientras nos movíamos rápidamente.

Eric volvió a atacarme, esta vez con otra navaja que me atravesó las costillas. Grité y mi vista se desenfocó. Con un gemido, me desplomé en el suelo, con la sangre y la suciedad mezclándose debajo de mí. Resoplé e intenté ponerme de pie, pero me temblaba todo el cuerpo.

Cuando Eric avanzó hacia mí, su olor me produjo una sacudida.

Reuní la energía suficiente para ponerme en pie y Eric me derribó de un manotazo. Luego estaba encima de mí, apretándome el pecho y sacándome la vida. Me agité y me retorcí con la poca energía que me quedaba, pero fue inútil.

En algún lugar a lo lejos, un trueno retumbó y un rayo cruzó el cielo. Unas manchas danzaron en mi campo de visión y el pánico se abrió paso a través de mi pecho. Me invadió una ráfaga de energía y conseguí zafarme temporalmente de Eric. Antes de que pudiera alejarme, me

inmovilizó contra el suelo y caí de bruces en el barro. Me zumbaban los oídos y estaba perdiendo el control de la realidad.

La oscuridad se alzó para recibirme.

Entonces, la presión sobre mis pulmones disminuyó y me puse en pie. Parpadeé y volví a enfocar la vista a tiempo para ver cómo Mason inmovilizaba a Eric contra el árbol más cercano. Me invadió otra oleada de energía mientras avanzaba hacia ellos. Juntos, Mason y yo luchamos contra Eric hasta que estuvo demasiado cansado como para defenderse. Tras intercambiar una rápida mirada, arrastré a Eric fuera del bosque detrás de mí.

Cuando llegamos al grupo de lobos reunidos en las afueras del bosque, nos recibieron unos cuantos jadeos. Para cuando llegué al centro del círculo, dejando a Eric lloriqueando en el centro, la multitud estaba furiosa. Varios de los hombres lobo de Ríos se adelantaron juntos y me clavaron una mirada que no pude descifrar.

Volví a mi forma humana y me puse más erguida.

—Se acabó.

Faye se abrió paso entre la multitud.

—Ella tiene razón. Hay que acabar con las peleas.

El silencio se extendió entre nosotros.

—Aunque eres una prisionera de guerra, tus acciones de hoy aquí han demostrado tu valía. Tu fuerza y nobleza son la razón de que no hayamos muerto más.

Un murmullo de acuerdo se elevó entre la multitud.

—Eres una verdadera integrante de la manada Ríos —añadió Faye, con una rápida mirada alrededor del círculo—. Sería un honor que representaras a Ríos en las negociaciones de paz con Burns.

Miré a Eric y luego a ella.

—¿Qué pasa con tu alfa?

—Se lo tratará como corresponde. —Faye cuadró los hombros—. Un alfa que utiliza a su manada y la abandona en su propio beneficio no es un verdadero líder. Llévanselo.

Algunos de los hombres lobo dudaron. Entonces uno de ellos, un hombre bajo y pelirrojo, se adelantó y levantó a Eric. En silencio, se lo llevaron, con los Ríos cerrando filas a su alrededor. Entonces salió Mason, con algunos de los hombres lobo de Burns a su lado. Durante la hora siguiente, discutimos los nuevos detalles de la negociación hasta que empezó a caer una ligera llovizna y el mundo se cubrió de gris.

Cuando Faye volvió a encontrarme, yo iba detrás del ejército de Ríos y me esforzaba por asimilar todo lo sucedido. Se puso a mi lado y, durante un rato, no dijimos nada, hasta que me puso una mano en el brazo para detenerme. Me giré para mirarla y me aparté el pelo mojado de los ojos.

—Lo siento —empezó Faye, las palabras le salieron de golpe. Su aliento se cristalizó y formó una nube blanca frente a ella—. Sé que no puedo borrar lo que he hecho o cómo te he tratado, pero nunca quise que pasara esto.

—¿Estás enfadada porque has perdido o porque crees de verdad que las cosas no deberían haberse descontrolado tanto? —cuestioné con los brazos cruzados.

Faye se aclaró la garganta.

—Eric y yo tuvimos una visión, Mónica. Compartíamos las mismas creencias. Sé que entiendes lo que es eso. Puede que nos dejáramos llevar, pero todo lo que hicimos, lo hicimos por el bien de Ríos. Tienes que creerme.

Di un paso atrás y negué con la cabeza.

—No tengo por qué creerte, Faye. Llevas mintiéndome no sé cuánto tiempo. A veces, me pregunto si alguna vez fuimos amigas, pero nada de eso importa tanto como saber que estabas dispuesta a arriesgar la seguridad de toda la manada por tu propio beneficio egoísta.

—No es egoísmo querer lo mejor para Ríos. —Los ojos de Faye brillaron—. No es ser egoísta querer destruir a nuestros enemigos.

—Mira, no creo que fuera eso lo que pretendías —le dije fríamente—. Creo que es lo que te decías a ti misma para dormir mejor por las noches. En cualquier caso, no me importa. Ya has

hecho tu cama, Faye. Ahora es el momento de acostarte en ella.

Giré sobre mis talones y me alejé, sintiendo sus ojos clavados en mí todo el tiempo. Aceleré el paso y algunos de los nudos de mi estómago se deshicieron cuando alcancé la primera línea.

En lo que a mí respecta, Faye era tan culpable como Eric, y ninguna cantidad de humillaciones iba a cambiar eso.

Ella había elegido su destino y yo el mío.

Capítulo 26

Mason

—Esperemos que esta vez se atengan a las condiciones —refunfuñó Aiken, haciendo una pausa para apartarse unos mechones de pelo mojado de la cara—. No sé tú, pero yo tengo mis dudas.

—Ahora que Eric ya no es alfa, creo que debería estar bien —respondí sin mirarlo. El ejército Burns se escurrió por el bosque, poco a poco, dejándonos a Aiken y a mí atrás.

A pesar de los grandes avances que habíamos logrado, seguía sintiendo una gran pesadez en el corazón.

Empeorado por el hecho de que volvía a dejar atrás a mi compañera.

Tener que dejarla atrás luego de la traición de los Ríos fue una de las cosas más duras que había tenido que hacer jamás, pero me consolaba el hecho de que Mónica podía arreglárselas sola. Saber que la manada había necesitado mi ayuda había sellado la decisión para mí, pero había estado cargando con el peso desde entonces.

Hasta que había visto a Mónica en el campo de batalla hacía unas horas, me había dejado llevar por la esperanza.

Ahora, era todo lo que podía hacer para guardarme mis sentimientos.

¿Qué iba a hacer ahora?

Mónica era una mujer lobo de Burns hasta la médula, pero se había criado en Ríos, entre sus costumbres y tradiciones, y le habían enseñado a odiarnos desde pequeña. Aunque una parte de mí seguía maravillada por el hecho de que fuera capaz de dejar de lado sus propios prejuicios arraigados contra mi manada, otra parte de mí no estaba sorprendida.

Mónica era, con diferencia, una de las personas más testarudas que había conocido.

Pero eso no significaba que no me preocupara por ella.

Con un leve movimiento de cabeza, me detuve bruscamente y mi mano se alargó para rodear la muñeca de Aiken. En cuanto me miró, apretó los labios y me lanzó una mirada incrédula.

—Tengo que volver. —Solté su muñeca y retrocedí unos pasos—. Tengo que asegurarme de que está bien.

—Mónica no necesita tu ayuda —me recordó Aiken frunciendo el ceño—. Está más que probada, ¿no crees?

—Sé que no necesita mi ayuda, pero después de todo lo que ha hecho para ayudarnos y todo lo que ha arriesgado, lo menos que puedo hacer es asegurarme de que está bien.

—¿Estás seguro de esto? —Aiken frunció el ceño.

—Así es. —Solté un suspiro profundo y tembloroso—. Quiero que guíes al ejército de vuelta a Burns. Te alcanzaré pronto.

Aiken me miró a la cara.

—Realmente sientes algo por ella, ¿verdad?

—Mis sentimientos no importan tanto como hacer lo correcto —le dije a Aiken sin encontrar su mirada—. Asegúrate de que los sanadores estén listos cuando vuelvas a Burns. Tenemos mucho trabajo que hacer.

Aiken ladeó la cabeza en mi dirección y no dijo nada.

Con una última mirada a mi manada, les di la espalda y me alejé a toda prisa. A lo lejos, apenas podía distinguir la figura de Mónica, que conducía a su manada más allá de los límites de la ciudad. Algunos de ellos aún permanecían en la pequeña franja de tierra que conectaba el bosque con los límites de la ciudad, pero no parecían molestos.

La guerra había terminado.

Si no hubiera sido por Mónica, ninguno de nosotros estaría aquí.

Me aferré a ese pensamiento, que hizo que el corazón se me acelerara hasta que vi que Mónica se

quedaba rezagada, con algunos de los hombres lobo flanqueándola a ambos lados. Aceleré el paso, vi la expresión solemne en su rostro e ignoré la inquietud que me recorría la espalda. De repente, Mónica y los demás hombres lobo que la rodeaban se detuvieron bruscamente y se formó un semicírculo a su alrededor.

Bañada por el pálido resplandor de la luna, era una visión ominosa.

Mónica gesticulaba animadamente. Algunos de los hombres lobo que la rodeaban intercambiaron miradas rápidas y no dijeron nada. Algo duro y tenso se instaló en el centro de mi estómago y mi pecho. Volví a ver el rostro pálido y hermoso de Mónica y el corazón me dio un vuelco.

Algo iba mal.

De repente, no podía llegar a ella lo suficientemente rápido.

Caminé tan rápido como me permitían mis piernas, temeroso de cambiar a mi forma humana y levantar sus sospechas. Teniendo en cuenta la cantidad de trabajo y esfuerzo invertidos en el tratado de paz, lo último que quería era arruinarlo todo por no poder controlar mis miedos. En cuanto estuve lo bastante cerca como para oírla, aminoré el paso y me clavé las uñas en las palmas de las manos.

—Ya no pertenezco aquí —dijo Mónica, con una rápida mirada a su alrededor—. Les agradezco todo lo que han hecho por mí a lo largo de los años, pero todos sabemos que es verdad. No soy una mujer lobo de Ríos.

—Quizá no tengas sangre de Ríos en las venas, pero eso no te hace menos mujer lobo de Ríos —le dijo un joven hombre lobo de brillantes ojos marrones y pelo desgreñado. Se irguió más e hizo un gesto vago con la mano—. Todos sabemos la verdad, y sentimos haber dudado de ti.

—Siento no haber podido decirte la verdad —le dijo Mónica con una sonrisa triste—. Pero no quería ponerlos a ninguno de ustedes en una situación comprometida. Pero ya se ha acabado.

—Me alegro de que por fin sepas quiénes son tus padres.

El rostro de Mónica estaba marcado por la tristeza.

—Yo también, y odio no haber tenido la oportunidad de conocerlos o estar con ellos, pero no puedo cambiar el pasado. Lo único que puedo hacer es mirar al futuro.

—Puedes quedarte aquí. —El mismo hombre lobo insistió. Su expresión era oscura pero solemne—. Después de todo lo que has hecho hoy por nosotros, estoy seguro de que el consejo de ancianos no se va a oponer a que te quedes en Ríos. Es tu hogar.

—Era mi hogar —susurró Mónica, moviendo ligeramente la cabeza—. Ya no lo es. Necesito encontrar un nuevo hogar.

Se oyeron murmullos entre la multitud.

—Sé que los hombres lobo no son criaturas solitarias —continuó Mónica en voz más alta—. Pero tengo que creer que hay algo ahí fuera para mí. Quiero ser una loba libre, y quiero saber quién soy, y eso no puedo hacerlo aquí.

—Puedes hacerlo en Burns —interrumpí, y varios pares de ojos se volvieron hacia mí a la vez—. No perteneces a Ríos porque no eres miembro de la manada Ríos. Por eso siempre te has sentido como una extraña, pero eres una mujer lobo de Burns.

Mónica me miró y una sombra se dibujó en su rostro.

—Yo tampoco pertenezco a Burns. Solo lo he conocido como prisionera de guerra.

Di un paso adelante y la multitud se separó, permitiéndome mirarla directamente.

—Podemos cambiar eso. Conocí a tus padres, Mónica. Selena y Harrison fueron capturados por mi culpa, porque fueron lo bastante valientes y fuertes como para hacer lo correcto. Tengo con ellos una deuda de gratitud que jamás podré saldar.

Pero pensaba empezar ofreciéndole a Mónica todo lo que se merecía.

Era lo menos que podía hacer.

—No me debes nada —murmuró Mónica, apartando la mirada de mí—. No soy mis padres.

—Eres su hija —le dije con una pequeña sonrisa—. Y si vuelves a Burns conmigo, te prometo que serás tratada con el mismo respeto que tus padres. Fueron unos de los guerreros más feroces que Burns haya tenido. Todos estarán encantados de darte la bienvenida.

Mónica apretó la boca en una fina línea blanca.

—También tendrás el mismo estatus y las mismas oportunidades —añadí, con las palabras saliendo de mí precipitadamente—. Como alfa, te doy mi palabra.

—No puedes garantizar que me acepten en Burns —me dijo Mónica, con una miríada de emociones bailando por su rostro—. Hasta hace unas horas, me trataban como una traidora y una esclava de guerra. Ninguna de las manadas podrá confiar nunca plenamente en mí.

Abrí la boca, sacudí ligeramente la cabeza y la cerré de golpe.

Odiaba que tuviera razón.

Porque, aunque el Consejo de Ancianos estuviera dispuesto a aceptar a Mónica como hija de dos guerreros Burns, nunca iban a concederle la confianza y el respeto que se merecía. Y no podía culparlos sabiendo lo que estaba en juego. Mónica se había criado en Ríos y le habían enseñado que éramos su enemigo, y yo no tenía ni idea de si era lo bastante fuerte como para resistirse para siempre a los viejos prejuicios.

¿Y si Eric volvía a susurrarle al oído y la reconquistaba?

¿Y si decidiera que realmente somos su enemigo y quisiera acabar con nosotros desde dentro?

Yo no tenía motivos para desconfiar de Mónica, no cuando me había salvado la vida una y otra vez, y había demostrado su valía como persona y como mujer lobo, pero sabía que el resto de mi manada no iba a convencerse fácilmente. Iba a necesitar mucho trabajo y presión por mi parte.

Pero no podría hacer nada de eso si Mónica no estuviera al menos dispuesta a intentarlo.

—Puede que lleve algún tiempo —respondí tras una larga pausa—. Pero estoy seguro de que, con tiempo y paciencia, todo el mundo se dará cuenta de lo valiosa que eres.

Me aseguraría de ello.

Mónica se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—Es una oferta generosa, pero no creo que pueda. No pertenezco a ninguna de las manadas, y ambos lo sabemos.

Nada de lo que hiciera iba a cambiar eso.

—Entonces no vuelvas por la manada —le dije, sin apartar los ojos de su cara—. Olvídate de las manadas y olvídate de la política. ¿Qué pasa conmigo? ¿Qué pasa con nosotros?

—¿De qué estás hablando? — me preguntó Mónica abriendo mucho los ojos.

—Sé que lo sientes, Mónica. —Recorrí la distancia que nos separaba hasta situarme frente a ella, con el rostro bañado por la luz de la luna y congelado por el miedo—. Sé que sientes el vínculo que nos une, y sé que hemos intentado luchar contra él por lo que somos, pero ya no tenemos que hacerlo. Tú y yo por fin podemos estar juntos.

Mónica balbuceó y emitió un chirrido grave.

Cogí sus dos manos entre las mías y tragué saliva.

—Te quiero, Mónica. Te he amado desde el momento en que te vi en el campo de batalla, y casi me matas, y te he amado cada momento desde entonces. Estar lejos de ti solo ha hecho que me dé cuenta de lo mucho que significas para mí y de que no quiero vivir mi vida sin ti.

Unas cuantas exclamaciones de asombro se elevaron en el aire, pero mis ojos se mantuvieron fijos en Mónica.

Me miraba como si le hubiera dado un puñetazo en el estómago.

—Mason, sabes que no puedo —murmuró Mónica, con la voz entrecortada hacia el final—. Hay muchas razones por las que no podemos estar juntos.

—Ya no estamos en bandos opuestos —le recordé con una pequeña sonrisa—. Esas razones no importan.

Tampoco iba a permitirlo nunca más.

Había perdido a Mónica demasiadas veces como para volver a alejarme de ella.

Todo lo que tenía que hacer era convencerla de que entrara en razón, aunque no estaba seguro de cómo ayudar a una mujer lobo que había perdido el sentido de sí misma. Mónica había pasado de ser una esclava de la guerra a tener que traicionar a su propia manada para hacer lo correcto. Luego había pasado de ser etiquetada como traidora y de que el alfa intentara obligarla a cometer un asesinato a descubrir que no era quien creía ser.

Todo en el lapso de unas pocas semanas.

Era mucho que asimilar, y no podía culpar a Mónica por tener sus dudas.

Demonios, incluso yo tenía algunas propias, pero quería que las superáramos juntos porque, para bien o para mal, nos gustara o no, ella y yo éramos compañeros. Y no quería pasar ni un minuto más sin anunciarlo al mundo y tenerla a mi lado en los días buenos y en los malos.

No podía creer que hubiera tardado tanto en darme cuenta.

—Sí que importan —protestó Mónica, con la cara cada vez más colorada—. Importan porque tú y yo no podemos estar juntos. No cuando mi vida acaba de ponerse patas arriba.

—Mónica, nada de eso me importa. Ríos o Burns, no me importa quién eres. Todo lo que sé es que te amo.

—A mí me importa —dijo Mónica, bajando la voz hacia el final—. Porque me he pasado toda la vida luchando junto a mis enemigos y trabajando con la gente que mató a mis padres. Eso no va a desaparecer porque yo quiera. Tengo que afrontarlo. Todo ello.

Cerré la boca de golpe y la miré fijamente.

—Mis padres fueron brutalmente perseguidos y torturados sin otra razón que el hecho de que eran Burns, y cada vez que pienso en lo que me quitaron... se me revuelve el estómago. No creo que mi corazón pueda soportar mucho más de esto. No puedo quedarme en Ríos, y no puedo ir a Burns porque ninguno de los dos me va a traer la paz que necesito.

Del tipo que su corazón buscaba desesperadamente.

Aunque odiaba la idea de separarme de Mónica durante un tiempo indefinido, también lo comprendía. No podía tenerla a mi lado cuando aún tenía tanto que averiguar.

Yo no lo haría.

—Haz lo que tengas que hacer —le dije, haciendo una pausa para retroceder unos pasos—. Tardes lo que tardes; te estaré esperando cuando estés lista.

—No puedo pedirte que hagas eso.

—No me lo estás pidiendo. Quiero hacerlo. Te esperaré para siempre si tengo que hacerlo,
Mónica. Solo vuelve a mí.

Capítulo 27

Mónica

No importaba lo lejos que huyera o lo mucho que me esforzara por olvidar a Mason y el pasado que había dejado atrás; seguía ahí, rondando por los rincones de mi mente. Durante las semanas siguientes, mientras viajaba de un país a otro, con poco más que la ropa que llevaba puesta y una sensación de inquietud que no podía explicar, empecé a echar cada vez más de menos a mi compañero.

Todos los cambios de escenario y todas las arenas de lucha clandestinas no me sirvieron de mucho.

Ni siquiera mis duras victorias me ayudaron a superar mi pasado.

Cada puñetazo, cada golpe en el estómago y cada noche que pasaba curándome los moretones solo me recordaban de lo que había huido y lo que intentaba conseguir. Por desgracia, cuanto más duro y más a menudo peleaba en las arenas, más empezaba a darme cuenta de que el problema no eran Ríos o Burns.

Era yo.

No estaba preparada para dejar atrás el pasado ni mi conexión con Mason, por mucho que lo deseara. En algún lugar del mundo, mi compañero me estaba esperando, suspirando mientras esperaba que encontrara mi camino de vuelta, y aquí estaba yo, intentando empezar de cero. Una parte de mí sabía por qué había rechazado la oferta de Mason sin pensármelo dos veces. Pero la otra parte de mí sabía que había dejado una parte de mí con él.

Algo que nunca iba a recuperar si seguía huyendo de él y de la verdad de mis sentimientos. Ni siquiera los pocos hombres lobo que se habían disputado mi atención habían sido suficientes como para ahogar la voz de Mason en mi cabeza o su olor en mi piel. Al contrario, ningún pretendiente estaba a su altura, y ni toda la belleza del mundo podía borrar la potencia de su

sonrisa.

Aun así, lo intenté.

Sentada en el duro colchón del vestuario vacío, a pocos metros de la arena de combate, escuchaba. De vez en cuando, el público vitoreaba y sus voces resonaban en el pasillo vacío. Y cada vez que se mofaban y se burlaban, intentaba imaginar sus historias y cómo habían acabado todos bajo tierra, lo más lejos posible del sol y de otros hombres lobo.

Todos habían sido conducidos a la arena por una razón.

Y a todos nos unía una cosa: nuestro deseo de escapar y rechazar la conformidad. Me estaba examinando los nudillos raspados y frotando los hombros cuando una sombra cayó sobre la puerta y mi cara. Con una sonrisa, levanté la vista y me encontré cara a cara con Jed, mi oponente del día.

Sabía que podía con él, pero se parecía demasiado a Mason para mi gusto. Con su pelo negro, sus ojos marrones y sus hombros anchos, era difícil no ver las similitudes y llenarse de anhelo. Por suerte, mientras que Mason tenía el pelo largo y sedoso, Jed lo tenía corto y ondulado, y su rostro liso y anguloso estaba bien afeitado, a diferencia de la barba incipiente de Mason.

¿Por qué seguía pensando en él?

No quería echarlo de menos en los minutos previos a un gran combate.

No quería extrañar a Mason en absoluto.

—¿Estás lista para la pelea?

Me levanté, tragué saliva y cerré los puños.

—Si por lista quieres decir lista para patearte el culo, sí, lo estoy.

Jed soltó una risita, y toda su expresión se suavizó.

—Bien, así no tengo que ir a lo fácil contigo.

—Incluso si traes tu mejor juego, no me vas a ganar.

—Te veré ahí fuera. —Jed dio un paso atrás y me dirigió una mirada significativa.

Con eso, giró sobre sus talones y se fue, con pasos que se alejaban por el pasillo. Cuando vinieron a buscarme, yo estaba haciendo mis estiramientos y murmurando para mis adentros. Me llevaron por un pasillo poco iluminado que daba a un gran espacio vacío, con un ring de boxeo en el centro y una fila de hombres lobo a cada lado.

Jed ya estaba en el cuadrilátero, y su piel lisa y bronceada brillaba bajo la luz fluorescente. Se ganó unos cuantos vótores de los hombres lobo presentes cuando flexionó los músculos. Puse los ojos en blanco hasta que se volvió hacia mí y me sonrió.

De repente, era Mason quien me miraba.

Sacudí la cabeza, giré el cuello y subí al ring.

Estábamos uno frente al otro cuando sonó la campana, el sonido cortó el aire y reverberó dentro de mi cabeza. Levanté las manos y miré a Jed con atención. Se movía hacia la derecha, manteniéndose de puntillas todo el tiempo. Cuando lanzó un puñetazo, lo esquivé y le di uno en el estómago. Jadeó y apuntó a mis piernas.

Salté por los aires, con la adrenalina desbordándome.

Cuando volví a ponerme de pie, Jed volvía a mirarme con el rostro concentrado. Parpadeé y vi que Mason dejaba que Jed me empujara contra las cuerdas. Pequeños pinchazos de dolor me recorrieron los brazos mientras me pasaba una mano por la cara y apartaba todos los pensamientos sobre Mason.

Él no era el lobo al que me enfrentaba, y no podía dejar que los pensamientos sobre él me distrajeran.

No cuando necesitaba ganar el dinero.

Jed se lanzó a la izquierda y sacó la pierna, esquivando mis costados por poco. Me agaché, estiré la pierna y lo derribé de espaldas. Una ovación recorrió la multitud, ahogando las voces de mi cabeza, incluida la vocecilla de la duda que me acompañaba allá donde iba.

Jed se puso de pie, se abalanzó sobre mí y me hizo una llave de cabeza. Dimos vueltas y más vueltas ante las burlas y abucheos del público. Cuando Jed me soltó, me lancé sobre él y le propiné un puñetazo tras otro, algunos de los cuales hicieron que Jed cayera de rodillas. Giró la cabeza hacia un lado y escupió una bocanada de sangre. Crucé los brazos sobre el pecho y esperé

a que se pusiera de pie.

El volumen de la conversación subía y bajaba a mi alrededor.

El corazón me latía con fuerza en los oídos, pero nada más importaba.

Nada excepto derrotar a Jed y demostrarme a mí misma, de una vez por todas, que no necesitaba a Mason ni a nadie de mi vida anterior para demostrar mi valía. En cuanto Jed recuperó el aliento, volvimos a rodearnos en medio de un mar de vítores e insultos que nos lanzaban. Jed me enseñó los dientes, mostrando una hilera de dientes blancos y perfectos, y yo sonreí.

Esta vez, cuando se lanzó sobre mí, me quedé completamente inmóvil.

Cuando estuvo lo bastante cerca, me agaché y Jed aterrizó contra las cuerdas con un fuerte gruñido. Se giró para mirarme, con una expresión de sorpresa y diversión en sus facciones. Le propiné una patada que lo devolvió al suelo, con una expresión extraña en el rostro mientras me miraba. Entonces, Jed bajó la cabeza y golpeó el suelo, señalando su rendición. Algunos vítores más se elevaron entre la multitud mientras se dispersaba. Cuando dejamos de ser el punto de interés, extendí una mano y ayudé a Jed a ponerse en pie.

Juntos, salimos del ring, caminando en silencio el uno junto al otro.

—Peleas muy bien. ¿Dónde aprendiste a pelear así?

—Era huérfana, así que tuve que aprender a valerme por mí misma —respondí sin mirarlo—. ¿Y tú?

—Varios hermanos y hermanas mayores. Tuve que luchar para que me escucharan.

Se hizo el silencio entre nosotros.

En la puerta del camerino vacío, Jed se detuvo y se giró para mirarme.

—Me ha gustado pelear contigo, Mónica. En realidad, me gusta pasar tiempo contigo en general.

—Gracias. —Le dediqué una pequeña sonrisa.

Jed se aclaró la garganta.

—Me preguntaba si querías salir de aquí y cenar algo.

Levanté la mirada y dejé que mis ojos se movieran por su rostro, captando hasta el último detalle.

—¿Cenar?

Jed sonrió.

—Sí, o podríamos dar un paseo o ir a los bolos o algo así. Lo que prefieras.

—¿No te molesta que te haya ganado?

Jed negó con la cabeza.

—Me gusta que lo hayas hecho. Me gustan las mujeres fuertes que saben lo que quieren y no temen ir por ello.

Cuanto más tiempo permanecía en su presencia, más confusa me sentía.

Se parecía a Mason, sobre todo bajo cierta luz, pero no eran iguales.

Ni siquiera cerca.

Y cuanto antes lo aceptara, mejor iba a ser para todos.

—Jed, me... me gusta pasar tiempo contigo, pero no me interesas así.

—¿Cómo lo sabes? Ni siquiera lo has intentado.

—Porque todavía estoy tratando de superar a alguien, y no sería justo para ti si fingiera lo contrario.

—No me importaría.

—Lo haría. —Sacudí la cabeza y entré en la habitación—. Lo siento.

—Gracias por tu sinceridad —exhaló Jed.

Cuando desapareció por el pasillo, cerré la puerta de una patada y me acerqué al espejo de la habitación. Allí me examiné de arriba abajo, haciendo balance de mis moretones. Cuando mis ojos se posaron en el lunar rojo que tenía en el centro del brazo, volví a pensar en Mason y en

cómo lo había mirado con tanto asombro e interés.

¿Iba a encontrar alguna vez a alguien que me hiciera sentir como él?

¿O iba a pasarme el resto de mi vida intentando poner la mayor distancia posible entre nosotros, solo para fracasar estrepitosamente?

No quería pasarme la vida sufriendo y anhelándolo.

Con un leve movimiento de cabeza, me alejé del espejo y me pasé un dedo por el pelo. Cuando gruñí, me pasé una mano por el estómago y fruncí el ceño. Una oleada de náuseas se apoderó de mí y tropecé con la papelera que había en un rincón de la habitación. Allí me detuve para vaciar el contenido de mi estómago, con los ojos llorosos todo el tiempo.

Me ardía la garganta y me limpié la boca con la mano.

Luego me puse más erguida y mis ojos recorrieron toda la habitación vacía. Finalmente, mis ojos se posaron en un trapo viejo y manchado que había en el suelo, debajo del espejo. Lo cogí y lo utilicé para volver a limpiarme la boca y el sudor de la cara. Con el ceño fruncido, me agarré a ambos lados del espejo y exhalé un suspiro.

Mi estómago seguía gruñendo y apretándose.

Una semana después pedí cita en el hospital más cercano. Mientras estaba allí sentada, con la espalda hundida en una incómoda silla de metal y hojeando revistas viejas, las conversaciones se sucedían a mi alrededor. El olor a desinfectante permanecía en el aire, y el personal del hospital, con sus batas blancas brillantes y sus *crocs*, pasaba corriendo en ambas direcciones.

De vez en cuando oía el pitido de los monitores y gemidos de dolor que cortaban el aire. Aun así, seguí sentada en el conjunto de sillas, con solo unas pocas personas a mi alrededor, frente a un escritorio de forma circular, con varios hombres y mujeres de azul sentados detrás. Alternaban entre contestar al teléfono y teclear en la computadora, adormeciéndome.

Ahuyenté todos los pensamientos de Mason cuando llamaron mi nombre.

Una joven rubia con lentes y zapatos que chirriaban contra el suelo de linóleo me guio por un pasillo gris, donde la bombilla parpadeaba encendiéndose y apagándose. Sin mediar palabra, empujó la puerta y abrió una habitación blanca con un pequeño escritorio en una esquina y una mesa de exploración en la otra. Cuando la mujer cerró la puerta tras de sí, me acerqué a la

ventana, que daba a un pequeño patio con columpios y un parque infantil.

La puerta se abrió de golpe y entró un médico calvo, con sus ojos oscuros recorriendo la habitación. Me señaló la mesa y esperó a que me subiera antes de ponerse un par de guantes de látex. En cuanto me sentí cómoda, me tomó el pulso y me hizo algunas preguntas en el mismo tono bajo y monótono.

Luego dio un paso atrás y rebuscó en un cajón.

Extrajo una muestra de sangre y desapareció.

Esperé unos minutos antes de saltar de la camilla y desplomarme en el asiento frente a su escritorio. Cuando volvió, tenía un expediente en la mano y una expresión de alivio en el rostro. Esperó a sentarse detrás de su mesa para darme la noticia, y todo mi mundo giró sobre su eje.

—¿Está seguro de los resultados?

—Por eso tomamos una muestra de sangre. Es mucho más precisa que una prueba de embarazo.

—Oh, ya veo. —Tragué saliva.

—Puede quedarse aquí unos minutos mientras procesa los resultados. Felicidades.

Cuando salió de la habitación, enterré la cara entre las manos y rompí a llorar. Todo mi cuerpo temblaba mientras jadeaba e intentaba controlar mis emociones. Luego puse la mano sobre la carpeta y con la otra me acaricié el estómago.

¿Cómo iba a criar sola a un bebé si no tenía casa?

¿O un medio para mantenerlos?

Luchar en la arena solo me dejaba dinero suficiente para alimentarme y alejada de las calles, pero no iba a ser ni de lejos suficiente para alimentar a dos personas. Aturdida, salí a trompicones de la consulta del médico, entre otros pacientes, y empujé las puertas dobles para abrirlas. Afuera, me detuve a inhalar bocanadas de aire y luché por oír más allá del zumbido de mis oídos y los nudos de mi estómago.

No tenía ni idea de lo que iba a hacer a continuación.

Todo lo que sabía era que de repente echaba de menos a Mason con una ferocidad que me sorprendió y me dejó con un pensamiento claro.

Era hora de volver a Burns.

Capítulo 28

Mason

Me senté en la cama, empapado en sudor frío y con el corazón acelerado en el pecho. Fruncí el ceño, me quité las sábanas de encima y coloqué las piernas sobre la cama. Luego, cogí el vaso de agua de la mesilla y me lo bebí de un trago.

Pero aún tenía la garganta seca y el corazón me latía con fuerza en los oídos.

Suspirando, me puse en pie y estiré los brazos por encima de la cabeza.

Lentamente, salí del pasillo iluminado por la luz de la luna. Por el rabillo del ojo, vi un destello de movimiento y me volví hacia él. La puerta de la antigua habitación de Mónica estaba abierta y emitía un leve crujido. Pasó una fuerte ráfaga de viento y la puerta volvió a moverse. Me acerqué sigilosamente, me detuve en el umbral y miré a mi alrededor.

Después de haberla limpiado varias veces desde su marcha, en la habitación ya no quedaban restos de Mónica ni pruebas de que hubiera estado allí. Pero cuando cruzaba los brazos sobre el pecho y entrecerraba los ojos, seguía viéndola allí, sentada en el suelo a los pies de la cama, con las piernas recogidas bajo los pies. Imaginé sus ojos oscuros llenos de calidez y humor, y la pequeña sonrisa que se dibujaba en el borde de sus labios cada vez que me miraba.

De repente, estaba viendo a Mónica en su último día en Burns, con la barbilla levantada hacia arriba y con gesto inexpresivo. Cuando parpadeé, imaginé a Mónica con la cabeza echada hacia atrás, en medio de una carcajada. Pero la imagen se desvaneció y me quedé solo en la oscuridad, suspirando por una mujer lobo que había elegido la libertad antes que a mí.

Mónica me había abandonado, pero yo seguía esperándola.

¿Por qué no he podido sacármela de encima?

¿Por qué mi corazón no podía aceptar lo que mi cabeza ya sabía?

¿Y por qué la seguía echando de menos con una ferocidad que me oprimía el pecho de emoción?

Con un leve movimiento de cabeza, aparté todos los pensamientos sobre Mónica al fondo de mi mente y di un paso atrás. Cerré la puerta tras de mí y esperé a que hiciera clic para volver a mi habitación. Allí, me senté en el borde de la cama, con los ojos vagando desganados hasta que se posaron en la ventana. Cuando me quedé mirando las calles vacías de la ciudad, eché aún más de menos a Mónica.

A pesar de su rechazo público y brutal, seguía deseándola.

Todavía la necesitaba.

Al final, cuando me pesaban los párpados y el cansancio volvía a invadirme, dejé caer la cortina. Me arrastré hasta la cama, me tapé con las sábanas hasta la barbilla y me quedé mirando al techo. A medio camino entre el sueño y la vigilia, sentí un tirón familiar en la parte posterior del cráneo. Cuando puse atención, me di cuenta de que era la telepatía de mi hombre lobo.

De repente, en mi cabeza se oyeron varias voces a la vez, llenas de pánico y miedo.

Todos hablaban de un hombre lobo que luchaba en arenas subterráneas y era invicto por sus oponentes. Apresuradamente, volví a quitarme las sábanas y me esforcé por concentrarme, sin apenas poder distinguir nada debido al terror y la incertidumbre de los hombres lobo. Tras ponerme una camisa y un par de zapatos, salí corriendo por la puerta y bajé las escaleras.

Cuando abrí de par en par las puertas dobles de mi mansión, los guardias apostados fuera intercambiaron miradas preocupadas. Luego, sin mediar palabra, se pusieron a mi lado mientras subía las escaleras de dos en dos. Al final de la escalera, me detuve y palpé a través del vínculo telepático, buscando más información sobre nuestro intruso.

Por desgracia, todo estaba tranquilo.

Un poco demasiado tranquilo para mi gusto.

La adrenalina se apoderó de mí mientras corría en dirección a las fronteras, dejando atrás edificios y hombres lobo confundidos a ambos lados. Cuando llegué a los límites de la ciudad, me detuve en seco y miré a mi alrededor. En lugar de ver una pelea sangrienta y varios cadáveres en el suelo, encontré a unos cuantos guardias agarrándose los costados, con los rostros retorcidos por el dolor.

Al examinarlos más de cerca, me sorprendí al darme cuenta de que sus heridas no eran graves. Algunos se agarraban el estómago, otros los brazos, pero todos tenían heridas profundas que, por lo demás, eran fáciles de curar. Algunos de mis guardias personales escoltaron a los demás de vuelta a la ciudad, cojeando y maldiciendo todo el tiempo.

Todos coincidían en que el asaltante enmascarado era mucho más poderoso de lo que habían previsto. Levanté la cabeza y escudriñé la oscuridad, el bosque a unos metros de distancia anormalmente silencioso y quieto bajo el pálido resplandor de la luna plateada. Entonces, di un paso adelante y olfateé, y percibí un extraño aroma que persistía en el aire.

¿Por qué el asaltante no había eliminado definitivamente a los guardias?

¿Por qué no habían entrado por la fuerza, dadas sus habilidades de combate?

Antes de que pudiera seguir dándole vueltas al asunto, una figura salió de las sombras y entró en el claro. Se movía con rapidez, como si estuviera hecho de aire, y llevaba una máscara que le cubría la mitad de la cara. Cuando estuvo lo bastante cerca para que pudiera distinguir su atuendo negro de pies a cabeza, se detuvo y levantó su mirada hacia la mía. Envuelto en la oscuridad y el misterio, apenas pude distinguir sus rasgos característicos.

Mucho menos algo que me permitiera saber por qué estaba aquí.

¿Había sido enviado por Ríos?

¿Se habían cansado de las negociaciones de paz y habían decidido volver a intentar eliminarme?

—¿Quién eres? ¿Quién te ha enviado?

El agresor no dijo nada. Dejé que mis ojos lo recorrieran, fijándome en el apretado conjunto de hombros, las largas piernas y un destello de determinación que ardía en sus ojos. Cuando volví a mirarlo a la cara, había ensanchado la postura y me dirigía una mirada significativa. Sin previo aviso, el asaltante lanzó una patada y yo salté por los aires, esquivando el golpe por muy poco.

En cuanto volví a ponerme de pie, lancé un puñetazo que no alcanzó su estómago por unos centímetros. Al mismo tiempo, nos rodeábamos, lanzándonos patadas y puñetazos, pero sin llegar a ninguna parte. Poco después, un escalofrío de inquietud recorrió mi espina dorsal. Entonces el asaltante se aventuró demasiado cerca y amagó con irse a la derecha, dándome la oportunidad de arrancarle la máscara.

Tropecé hacia atrás cuando el rostro familiar de Mónica apareció.

La máscara cayó al suelo con un aleteo.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no me dijiste que habías vuelto?

Mónica me ignoró, retiró la mano y me dio un puñetazo en el estómago. Sorprendido, retrocedí unos pasos y sacudí la cabeza. Luego volvió a avanzar hacia mí, con el rostro marcado por la preocupación y una mirada de pura determinación. Bloqueé varios puñetazos, pero ella seguía sin decirme nada. Como no daba señales de detenerse, me dejé caer al suelo.

—¿Estás bien? —Mónica se agachó frente a mí, con la respiración agitada y una suavidad en sus facciones—. ¿Necesitas un sanador?

—Creo que sí. —Hice una mueca de dolor y me levanté fingiendo dificultad—. Has mejorado mucho.

—He tenido mucho tiempo y energía —respondió Mónica, haciendo una pausa para pasar mi brazo alrededor de sus hombros—. ¿Puedes caminar?

—¿De verdad no vamos a hablar del hecho de que has vuelto? ¿Ni siquiera vas a decirme por qué estás aquí o por qué luchaste contra mis guardias y ahora contra mí? Merezco algún tipo de explicación...

Mónica levantó la mano, deteniéndome a mitad de la frase.

—No sé por qué he vuelto, la verdad. En cuanto a por qué luché contra tus guardias, yo...

El resto de la frase de Mónica fue interrumpido por una sacudida de cabeza y una arcada. Tosió y balbuceó, pero no rechazó mi ayuda cuando le acaricié la espalda o me ofrecí a llevarla a la sanadora. En silencio, los dos caminamos de vuelta a la ciudad, medio ocultos en la oscuridad. En cuanto nos detuvimos frente a la cabaña de la sanadora, en las afueras de la ciudad, Mónica me cogió de la mano.

Mientras la sanadora preparaba sus pociones y murmuraba para sí misma, Mónica no dejaba de mirarme a hurtadillas. Al final, me agaché frente a ella y tomé sus dos manos entre las mías.

—No estoy enfadado contigo por luchar contra los guardias o incluso por luchar contra mí. Solo me alegro de que hayas vuelto. Y no te preocupes por la sanadora. Es una de las mejores.

—No estoy preocupada. —Mónica se aclaró la garganta—. Estoy segura de que sé lo que pasa. De hecho, es la razón por la que he vuelto.

—Sea lo que sea, puedes decírmelo. —le dije apretándole la mano.

—Hace una semana me puse muy enferma y tuve que ir al hospital. Me hicieron un análisis de sangre para confirmarlo, y... estoy embarazada.

—¿Qué?

—Estoy embarazada. Es tu bebé.

—Podrías habérmelo dicho. —Me eché hacia atrás y solté sus manos—. Es una noticia increíble, Mónica. No puedo creer que vayamos a tener un bebé.

O que llegara a ser padre.

El destino tenía un extraño y retorcido sentido del humor.

—Lo importante es que estás a salvo, y estás de vuelta en casa, a menos que estés planeando volver a Ríos. Podemos encontrar una manera de hacer que las cosas funcionen si quieres volver, pero sería más fácil si estuvieras aquí.

Mónica me ofreció una sonrisa y no dijo nada.

En silencio, la sanadora la examinó, murmurando para sí de vez en cuando.

Durante todo el tiempo, la sonrisa no abandonó mi rostro hasta que ya no pude contener mi emoción. Después de todo lo que habíamos pasado juntos, Mónica y yo por fin íbamos a ser una familia.

Y yo iba a hacer lo que fuera necesario para protegerlos.

Capítulo 29

Mónica

—Estás preciosa. —Mason acercó sus labios a los míos, sin dejar de sonreír. Cuando se apartó para mirarme, el sol de media tarde se proyectaba tras él. Me pareció el hombre más guapo que había visto jamás. En el fondo, se oía al representante de los ancianos, cuyas palabras

retumbaban en mi cabeza.

Pero nada más importaba.

Nada más que el hombre que tenía delante y el bebé que crecía en mi vientre.

Con otra rápida sonrisa, Mason tomó ambas manos entre las suyas y me acercó hacia él. Me rodeó la cintura con las dos manos y se le iluminó la cara.

—Me alegro mucho de que hayas decidido quedarte en Burns.

—Has expuesto un argumento convincente —bromeé sin aliento—. ¿Cómo podría negarme?

Especialmente cuando Mason había hecho todo lo posible durante los últimos días para que me sintiera bienvenida, no dejaba piedra sin mover cuando se trataba de mi felicidad, y había hecho todo lo posible para asegurarse de que me sintiera segura y aceptada por la manada Burns, que me recibió con los brazos abiertos y sonrisas sinceras.

Unos días después, en la ceremonia de aceptación, me costaba recordar por qué me había marchado. Toda la manada Burns estaba presente en medio de la plaza de la ciudad mientras yo pronunciaba mis votos, prometiendo honrar y defender a la manada Burns como si fuera mía. Casi al final de la ceremonia, Mason me soltó y retrocedió unos pasos. Lanzó una rápida mirada por encima de los hombros y unos cuantos hombres lobo bien vestidos se adelantaron, intercambiando miradas cómplices.

Mason me cogió ambas manos y se arrodilló.

—Sé que no hablamos de esto, pero ya que estás aquí, pensé que podríamos hacer la ceremonia de apareamiento también. Quiero que todo el mundo sepa que eres mi pareja, Mónica. Y que nunca más te dejaré o abandonaré.

—Oh, Mason. —Las lágrimas quemaron la parte posterior de mis ojos.

—Prometo ser tu hogar, tu refugio seguro y tu mejor amigo. —Mason me miró a los ojos, su expresión se volvió solemne—. Lucharé contra tus enemigos y celebraré tus victorias como si fueran mías.

Una sola lágrima resbaló por mis mejillas y resoplé.

—Alejarme de ti fue una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer. Pensaba en ti todos los días y te echaba de menos cada minuto. Antes de ti, no sabía lo que era sentir que pertenecía a alguien, sentir que tenía a alguien que realmente me conocía y me quería con todos mis defectos.

—¿Significa eso que me aceptas como tu pareja? — me preguntó Mason esbozando una media sonrisa.

Levanté a Mason y lo besé.

—Te quiero, Mason. Te he amado desde el minuto en que te vi en ese campo de batalla, y me dejaste sin aliento. Y te he amado cada minuto desde entonces.

Mason me besó de nuevo, y una ovación se elevó a través de la multitud.

Cuando la celebración estaba en su apogeo, Mason me cogió en brazos y me llevó. Cuando llegamos al final de las escaleras de su mansión, me puso de pie y me cogió de la mano. Entramos corriendo, riéndonos y besándonos. En cuanto llegamos a su habitación, Mason me soltó la mano y cerró la puerta de una patada.

Luego me besó como si su vida dependiera de ello.

Me quitó la ropa a toda prisa, con los dedos temblorosos de impaciencia y deseo.

A la luz de la luna, se detuvo para quitarse la ropa, revelando el cuerpo bronceado y tenso que llevaba debajo. Pasé los dedos por su suave piel, dejando un rastro de piel de gallina a mi paso. Mason emitió un gruñido bajo cuando volví a colocarme delante de él y le rodeé el cuello con los brazos. Se frotó contra mí, haciendo que me recorriera una oleada tras otra de deseo. Entonces caímos de espaldas sobre la cama y se me cortó la respiración.

Nunca me había sentido más poderosa en toda mi vida.

Sobre todo, cuando me tumbé sobre el colchón y abrí las piernas.

Mason se colocó entre mis piernas, se apoyó en los codos y me besó. Antes de que pudiera profundizar el beso, su mano se interpuso entre nosotros y me frotó, provocándome una descarga eléctrica. Gemí dentro del beso y levanté las caderas del colchón. Me introdujo un dedo en el centro, luego otro, y se movió. Le clavé las uñas en los hombros y grité su nombre.

De repente, me precipité hacia el borde, sudando en la nuca y la frente. Cuando mi visión se aclaró y mis pulmones dejaron de arder, vi la mirada de hambre cruda en el rostro de Mason y se me aceleró el pulso. Tiré de él hacia abajo para darle otro beso sin aliento, y él se colocó en mi entrada. En un movimiento rápido, estaba dentro de mí, llenándome hasta el fondo.

No sabía dónde empezaba él y dónde acababa yo.

Cada caricia, cada beso, cada roce me acercaba más al límite.

Junté las piernas sobre su torso y lo acerqué más a mí. Mason me frotó los brazos con las manos, su respiración agitada resonaba en mi cabeza. Se relajó y volvió a penetrarme, arrancándome un grito de placer. Luego nos movimos con desenfreno animal, como si pudiéramos meternos en la piel del otro.

Cuando la fuerza de mi orgasmo me desgarró, dejándome jadeando y coreando el nombre de Mason, llegó su propia liberación y todo su cuerpo se estremeció. Dio unos cuantos empujones más antes de desplomarse contra mí. Poco después, se bajó de mí y se tiró sobre el colchón. Mason me pasó un brazo por los hombros y me arrimó a su lado. Le pasé una pierna por encima, cerré los ojos y suspiré.

Por la mañana, cuando la brillante luz del sol bailó detrás de mis párpados, mis ojos se abrieron y se dirigieron inmediatamente al anillo que llevaba en el dedo de la mano. Con una sonrisa, lo recorrí y me di cuenta de que Mason estaba sentado en una silla junto a la cama, observándome atentamente.

—¿Cómo has dormido?

—Mejor de lo que he estado en mucho tiempo —susurré, con la voz entrecortada por el sueño y la emoción—. No puedo creer que estemos casados.

Mason se levantó, salvó la distancia que nos separaba y me besó.

—No puedo esperar a tener una familia contigo, Mónica Burns.

—Yo tampoco —sonreí.

—¿Por qué no duermes un poco más? Aún es temprano.

Me senté y las sábanas me cayeron hasta la cintura.

—Siento que hay mucho que hacer.

—No hay nada urgente —me aseguró Mason antes de volver a sentarse en su silla—. Tenemos tiempo.

Suspiré y me tiré de nuevo sobre el colchón.

—Ojalá mis padres estuvieran aquí para poder compartir esto con ellos. Sé que es imposible, pero creo que esto les habría encantado.

—¿Por qué no te vistees? Hay algo que quiero enseñarte. —Mason se levantó y recogió mi ropa del suelo.

Me apresuré a ponerme unos vaqueros y una camiseta mientras Mason hacía lo mismo.

Cuando terminé, entrelazó sus dedos con los míos y me dio un beso en cada nudillo. Luego me sacó de la mansión y me llevó a las calles de la ciudad. Todas las personas con las que nos cruzábamos sonreían e inclinaban la cabeza en nuestra dirección. Me sentí abrumada por la efusión de amor y aceptación que sentí hasta que llegamos al cementerio de las afueras de la ciudad.

Era donde descansaban todos los miembros caídos de la manada.

Sin decir palabra, Mason me agarró la mano con más fuerza y empujó la verja de hierro forjado para abrirla. Crujió cuando la atravesamos y seguimos un estrecho sendero que serpenteaba por el cementerio. Cuando terminó, Mason se detuvo frente a unas lápidas y me soltó las manos.

—Sé que no puedo traerlos de vuelta, y no puedo cambiar lo que pasó —comenzó Mason en un susurro—. Pero hicimos erigir estas lápidas para tus padres. Después de todos estos años sin saber, merecían tener un lugar de descanso final en Burns.

—No tenían por qué hacer todo esto —murmuré, con un nudo subiendo por mi garganta—. Creo que les habría gustado encontrar el camino de vuelta a casa después de tanto tiempo.

Mason se puso de rodillas y tomó mis dos manos entre las suyas.

—Tus padres me salvaron la vida y me dieron lo más preciado del mundo. Me dieron a ti. Delante de tus padres, prometo amarte y protegerte para siempre, Mónica.

Tragué saliva y le sonreí con lágrimas en los ojos.

—Para siempre.

Mason se puso en pie, me abrazó y me besó con fuerza.

Y todo parecía encajar por fin.

Ya no era la guerrera de Ríos que siempre estaba en las afueras.

Era Mónica Burns, pareja de Mason y madre de nuestro hijo nonato, y estaba preparada para enfrentarme a lo que el mundo me deparara.

Mientras tuviera a Mason a mi lado.